
A. GARCIA SANTOS
LIBRERIA
BUENOS AIRES
MORENO 500 ESQ. BOLIVAR



EN LA SANGRE

85

EUGENIO CAMBACÈRÉS

EN LA

SANGRE

BUENOS AIRES

Imprenta de SUD-AMÉRICA, calle Bolívar 34

1887

EN LA SANGRE

I

De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el lábio inferior, en la espresion aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapazidad de buitre se acusaba.

Llevaba un traje raido de pana gris, un sombrero redondo de alas anchas, un aro de oro en la oreja; la doblesuela claveteada de sus zapatos marcaba el ritmo de su andar pesado y trabajoso sobre las piedras desiguales de la calle.

De vez en cuando, lentamente paseaba la mirada en torno suyo, daba un golpe—uno solo—al llamador de alguna puerta, y, encorvado bajo el peso de la carga que soportaban sus hom-



bros: «tachero» . . . gritaba con voz gangosa, «componi calderi, tachi, siñora?»

Un momento, alargando el cuello, hundia la vista en el zaguan. Continuaba luego su camino entre ruidos de laton y fierro viejo. Habia en su paso una resignacion de buey.

Alguna mulata zarraspatrosa, desgreñada, solia asomar; lo chistaba, regateaba, porfiaba, «alegaba», acababa por ajustarse con él.

Poco á poco, en su lucha, tenaz y paciente por vivir, llegó asi hasta el estremo Sud de la ciudad, penetró á una casa de la calle San Juan entre Bolívar y Defensa.

Dos hileras de cuartos de pared de tabla y techo de zinc, semejantes á los nichos de algun inmenso palomar, bordeaban el patio angosto y largo.

Acá y allá entre las basuras del suelo, inmundo, ardia el fuego de un brasero, humeaba una olla, chirriaba la grasa de un sartén, mientras bajo el ambiente abrasador de un sol de Enero, numerosos grupos de vecinos se formaban, alegres, chacotones los hombres, las mujeres azoradas, cuchicheando.

Algo insólito, anormal, parecia alterar la calma, la tranquila animalidad de aquel humano hacinamiento.

Sin reparar en los otros, sin hacer alto en nada por su parte, el italiano cabizbajo se dirijia hácia el fondo, cuando una voz interpelándolo:

—«Va á encontrarse con novedades en su casa, don Estéban.»

—Cosa dice?

—Su esposa está algo indispuesta.»

Limitándose á alzarse de hombros él, con toda calma siguió andando, caminó hasta dar con la hoja entornada de una puerta, la penúltima á la izquierda.

Un grito salió, se oyó, repercutió seguido de otros atrozes, desgarradores al abrirla.

«Sta inferma vos? hizo el tachero avanzando hácia la única cama de la pieza, donde una mujer gemía arqueada de dolor:

«Madonna, Madonna Santa!....» atinaba tan solo á repetir ella, mientras gruesa, madura, majestuosa, un velo negro de encaje en la cabeza, un prendedor enorme en el cuello y aros y cadena

y anillos de *doublé*, muchos en los dedos, hallábase de pié junto al catre la partera.

Se habia inclinado, se habia arremangado un brazo, el derecho, hasta el codo; manteníalo introducido entre las sábanas; como quien reza letanías, prodigaba palabras de consuelo á la paciente, maternalmente la exhortaba: «Coraque Duña Maria, ya viene lanquelito é lúrtimo...coraque!...

Mudo y como ageno al cuadro que presenciaban sus ojos, dejóse estar el hombre, inmóvil un instante.

Luego, arrugando el entrecejo y barbotando una blasfemia, volvió la espalda, echó mano de una caja de herramientas, alzó un banco y, sentado junto á la puerta, afuera, púsose á trabajar tranquilamente, dió comienzo á cambiar el fondo roto de un balde.

Sofocados por el choque incesante del martillo, los ayes de la parturienta se sucedian, sin embargo, más frecuentes, mas terribles cada vez.

Como un eco perdido, alcanzábase á percibir la voz de la partera infundiéndole valor:

E lúrtimo,.. coraque!..

La animacion crecía en los grupos de inquilinos; las mujeres, alborotadas, se indignaban; entre ternos y groseras risotadas, estallaban los comentarios soezes de los hombres.

El tachero entretanto, imperturbable, seguia golpeando.

II

Así nació, llamáronle Genaro y haraposo y raquítico, con la marca de la anemia en el semblante, con esa palidez amarillenta de las criaturas mal comidas, creció hasta cumplir cinco años.

De par en par abrióle el padre las puertas un buen dia. Habia llegado el momento de serle cobrada con réditos su crianza, el pecho escrofuloso de su madre, su racion en el bodrio cotidiano.

Y empezó entonces para Genaro la vida andariega del pilluelo, la existencia errante, sin freno ni control, del muchacho callejero, avezado, hecho desde chico á toda la perversion baja y brutal del medio en que se educa.

Eran, al amanecer, las idas á los mercados, las largas estadías en las esquinas, las changas, la canasta llevada á domicilio, la estrecha intimidad con los puesteros, el peso de fruta ó de *fatura* ganado en el encierro de la trastienda.

El zaguan, mas tarde, los pátios de las imprentas, el vicio fomentado, prohijado por el ócio, el cigarro, el hoyo, la rayuela y los montones de cobre, el naipe roñoso, el truco en los rincones.

Era, en las afueras de los teatros, de noche, el comercio de contra-señas y de puchos. Toda una cuadrilla organizada, disciplinada, estacionaba á las puertas de Colon, con sus leyes, sus reglas, su gefe: un mulatillo de trece años, reflexivo y maduro como un hombre, cínico y depravado como un viejo.

Bravo y leal por otra parte, dispuesto siempre á ser el primero en afrontar el peligro, á dar la cara por uno de los suyos, á no cejar ni aun ante el machete del agente policial, el pardo Andinas ejercia sobre los otros toda la omnipotente influencia de un caudillo, todo el dominio absoluto y ciego de un amo.

Tarde en las noches de funcion, llegado el último entreacto, á una palabra de órden del gefe, dispersábase la banda, abandonaba el vestíbulo desierto del teatro, por grupos replegada á sus guaridas: las toscas del bajo, los bancos del «Paseo de Julio», las paredes solitarias de algun edificio en construccion, donde celebraba sus juntas misteriosas.

Bajo el tutelaje patriarcal de Andinas, alli, en ronda todos, cruzados de piernas, operábase el reparto de las ganancias, la distribucion del lucro diario: su cuota, su porcion á cada cual segun su edad y su importancia, el valor de los servicios prestados á la pandilla.

Las «comilonas», los «convites», á la luz apagadiza de un cabo de vela de sebo venian luego, el rollo de salchichon, la libra de pasas, la de noezes, el frasco de caña; la cena pagada á escote, robada acaso, *soliviada* del mostrador de un almacen en horas aciagas de escasez.

Como murciélagos que ganan el refugio de sus nichos, á dormir, á *jugar*, antes que acabara el sueño por rendirlos, tirábanse en fin acá y allá, por los rincones. Jugaban á los *hombres y las*

mujeres; hacian de *ellos* los mas grandes, de *ellas* los mas pequeños, y, como en un manto de vergüenza, envueltos entre tinieblas, contajiados por el veneno del vicio hasta lo íntimo del alma, de á dos por el suelo, revolcándose se ensayaban en imitar el ejemplo de sus padres, parodiaban las escenas de los cuartos redondos de conventillo con todos los secretos refinamientos de una precoz y ya profunda corrupcion.

III

La situacion entre tanto mejoraba en la calle de San Juan. Consagrado sin cesar, noche y dia, á su mezquino tráfico ambulante, con el inquebrante tezon de la idea fija, continuaba arrastrando el padre una existencia de privaciones y miserias.

Lavaba la madre, débil y enferma, de sol á sol, no obstante pasaba sus dias en el bajo de la Residencia.

Genaro por su parte, bajo pena de arrostrar las iras formidables del primero, solia entregarle el fruto de sus correrias, de vez en cuando llevaba él tambien su pequeño contingente destinado á aumentar el caudal de la familia.

Arrojado á tierra desde la cubierta del vapor sin otro capital que su codicia y sus dos brazos, y ahorrando asi sobre el techo, el vestido, el alimento, viviendo apenas para no morirse de hambre, como esos perros sin dueño que merodean de puerta en puerta en las basuras de las casas, llegó el tachero á redondear una corta cantidad.

Iba á poder con ella realizar el sueño que de tiempo atrás acariciaba: abrir casa, establecerse, tener una clientela, contar con un número fijo de *marchantes*; la ganancia de ese modo debia crecer, centuplicar, era seguro..... Oh! seria rico él, lo seria!

Y deslumbrado por la perspectiva mágica del oro, hacíase la ilusion de verse ya en el Banco, mes á mes, yendo á cambiar el rollo de billetes que llevara fajado en la cintura por la codiciada libreta de depósito.

Uno á uno recorrió los barrios del Sud de la ciudad, observó, pensó, estudió, buscó un punto conveniente, alejado de toda adversa concurrencia; resolvióse finalmente, despues de largos meses de labor y de paciencia, á alquilar un casu-

cho que formaba esquina en las calles de Europa y de Buen Orden, el que, prévia una adecuada instalacion, fué bautizado por él en letras verdes y rojas, sobre fondo blanco, con el pomposo nombre de GRAN HOJATERIA DEL VESUBIO.

No debian salirle errados sus cálculos, parecia la suerte complacerse en ayudarlo, y, á favor del incremento cada dia mayor que adquiriera la poblacion hácia esos lados, consiguió el napolitano acumular, andando el tiempo, beneficios relativamente enormes.

Fiel á la línea de conducta que se habia trazado, no alteró por eso en lo mínimo su régimen de vida. La misma estrechez, la misma sórdida avaricia reinaba en el manejo de la casa. Las sevicias, los golpes, los azotes á su hijo siempre que tenia éste la desgracia de volver con los bolsillos vacíos; los insultos, los tratamientos brutales en la persona de su muger, condenada á sobrellevar el peso de tareas que su salud vacilante la hacia inapta á resistir.

Y eran, en presencia de alguna tímida y humilde refleccion, de alguna sombra de contrariedad ó resistencia, los torpes y groseros estallidos, los

juramentos soezes, las blasfemias, semejante al gato que se encrespa y manotea al solo amago de verse arrebatar la presa que tiene entre las uñas.

Ella sin embargo, mansamente resignada en todo lo que á su propia suerte se referia, luchaba, se rebelaba tratándose de su hijo; con esa clara intuicion que comunican los secretos instintos del amor materno, dia á dia encarecia la necesidad de un cambio en la vida de Genaro, solicitaba, reclamaba del padre que el niño se educara, que fuese enviado á una escuela.

Qué iba á ser de él, qué porvenir la suerte le deparaba, abandonado así á su solo arbitrio?

Pero la escuela costaba, era indispensable entrar en gastos, comprar ropa, libros. Luego, yendo á la escuela, perderia el muchacho su tiempo, dejaria de hacer su dia, de ganar su pan y todo con qué miras, á objeto de qué? ... de saber leer y escribir?

Bah! ... refunfuñaba con una mueca de desprecio el napolitano, nadie le habia enseñado esas cosas á él ... ni maldita la falta que le habian hecho jamás! ...

Nada, nada, que siguiera así, como iba, como hasta entonces, buscándose la vida, changando y vendiendo diarios, algo era algo ...

Despues, en todo caso, siendo grande, más grande ya, veria, lo conchavaria, lo haria entrar de aprendiz de algun oficio ...

Resuelta por su parte á no ceder, obstinada ella tambien y segura de la obediencia de Genaro, cuya complicidad, á fuerza de caricias, de halagos y promesas, habia sabido conquistarse, imaginó la madre ejecutar su plan ocultamente. Ella, ella sola, sin el auxilio de nadie ...

Y, á trueque de acelerar los progresos del mal que lentamente la consumia, atareada, recargada de trabajo mas aun, pudo reunir al fin una pequeña suma, subvenir á los primeros gastos, comprar traje, sombrero, botines para su hijo.

Lo haria salir vestido, sin que lo viese el padre, de noche, por el zaguan. Habia una escuela á la vuelta; allí lo pondria al muchacho.

IV

Tenia diez años de edad Genaro, cuando, determinando un cambio profundo en su existencia, un acontecimiento imprevisto se produjo.

Pidiendo á gritos auxilio, una mañana su madre corrió á abrir la puerta de calle. Debia haber muerto el marido, habia querido ella despertarlo, lo habia llamado, lo habia tocado, no contestaba, estaba frio.

Deshecha en llanto y suplicante, pedia que entraran, que viesen, que le dijesen; con palabras entrecortadas, con frases incoherentes, encomendábase al favor de Dios y de la Vírgen, oprimiéndose la frente entre ambas manos, erraba como alelada, desatinada iba y venia.

Varios que en ese instante acertaban á pasar, otras personas del barrio se agruparon: el almacenero de enfrente, el colchonero de la acera, el negro vigilante, el changador de la esquina, y todos en tropel penetraron á la casa.

Como si hubiese intentado arrastrarse de barriga, la cara de lado, encojido y duro, estaba el napolitano tirado sobre su catre de lona.

Una baba espumosa y negra brotaba de sus labios contraidos por el *rictus* de la muerte, chorreaba á lo largo de su barba. Habia metido el brazo debajo de la almohada, sacaba la mano mas allá, tenia, en la crispatura de sus dedos, apretada la llave del cajon del mostrador. Una punta de la sábana, enredada entre las piernas del difunto, colgaba por un costado hasta rozar el piso de ladrillos.

En un ángulo del suelo, sobre un colchon, dormia Genaro.

Arrancado al sueño que lo embargaba, á ese sueño sin sueños de la infancia, lentamente desperezándose, restregóse los ojos, se incorporó.

Atúrdido, embotado aun su cerebro, paseaba en torno suyo una mirada estúpida de asombro.

Qué significaba la presencia de aquella gente, de dónde habian salido, por qué estaban allí, qué hacian en su casa todos esos?

Acababa de desprenderse de los otros un intruso, habíase acercado al muerto y curioso, entrometido, lo palpaba, lo movia:

«Al ñudo es que lo sacuda . . . no, no . . . no va á comer mas pan ese!» meneando la cabeza, declaró en tono sentencioso el moreno vigilante.

Dió un grito Genaro entónces, un grito agudo al comprender, y soltó el llanto.

Varios de los presentes compadecidos, interesándose por él, quisieron llevárselo de allí, suavemente lo alejaron con palabras de consuelo, sacáronlo al patio de la casa, donde cayó desesperado en los brazos de la madre.

Pero, poco á poco, otros agentes acudian, un Comisario llegó, luego un médico.

Examinó éste el cadáver, apenas, de lejos, un instante; pidió pluma y papel é informó qne se trataba de un caso de vicio orgánico.

Sc hacia entre tanto necesario proceder á las diligencias y trámites del caso. De entre los ve-

cinos se ofrecieron, llegaron á comedirse; el dueño del almacen se encargó de la partida, el colchonero del *fúnebre* y del cajon, mientras, rodeada de sus conocidas, ocupábase en vestir el cuerpo la viuda, silenciosamente, con esa mansa conformidad de la gente que no piensa y en quien el alma, incapaz de encontrar un solo grito de sublevacion ó de protesta, enmudece en presencia del dolor, como un resorte mohoso.

Al caer la noche, sin embargo, eran enviados los aparatos mortuorios á la casa: un cajon de forro de coco, un manto de merino galoneado, cuatro hachones en cuatro enormes candeleros abollados á golpes, cobrizos, desplateados.

Los amigos del muerto habíanse pasado la voz para el velorio. Poco á poco fueron llegando de á uno, de á dos, en completos de paño negro, con sombreros de panza de burro y botas gruesas recien lustradas. Zurdamente caminaban, iban y se acomodaban en fila á lo largo de la pared, en derredor del catafalco elevado en la trastienda. Uno que otro, cabizbajo, en puntas de pié, aproximábase al muerto y durante un breve instante lo contemplaba. Algunos daban contra el umbral

al entrar, levantaban la pierna y volvian la cara.

En la tienda, sobre el mostrador, habia pan, vino, queso, salchichon y una caja de cigarros hamburgueses traidos tambien del almacen. Constantemente una pava de café hervia en el fogon de la cocina.

Sin atinar Genaro á darse cuenta, á hacerse cargo exactamente de todo aquello anormal, extraordinario que veía desde horas antes sucederse, confundido aún y como en sueño, con la curiosidad inconsciente de la infancia, miraba embebido en torno suyo, inmóvil, sobre una silla, en un rincon.

Pasado el primer momento de doloroso estupor, de susto, algo claro y distinto se acusaba sin embargo en él, surgía netamente de lo íntimo de su corazon y de su alma: una completa indiferencia, una falta, una ausencia absoluta de pesar, de sentimiento en presencia del cadáver de su padre.

No lo volveria á retar el viejo, á castigarlo, á maltratarlo; no habria ya quien lo estuviese jorobando; se habia muerto.

Y qué era eso, morirse y que lo enterraran á uno . . . sabian las ánimas andar penando de

noche en los huecos, como contaban . . . Seria cierto lo que decia el catecismo, que todos resucitaban el dia del juicio?

Quién sabia si se iria á morir como los otros él, si Dios, tata Dios, no lo guardaba para semilla! . . .

Las salpicaduras viejas de cera, amarillentas sobre el fondo negro del manto funerario, un momento distrajeron su atencion, púsose á contarlas.

El tambien iba á ir al acompañamiento, en coche, por la calle Florida hasta la Recoleta. Su mamá le habia recomendado que saliera bien temprano, se comprase un traje negro en la roperia de la otra cuadra y se hiciese poner luto en el sombrero.

Tenia la plata que le habia entregado en el bolsillo.

No se le habria perdido? . . . Metió la mano y tocó el dinero.

No iba á haber escuela para él en esos dias. . . y hasta despues del funeral le irian á dar tal vez azueto. . . qué suerte! . . .

La atmósfera, sin embargo, se cargaba; em-

pezaba á sentirse un tufo á muerto, á sudor y á aliento de ajo. En la corriente del aire de las puertas entornadas, humeaba la pavesa de los hachones; se veia turbio como en una noche de niebla.

Las telarañas del techo, enormes, oscilaban lentamente, semejantes á las olas de un mar muerto, mientras confundido con el canto lejano del sereno en las horas, en las medias, susurraba de contínuo un zumbido de vozes roncas, análogo al de un nido de mangangaes.

El vientre del cadáver insensiblemente se elevaba.

Vencido Genaro al fin por el cansancio, apoyado el cuerpo á la pared, arqueada la cintura, colgando del asiento sus dos piés, habia fijado los ojos sobre la luz de un hachon. Le ardian, le picaban, le incomodaban; se los restregaba de vez en cuando, hacia una mueca de fastidio; poco á poco los cerró y cabeceando, acabo por quedarse profundamente dormido.

V

Fueron cuatro los coches: el fúnebre con plumeros negros y una figura como á modo de ángel, fabricada arriba, hincada y de cruz,

Estacionaban luego los otros tres, de plaza, transformados, como disfrazados de «librea», con ayuda del sombrero de castor y de la levita de los cocheros.

En la cuadra, la gente alborotada desatendia sus quehaceres; las mujeres, algunas con criatura en los brazos, salian, poblaban las puertas, invadian las veredas, se saludaban, hablaban en voz alta del suceso, lo comentaban; uno que otro hombre mezclábase á la conversacion.

De vez en cuando, por entre las rejas de alguna «casa decente», asomaba el óvalo de un ojo, la punta de una nariz, mientras, frente mismo á lo del muerto, en media calle, los muchachos amontonados se volteaban á empujones por mirar. Era que sacaban el cajon en ese instante, entre seis, á pulso, por el zaguan.

Pero la puerta resultó angosta para salir de frente, tuvieron que perfilarse, cambiaron de mano, forzejearon, cayeron al empedrado, oyóse el asiento de sus pisadas tambaleando con el peso como caballos de carro al arrancar.

Seguia un carruaje de luto detrás del fúnebre. El almacenero y dos más, como á guisa de parientes, lo ocuparon, hicieron subir con ellos á Genaro.

Un inconveniente sin embargo se suscitó á última hora, una demora se produjo: los convidados eran muchos, los coches no bastaban; fué necesario salir en busca de uno, allí á la cuadra, á la plaza de la Concepcion. Sin tiempo á presentarse «vestido de galera» tambien él, iba muy súcio el cochero.

Por fin, de un estremo á otro, como tiros que se

chingan, los látigos chasquearon y poco á poco, trabajosamente, en el zangoloteo de los pozos del empedrado, crujiendo la madera, chirriando el fierro, sonando los resortes con ruidos de aldabas de matraca, al trote perezoso de los caballos, movióse la comitiva, dirijióse á tomar la «Calle Larga de la Recoleta», no sin antes recorrer la ciudad por Victoria y por Florida.

Llegado el cuerpo al cementerio, en la capilla, un hombre gordo, de sotana entrepelada y barba sin afeitar, como rezongando entre dientes roció el cajon con un hisopo.

El acompañamiento avanzó luego por la calle principal. Se sentia calor adentro no obstante el viento, un viento fuerte del rio que balanceaba la negra silueta de los cipreses obligándolos á inclinarse, como sí, dueños de casa, hubieran querido estossaludar al muerto recien llegado.

Los seis de la comitiva que cargaban el cajon, sin sombrero, sudaban al rayo del sol, jadeaban sofocados, pasábanse el pañuelo por la frente, arrastraban los piés en la fatiga, se movian como enredados, tropezaban á ratos contra las puntas de adobe del piso mal nivelado.

Tres vezes hicieron alto á descansar, caminaron otras tantas, dejaron á trasmano las sendas de sepulcros alineados pisando ahora lo de atrás del cementerio, la maciega alta y tupida de la tierra donde los pobres se pudrian:

«U le aquí». limitóse á barbotear en el silencio la voz vinosa de un italiano viejo capataz del cementerio.

Habia apuntado á una sepultura recien abierta entre la multitud de cruzes sembradas por el suelo, antiguas, despintadas unas y cubiertas á medias por los yuyos; otras frescas, de esos dias.

Las paladas de tierra, arrojadas desde alto, no tardaron sin embargo en caer sobre el cajon, chocando contra la tapa, golpeando en ella, al sucederse, con un sonido fofo de hueco, como cuando se camina sobre un puente.

Una á una las veia Genaro amontonarse, sin dolor, sin opresion; el entierro, el acto en sí, la materialidad del hecho mismo, todo entero lo absorbia, ocupaba por completo su atencion: la soga primero, una soga torcida y gruesa, atada con ayuda de dos nudos corredizos y que habia servido para bajar el cajon: cabia justito este; luego las palas

el hoyo que habian cavado y que se iba ahora rellenando. Habria querido tener una para ponerse á echar tierra tambien él.

Faltó solo colocar la cruz, momentos despues. Un carpintero del barrio llevábala bajo el brazo; era de pino, negra, el epitafio estaba escrito con letras hechas á mano, de pintura blanca, sobre un corazon clavado al pié.

Terminado el acto por fin y al retirarse ya la concurrencia, á indicacion de uno de los presentes, Genaro solo se desprendió del grupo, fué y depositó en la tumba una corona.

A plomo sobre sus dos piés, caido el pelo á la frente, el sombrero en la mano izquierda, la derecha en la solapa del paletó, alcanzábase á distinguir el retrato del tachero; una fotografia amarillenta, metida en un nicho, detrás de un vidrio.

Era un recuerdo piadoso consagrado por la viuda á la memoria del difunto.

VI

Dos dias despues de haber tenido lugar la fúnebre ceremonia, un agente de negocios judiciales, vecino de la parroquia, golpeaba en casa del muerto.

Iba á ver á la viuda, á visitarla y á presentarle su pésame por la desgracia que esta habia sufrido. Poco á poco, en el curso de la conversacion, insinuóle la conveniencia de un pronto y oportuno arreglo de sus negocios, la necesidad en que se hallaba de proceder á la liquidacion de la testamentaria de su esposo.

El mismo concluyó por ofrecerse indicándole á là vez un abogado conocido suyo, persona muy

decente, muy capaz y muy honrada, quien se haria cargo gustoso de la direccion del asunto.

Bien sabia ella que no en cualquiera podia uno fiarse en el «dia de hoy». Estaba tan de una vez degradada la profesion, y á los pobres sobre todo, los estiraban de un modo cuando tenian la desgracia de caer mal . . . !

En abogados, procuradores, escribanos y demás historias, todo se le iba de las manos á uno si se descuidaba, todo se lo comian entre una punta de alarifes; cientos de miles de pesos, herencias cuantiosas se evaporaban, se hacian humo asi, de la noche á la mañana sin saber como... Era un escándalo, una picardía, una canallada... Y quiénes venian á pagar el pato al fin? los infelices huérfanosque quedaban reducidos á la mas completa indigencia...

Con él no habia peligro de que tal cosa sucediera . . . no, no, no habia cuidado, podía estar tranquila á ese respecto . . . qué esperanza... él no era de esos!

Pero manifestando ella no abrigar sombra de duda acerca de la probidad del agente, mostrándose convencida, diciendo que asi seria, que bastaba que él lo asegurase, acababa de recordar,

mientras hablaba el otro, el nombre de un abogado en cuya casa tenia entrada; lavaba de años atrás la ropa de la familia; era una de sus «marchantas» mas antiguas la señora y habia sido muy buena con ella siempre, le pagaba puntualmente al fin de cada semana, nunca le descontaba las falias y hasta solia darle ropita usada de los niños para Genaro.

Mentalmente en ese instante, hizo el propósito de ir á verla, á aconsejarse de ella, y eludiendo desde luego contraer compromiso alguno, con buen modo, en buenos términos, trató de verse libre de la presencia importuna del agente; no sabia aun, lo pensaria, le contestaria, podia él dejarle las señas de su casa, le mandaria á Genaro en caso de resolverse.

Una vez en contacto con el marido de su protectora y luego de ponerle al cabo del asunto, de trasmitirle los datos y antecedentes requeridos para presentarse ante el Juez, en momentos ya de retirarse, habló la viuda de su hijo.

Parecia que el muchacho iba á ser de mucha pluma; se manifestaba muy contento el maestro, decia que tenia cabeza. Pero como empezaba á

ser grandecito ya, ignoraba que camino seguir la madre, que medida adoptar con él, si dejarlo en la misma escuela ó ponerlo á pupilo en un colegio. Las criaturas, ya se sabia, eran criaturas, no tenian juicio, les gustaba jugar y hacer sus travesuras. A veces se le escapaba, el chico, se juntaba con otros y ella, sola y siempre enferma, no podia estarlo atendiendo.

Habria deseado colocarlo eon alguna persona formal para que se ocupase de algo á su lado y siguiese á la vez yendo á la escuela.

Justamente se encontraba sin escribiente el abogado, acababa de echar al suyo en esos dias, un sin vergüenza que lo tenia cansado, un haragan, cachafáz que lo estaba robando en el vuelto de los vicios, en los cigarrillos, en la yerba y el azúcar para el mate de entre el dia:

«Mándeme á su hijo señora», concluyó por decir despidiendo aquel á la viuda, «veré de lo que es capaz y, si es que de algo me sirve, se lo tendré aquí conmigo en el estudio.»

VII

Fué de un arreglo sencillo la sucesion del tachero; dejaba en perfecta regla sus asuntos, no habia «fiados,» no habia deudas; trescientos noventa mil pesos depositados en el Banco de la Provincia, mas un valor de treinta mil en existencias, formaban el activo de la herencia, y fácilmente, habiéndose presentado un comprador para estas últimas, un compatriota del muerto, quien pagó todo á tasacion y se hizo cargo del negocio, al cabo de pocos meses, dueña de la mitad de gananciales y tutora de su hijo, vióse la viuda en posesion de una pequeña fortuna: cuatrocientos mil pesos mas ó menos, deduccion hecha de los gastos judiciales.

Empleó trescientos mil en títulos de fondos públicos. Una casita se vendia, calle de Chile afuera, entre San José y Zeballos: «tres piezas, cocina, pozo y demás comodidades.» La hizo suya y la ocupó poco despues, se instaló en ella con su hijo; contenta, satisfecha, no obstante los contínuos sufrimientos de su pobre cuerpo, feliz de esa felicidad de los humildes en presencia de la vida material, del pan asegurado, al saber que no pesa ya sobre ellos la amenaza de la miseria, que no se ofrece ya á sus ojos la perspectiva aterradora de una cama de hospital.

Otra causa, otra circunstancia agena en sí misma á preocupaciones de dinero, despertando en su corazon el instintivo orgullo de las madres, contribuia á su bienestar.

Para ella no pedia más, ni qué más iba á pedir ni á pretender ahora?

Pero abrigaba secretamente una ambicion, soñaba con hacer de su hijo un señor, un rico que anduviese, como los otros, vestido de levita. Y habíale dicho el abogado que era Genaro inteligente, le habia propuesto que lo dejara á su lado en el estudio ganando al mes quinientos pesos, le

habia aconsejado que matriculara al niño en la Universidad, que le destinase á seguir una carrera, á ser médico ó abogado.

Su sueño empezaba pues á realizarse; parecía el cielo querer favorecerla...

VIII

Apresurándose á seguir los consejos de su abogado, temprano en la mañana siguiente, hizo la viuda levantar á su hijo de la cama, dióle á vestir el mejor de sus trajes, la ropa que habia comprado este el dia del entierro del padre. Ella misma sacó su velo nuevo, su vestido de ir á misa—un vestido de seda negro con volados—y, prontos ambos, salieron á la calle, dirijiéronse hácia el centro.

Abstraida la madre, reflexiva, perdida en sus desvaríos, mecida por la dulce voz de su esperanza.

Imaginábaselo grande á su Genaro, hombre ya, prestijiado su nombre con el título de Doctor.

Los Doctores eran todo en América, Jueces, Diputados, Ministros... por qué, debido á la sola fuerza de su saber y su talento, no podria llegar á serlo él tambien, á ser Ministro, Gobernador y acaso hasta Presidente de Buenos Aires, que le habian dicho que era como rey en Italia... su hijo un rey!

O bien médico, un gran médico que realizara curas milagrosas, cuya presencia fuera implorada como un favor en el seno de las familias ricas y que asistiese gratis á los pobres, como una providencia, como un Dios...

Quién sabia sí, con la ayuda del Señor, no le estaba reservado sanarla á ella misma de su tos, de esa tos maldita que desde años atrás le desgarraba el pecho!...

Y en su calenturienta exaltacion de tísica, como si idealizara su mal los sentimientos de su alma á medida que demacraba las carnes de su cuerpo, complacíase en forjar así un porvenir de grandezas para su hijo, en acariciar todo un mundo de visiones, entrevistas al través del velo májico de sus ilusiones de madre.

Dejábase llevar por ella Genaro, como arrastra-

do la seguia, en silencio, cabizbajo, hinchados los párpados de sueño.

Habíase vuelto regalon y perezoso desde la muerte del padre, habituado ahora á las molicies de la vida, consentido, mimado en todo por la madre.

La ropa que llevaba consigo, además, comprada hacía un año ya, resultaba serle pequeña; las costuras le incomodaban bajo los brazos, los botines, nuevos y estrechos, apretábanle los piés, le lastimaban la punta de los dedos, le sacaban ampolla en los talones.

Luego y no obstante la especie de secreta vanagloria qne sentia despertarse en él á la idea de poder decirse estudiante de la Universidad, presagiaba con el cambio de colegio una larga serie de desagrados y fastidios.

Cómo serian los maestros? Habia oido que lo primero que se enseñaba era latin; para lo que le importaba el latin á él!.... Qué otros muchachos iria á haber? una punta de orgullosos, sin duda, que lo mirarian en menos y se creerian mas que él..... Alguna le iban á armar, era seguro, alguna historia, alguna agarrada á trompadas iba á tener

de entrada no mas. Habian de querer probarlo largándole de tapado algun gallito.

Insensiblemente, cavilosos ambos, llegaron asi, despues de largo rato de camino, á la plazoleta del Mercado, se detuvieron frente á la Universidad en cuya puerta, mostrando un grueso manojo de llaves colgado de la cintura, estaba de pié el portero, un gallego ñato de nariz y cuadrado de cabeza.

Tímidamente acercósele la viuda y en voz baja, desde la vereda dirijiéndose á él y llamándolo Señor, lo impuso del objeto que la llevaba:

«Allí» limitóse á hacer el gallego secamente, indicando con un gesto de sus labios la puerta de entrada á la Secretaría, la primera puerta á la izquierda.

Bajo, grueso, rechoncho y como por error metido en una levita negra en vez de vestir sotana, trabajaba el Secretario entre un cúmulo de libros y papeles, papeles viejos, legajos, libros grandes, como á guisa de libros de Comercio.

Abandonó su asiento al ver entrar á la viuda, se apresuró á atenderla, comedido, movedizo y locuaz, con una locuacidad sonriente y falsa de jesuita:

«Es de práctica mi buena señora que los jóvenes sufran, como paso prévio, un exámen de gramática castellana, sin cuyo requisito indispensable me veria muy á pesar mio en el caso de no poder otorgar matrícula á su hijito.»

Precisamente atinaba á pasar el profesor de primer año, un hijo del pais, zambo, picado de viruelas y vestido de levita color plomo:

«Catedrático,» esclamó el empleado al verlo, avanzando algunos pasos é interpelándolo alegremente, en un tono de compañerismo amable, «quiere tener la bondad de permitir?.... un minuto, nada más.»

Se trataba de examinar al niño; con el objeto de abreviar, podia hacerlo en ese mismo instante; á lo que el otro accedió declarando á Genaro en estado de ingresar al aula desde luego, por haber sabido contestar que pronombre era el que se ponia en lugar del nombre.

Afuera, en el ancho y profundo claustro, cuyos pilares, enormes, se enfilaban bajo la masa aplastada de las paredes, como piernas de gigante en el cuerpo de un enano, los estudiantes esperando a hora se paseaban, estacionaban en grupos,

hablaban, peroraban, discutian, juntos los de la misma clase.

Habia grandes, habia chicos, bien vestidos, otros pobres, acusando una pobreza franciscana en sus personas, de ropa lustrosa en los codos y agujeros en las rodillas.

Habian salido varios al pátio, habíanse puesto á «pulsear» sobre el brocal del pozo, ó bien hácia el otro estremo, frente á la escalera del museo, distraía su tiempo uno que otro en fumar cigarrillos de papel, á caballo sobre huesos de ballena acá y allá dispersos por el suelo, semejantes á alguna monstruosa vegetacion de enormes hongos que hubiesen brotado entre las piedras.

De pronto sonaba un grito, ahogado, tímido, solo desde un rincon; ya el maullido de un gato en celo, un canto de gallo ó el ladrido ronco de un mastin.

Luego, de nuevo se hacia el silencio, un silencio hosco, solemne, preñado de amenazas como el que en un dia de combate precede al estampido del cañon, y un áspero rumor se sucedia, subia un gruñido de fieras enjauladas, crecia, aumentaba, abultábase poco á poco, re-

doblaba de violencia, arrancaba de mil pechos á la vez, acababa por romper en un alarido de indios, inmenso, infernal, atronador, rebotando en las paredes con la furia de un viento de huracan.

Era que la silueta del bedel aparecia, que cruzaba este el vasto pátio, deslizábase á lo largo de los claustros, malo, viejo, flaco.

Con mano airada, de un tiron calábase la visera, encasquetábase la eterna gorra de paño gris hasta llevar dobladas las orejas; y un coro de maldiciones y reniegos se adivinaba entre los pliegues filosos de su boca, y en sus ojuelos verdes de bruja, desde el fondo del doble peloton de arrugas de sus párpados, un resplandor siniestro de llama de aguardiente centelleaba.

«Canallas, muchachos miserables.... muchachos cachafazes!...»

Ceñudo, torvo, provocante, mas no sin que, al través de sus aires postizos de maton, dejara de apuntar una sombra de recelo, con la andadura oblícua de un lobo que cruzara por entre perros atados, dábase prisa á seguir, á llegar al otro extremo, á sustraerse de una vez á los desbordes del torrente popular que amenazaba anonadarlo,

buscando asilo en el refugio seguro de alguna puerta hospitalaria.

Y todo tornaba entonces á su quicio, las formidables iras se acallaban, la calma como por encanto renacia, una atmósfera reinaba de paz y de concordia. Era el rayo portentoso en la serena placidez de un dia de sol....

Los de primer año de latin sin embargo, acababan ese dia de entrar á clase. Poseido de instintivo encogimiento, intimidado y confuso, buenamente redújose Genaro á ir á ocupar uno de los últimos asientos, solo en un banco de atrás, jnnto á la puerta de entrada.

Quiso desde luego darse cuenta, seguir el curso de la leccion, hizo por comprender, para eso habia ido él. Imposible; por turno, á un llamado del maestro y poniéndose de pié, hablaban los otros una cáfila de cosas que él no entendia y que seguramente debian ser cosas en latin.

Cómo estarian de adelantados, cuando lo sabian así y cuánto tendria que estudiar él para alcanzarlos!

Pero cansado, fastidiado á la larga, distraida su atencion, impensadamente, en una mirada errante,
ate

alzó los ojos. La bóveda del techo, blanqueada á cal, mostraba una rajadura en el centro, larga, corria de un extremo á otro. Por las dos grandes ventanas que provistas de barrotes gruesos de hierro, en la profunda oblicuidad de la pared alumbraban desde lo alto, alcanzábase á divisar la mancha negra de un tejado. Observó Genaro que eran muchos los vidrios y pequeños; vió que estaba comido el marco por la polilla.

Con gesto maquinal, paseó en seguida la vista en torno suyo. Tenian los bancos profundas incisiones; desvergüenzas de los estudiantes, cortajeadas en la madera con ayuda de sus navajas de bolsillo; otras escritas ó garabateadas con lápiz en la pared, á la altura de la mano; insolencias, injurias contra maestros, versos en boga, canciones sucias, de esas que suelen andar de boca en boca en las eternas corrientes de la humana estupidez.

Le gustaba, lo atraia, lo absorbia todo aquello, era muy lindo, muy gracioso; lo repetia entre dientes, se empeñaba en aprenderlo de memoria para poder darse aires despues, andar «pintando» con los otros muchachos de su barrio.

Pero la hora de reglamento acababa entre tanto de sonar. Dejando señalada el profesor la misma leccion para otra vez, fué la clase despedida, no sin antes declarar aquel que eran todos una tropa de haraganes y encender á la vez tranquilamente un paraguayo con anis.

Trató Genaro á la salida de hacerse de relaciones, de crear amistad con los demás; se acercó á un grupo: costaba mucho aprender eso, lo que habia estado oyéndoles en clase, qué significado tenia, qué queria decir en español?

No tardaron entonces en emprenderla con él los otros. El mas grande, veterano de la casa, un especie de chinote, hacia cabeza. Qué difícil habia de ser. . . lo mas sencillo, lo mas fácil! . . . Y, mientras sus compañeros agrupábanse en torno de Genaro, se apresuraban á rodearlo, púsose él á soltarle á quema ropa un atajo de indecencias, una parodia inepta, consonantes de palabras latinas y españolas que, con tono grotesco de *magister*, intercalaba en el testo de Nebrija.

Y el alboroto aumentaba en derredor del neófito infeliz; se reian ahora, descaradamente se burlaban de él, se le echaban encima, lo empujaban ó,

haciéndose los distraidos, le pisoteaban los piés.

Uno por detrás, estimulado, enardecido, fué hasta «sumirle la boya»; otro, de una zancadilla, largo á largo, lo hizo caer.

Interesados en la broma, acudian de todas partes, en un empuje malsano de torpe curiosidad, un enjambre se agolpaba y perseguido, acorralado, acosado como las moscas en los hormigueros, sacáronlo al fin en andas hasta la puerta de salida, arrojándolo á empellones á la calle.

No habia llegado aun á cruzar á la otra acera, cuando oyó que sin querer soltar la presa, encarnizados sns contrarios se desgañitaban gritando:

«Cola dejá á ese hombre, cola dejá á ese hombre! . . .»

La alegria de los transeuntes hacia coro, el alboroto, las carcajadas de las cocineras saliendo del mercado con sus canastas, la rechifla de los changadores parados en la esquina.

Rabiosamente entonces, de un revés se arrancó Genaro un enorme muñeco de papel que le habian colgado los otros del faldon en la «chacota».

IX

Cinco años se sucedieron, cinco años perdidos por Genaro en las aulas de estudios preparatorios. El desarrollo gradual de la razon, la marcha de la inteligencia, el vuelo del pensamiento, todo ese sordo trabajo de la naturaleza, la germinacion latente del hombre contrariada, sofocada en el adolescente bajo la apática indolencia de un estado de niñez que el cariño ciego de la madre inconcientemente fomentaba.

De loco, de zonzo iba á ponerse á estudiar él, á romperse la cabeza!..... Nunca le decia nada la vieja; la engañaba, la embaucaba, le hacia creer, lo que se le antojaba hacía con ella.....

Y en compañia de otros como él, á la hora

de clase, dia á dia tenian lugar las escapadas, los partidos de billar y dominó en los fondines mugrientos del mercado, discutiendo en alta voz, «alegando», empeñando hasta los libros á fin de saldar el «gasto», si era que no se hacian humo en un descuido cuando andaban en la «mala», muy «cortados». Las rabonas en pandilla á pescar mojarras y «dientudos» en el bajo de la Recoleta ó en la Boca; á las quintas de Flores y Barracas, saltando zanjas, trepando cercos, robando fruta, matando el hambre, despues de una mañana entera de correrias, con un riñon ó un «chinchulin», en el fogon de alguna negra vieja achuradora de los corrales.

Para de noche asi mismo solian apalabrarse, los mas grandes, los mas «platudos», los mas «paquetes». Asistian á los teatros, negociando entradas que Genaro de segunda mano se encargaba de «agenciarles». Preferian el Argentino, donde una compañia de bufos se exhibia, para salir «dándose tono», contando que «andaban bien» con las cómicas francesas. Tenian anteojo, pellizcándose la cara, entre el lábio y la nariz, clavaban la vista en la cazuela, fumaban en los en-

treactos cigarrillos pectorales, se «convidaban» entre ellos á «tomar algo» en la confiteria, afectando cada cual ser el primero en darse prisa á pagar.

Y no era estraño despues, entre las sombras ambiguas de la calle del 25, como bultos de ladrones que se escurren, verlos deslizarse á lo largo de las paredes, desaparecer de pronto en uua vislumbre humosa, tras una puerta de cuarto á la calle habitado por alguna china descuajada.

Pero, aun en medio de los placeres de esa vida libre y holgazana, no dejaba de tener Genaro horas de amargo sufrimiento. Una herida á su amor propio, honda, cruel, fué á despertar el primer dolor en el fondo de su alma.

Entregados á una de sus distracciones predilectas, levantando la punta de uua pollera, tironeando una pretina, «haciendo cama» á un boca abierta, dando con un puñado de garbanzos en el rostro de los transeuntes, fastidiando á medio mundo con sus pillerías de muchachos traviesos y mal intencionados, vagaban una vez en tropel por las calles del mercado.

A un gallego recien desembarcado acababan de

«ponerle los puntos», de «acomodarle» un zoquete de carnaza. Con la cristiana intencion de refregársela en la nariz á alguna vieja, frente á los puestos de pescado, embadurnábanse las manos en la aguaza que goteaba de una sarta de sábalos colgados. Por desgracia para Genaro el pescadero en ese instante, una antigua relacion de su familia, atinó á reconocerlo:

«Ché, tachero, cómo estás, cómo te vá? pucha que has pelechau, hombre, que andás paquete!»

Y como afectando hacerse el desentendido, tratara Genaro de alejarse, finjiese no comprender que era dirigido á él el saludo.

«Qué ya no me conocés, que no sabés quien soy yo? . . . Será lo que andás de casaca y te juntás con ricos, que has perdido la memoria . . Guarde los pesos amigo, y salude á los pobres» . . . insistió el hombre en tono de zumba, «mire qué figura esa, qué traza tambien para tener orgullo!»

Luego, dirigiéndose á un vecino—el carnicero de enfrente—púsose á hablarle en voz alta de Genaro, á referirle que con motivo de ocupar un

cuarto de la misma casa, habia conocido al padre en el conventillo de la calle San Juan.

Entró en detalles; era el viejo un carcaman, un pijotero, un sin vergüenza; ni un triste puchero habia sido nunca capaz de comprar para la familia; no hacia otra cosa que caerle á la mujer, le sacudia cada tunda al muchachito que lo dejaba tecleando y de chiquilin no mas, sabia sacarlo á la calle, cargado de fuentes de lata.

Fué un colmo. Encendido el rostro de vergüenza, esquiva la mirada, balbuciente, sin atreverse á huir de allí, sufriendo horriblemente con quedarse como un criminal, sorprendido en el acto de delinquir, vióse Genaro obligado á soportar hasta el fin aquel suplicio.

Abrian tamaños ojos los otros, se acercaban aguijoneada su curiosidad se amontonaban á no perder una palabra de la historia.

Y le llamaron tachero, al separarse, gritando, haciendo farsa de él sus compañeros, y tachero le pusieron desde entónces, el tachero le quedó de sobrenombre.

X

Lastimado, agriado, exacerbado á la larga, esa broma pueril é irreflexiva, esa inocente burla de chiquillos, habia concluido sin embargo, hora por hora repetida con la cargosa insistencia de la infancia, por determinar un profundo cambio en Genaro, por remover todos los gérmenes malsanos que fermentaban en él.

Y víctima de las sugestiones imperiosas de la sangre, de la irresistible influencia hereditaria, del patrimonio de la raza que fatalmente con la vida, al ver la luz, le fuera trasmitido, las malas, las bajas pasiones de la humanidad hicieron de pronto esplosion en su alma.

Por qué el desden al nombre de su padre re-

caia sobre él, por qué habia sido arrojado al mundo marcado de antemano por el dedo de la fatalidad, condenado á ser menos que los demás, nacido de un ente despreciable, de un napolitano degradado y ruin?

Qué culpa tenia él de que le hubiese tocado eso en suerte para que asi lo deprimieran los otros, para que se gozasen en estarlo zahiriendo, reprochándole su origen como un acto ignominioso, enrostrándole la vergüenza y el ridículo de ser hijo de un tachero?

Le seria dado acaso quitarse alguna vez de encima esa mancha, borrar el recuerdo del pasado, veríase irremediablemente destinado á ser un objeto de mofa y menosprecio, entre sus compañeros ahora, entre hombres despues, cuando llegara á ser hombre tambien él?

Un sentimiento de odio lo invadia, de odio arraigado y profundo, que no podia, que no hacia por sofocar en su corazon contra la memoria de su padre, del viejo crápula, causa de su desgracia.

Recordaba el dia de la escena en el mercado, su historia contada á voces por el chino pescador

ante un auditorio absorto, su triste historia que tanto habíase esmerado siempre en ocultar á los ojos de los otros estudiantes, hablando de bienestar, de la decencia, de la riqueza de su familia, mintiendo, en sus nacientes ínfulas de orgullo, una distinta condicion social para los suyos.

La rabia, el despecho, un deseo loco de vengarse lo asaltaban. Oh! si hubiese podido apoderarse del canalla que lo habia vendido, descubierto, y cebarse, encarnizándose en él, matarlo. . . pero matarlo imponiéndole mil muertes que mil veces sufriera lo que él sufria, gozándose en atormentarlo, á fuego lento, á chuzasos, como por entre los postes de los corrales del alto, armado de un cortaplumas en los dias de rabona, habíase solido pasar horas él, entretenido en chuczar las reses embretadas!

La negra perspectiva del porvenir que se forjaba, la idea de que no llegaria jamas á cambiar su situacion, de que seria eterna su vergüenza, la humillacion que dia á dia le hacian sufrir sus condiscípulos, de que siempre, á todas partes llevaria, como una nota de infamia, estampada

en la frente el sello de su orígen, llenaban su alma de despecho, su corazon de amargura.

Pero qué, no era hombre él, debia por ventura resignarse así, cobardemente, conformarse con su suerte, sin luchar, sin sublevarse, doblar el cuello, dejar que se saliesen los otros con la suya, que lo siguiesen afrentando, mirándolo desde arriba, habituados á manosearlo, á no ver sino á un pobre diablo, á un infeliz en él, al hijo del gringo tachero?

«No,» llegó á esclamar un dia en un desesperado arranque de bestia acorralada.

El los habia de poner á raya, los habia de obligar á que se dejaran de tenerlo para la risa... les habia de enseñar á que lo trataran como á gente... Y ya que solo en el azar del nacimiento, en la condicion de sus familias, en el rango de su cuna, hacian estribar su vanidad, y su soberbia, les habia de probar él que, hijo de gringo y todo, valia diez veces mas que ellos!...

XI

Consagróse desde entonces al estudio, de lleno, con pasion, y una vida de lucha empezó para Genaro.

Era un anhelo constante, un afan de saber, de descollar entre los otros estudiantes, distanciado ahora de sus antiguos compañeros de «parranda,» cuya sociedad rehuia y á quienes solia encontrar solo de paso, al cruzar los alrededores del mercado ó esperando en los claustros la hora de clase.

Apenas durante el corto tiempo que las atenciones de su empleo le reclamaban, veíasele ausente de su casa. Volvia despues, se retraia, se

encerraba entre las cuatro paredes de su cuarto, solo con sus libros.

Y redoblaban su dedicacion y su ahinco á medida que el año trascurria, qne se acercaba el plazo fatal de los exámenes, el dia terrible de la prueba.

Levantado de la cama al aclarar en las mañanas crudas de invierno, pero insensible á los rigores del frio y á la falta de descanso, la hora de la clase, el momento de salir, llegaba á sorprenderlo sin tiempo muchas vezes de tomar el mas lijero desayuno, absorto por completo en el trabajo, en ese trabajo maquinal del estudiante rutinero porfiando con el libro, haciendo con un tezon de buey uncido al yugo, por grabar en su memoria lo que habia intentado comprender la víspera, repitiendo en voz alta la leccion del dia, diez, cien, mil veces, seca la garganta, mareada la cabeza, invadido más y más por un confuso aturdimiento, por una inconciencia vaga en el ritmo automático de su incesante marcha á lo largo de la pieza.

Luego, bajo el círculo de la luz de una lámpara de aceite, en la atmósfera encerrada de su cuarto

de estudiante, noche á noche, las veladas se sucedian, las veladas sin fin, interminables, prolongadas hasta las horas cercanas de la madrugada, arrebatado, febriciente, en la enorme tension intelectual á que voluntariamente llegara á someterse, clavados los codos sobre su escritorio—un escritorio de paño verde, enchapado de nogal—oprimida la frente entre las manos, los ojos fijos en algun libro de testo.

Un paquete de cigarrillos negros y una jarra de café frio no faltaban jamás al alcanze de su mano. Y cuando el sueño, ese déspota implacable apesar de todo lo embargaba, cerraba sus párpados hinchados y ardorosos con la inflexible dureza de una tenaza de hierro, sacudiéndose de pronto en un esfuerzo de todo él, corria á abrir la puerta de calle, llamaba al sereno de la cuadra y, despues de obtener de este el favor de que golpeara momentos mas tarde á su ventana, sin acertar siquiera á desnudarse, caia, se desplomaba atravesado, como un muerto, sobre el colchon de su cama.

Pero no eran, sin embargo, ni la labor abru-

madora del espíritu, ni las fatigas del cuerpo lo que mas quebrantaba su organismo.

Otra especie de sufrimiento, acentuando en él cada vez más sus ingénitas tendencias, sordamente lo minaba: la emulacion, la envidia, el despecho de reconocerse inferior á otros.

Dábase todo entero él al lleno de sus tareas, se mataba, se devanaba los sesos estudiando, pasaba entre sus libros la mitad de su existencia y qué premio, qué recompensa, entretanto, conseguia, qué ganaba, qué valia, él quien era?...

Apenas un espíritu vulgar, un estudiante ramplon y adocenado, de esos que, bajo la capa artificiosa del estudio, disimulan su indigencia intelectual; plantas que se arrastran por el suelo sin lograr clavar sus raizes, vegetan y se secan sin dar fruto, parásitos de la ciencia, pobres diablos condenados á vivir recorriendo, ellos tambien, su dolorosa *via crucis* en las bancas de derecho ó en las salas de hospital, para llegar en suma á merecer que les arrojen de lástima la deprimente limosna de un título usurpado de suficiencia!

Sí, pensaba, ese era él, lo sentia, lo conocia. Abstraido, reconcentrado en el secreto exámen

que de sus propias fuerzas intentara, mirábase obligado á confesarse apesar suyo, su impotencia, íntimamente y á él solo, allá, en la negra, en la misteriosa mudez de su conciencia, en lo más recóndito de su alma, poseido de un sentimiento de sordo malestar, algo como un bochorno de pobre vergonzante.

Abria el libro, emprendia el estudio de un punto nuevo; le sucedia leer á vezes y releer el mismo párrafo sin atinar á discernir con precision su contenido. Las palabras, las frazes, los periodos se seguian como partes inconexas de un todo heterogéneo, sin mútua correlacion, sin vínculos entre sí.

Era, ya la apariencia de algun error grosero, de una contradiccion chocante, que creia ver desprenderse de la página, saltar á primera vista de su lectura y que, en un tímido recelo de sí mismo, aplicaba todo su esfuerzo de atencion en comprobar; ya un estraño embotamiento, una torpeza, una singular dificultad de comprension que, impidiéndole tocar el fondo del asunto, posesionarse de él y dominarlo, arrancaba, con un gesto de

rabia y de impaciencia, palabras soezes de sus lábios.

Levantábase entónces ofuscado, caminaba, presa de una agitacion, recorria de un estremo á otro su cuarto, volvia, se sentaba, inmovilizaba ensimismado la vista sobre el testo.

Pero un objeto cualquiera, un detalle luego, una nada lo distraia: los dibujos del papel en la pared, los colores varios de la alfombra, el humo del cigarrillo, el brillo de un picaporte.

Y era entretanto el libro como una puerta cerrada trás la cual se ocultara lo impalpable; eso que en vano su mente enardecida perseguia, eso que habria querido poseer, asir, dominar y que se le escapaba, se le iba, rebelde á sus miradas se desvanecia en una ilusion de caprichosas curvas, de eses escurridizas de culebra, eso ignoto, informe, inmaterial, algo como el alma de la tinta y del papel que flotaba y se agitaba, que en la obcecacion de su cerebro, rodeado del silencio de la noche, le parecia oir, palpitar, estremecerse en un vago mas allá, apareado al chirrido sordo del aceite consumiéndose en la mecha del quinqué.

Ah! no ser él como eran otros que conocia!... Llenaban esos la Universidad con sus nombres, no parecia sino que en ellos toda una generacion se encarnara, que el porvenir de la patria se cifrara solo en ellos!...

Qué hacian sin embargo, qué méritos contraian, qué esfuerzos, qué sacrificios les costaba la reputacion, la fama que de clase en clase habian llegado á alcanzar?

Pasaban su vida de estudiantes entregados al solaz y á los placeres, veíaseles en las fiestas de contínuo, iban á bailes, á los Clubs; oíalos él en los corrillos, en los grupos de estudiantes, hablar, conversar, de sus amores, de las mujeres de mundo, de sus queridas del teatro, de sus noches de trueno, de juegos y de orgía...

Pero era que brillaba en sus frentes la luz de la inteligencia, que podian ellos, que sabian, que comprendian, que el solo privilegio del ingenio bastaba á emanciparlos de toda ímproba labor... mientras él... Oh! él!...

Y, solo porque dotado de la astucia felina de su raza, su único bagaje intelectual, poseia el don de sustraerse á las miradas agenas, de disfrazar,

envuelto en el oropel de una verbosidad insustancial y hueca, todo el árido vacío de su cabeza, no faltaba quien dijera de él que tambien tenia talento... talento él... Oh! si lo viesen, si los que tal creian lo sorprendiesen, frente á frente, cara á cara con sí mismo... imbéciles, el único talento que tenia él era el de engañar á los otros haciendo creer que lo tenia!...

XII

Esos arranques violentos, hijos de un estado de nervioso heretismo provocado por la misma constante exacerbacion de su moral, no tardaban luego en dar lugar á momentos de intolerable hastío, de desaliento profundo en el ánimo de Genaro.

Por qué obstinarse, á qué luchar, querer dar cima á una tarea ímproba, árdua, para la cual no habia nacido, inapropiada á la medida de sus fuerzas, superior al paciente empeño de su voluntad? solia decirse, cuando en medio del tumultuoso desbande de sus condiscípulos, tristemente, al salir de clase, alejábase cabizbajo y solo él,

llevando en el alma un desencanto más, apurando la hiel de alguna nueva decepcion.

Llamado á hacer la esposicion del tema, obligado á tomar parte en su debate, comprometido apesar suyo en una réplica, habíase visto, habíase sentido poco á poco vacilar, enredarse, perder pié en la discusion, dominado por un creciente aturdimiento, el espíritu suspenso en un estraño é inesplicable torpor, como reatado y preso, como aferrado en su vuelo por una mano brutal.

El fuego de la vergüenza habia subido entonces á su rostro, una nube roja lo habia envuelto, los latidos de su corazon, con un ruido de redoble de tambor, martillábanle la sien y, al través del zumbido turbulento de sus orejas, y entre el revuelto torbellino de sus ideas, como empujadas por un vértigo de ronda, habíase abierto camino la voz de su adversario, clara, sonora, cruel, implacable, en su lógica de fierro, semejante al golpe seco de una maza que sobre él se descargara, que lo ultimase, que lo hundiese en una zozobra desesperada de ahogado.

Qué desenlaze, qué termino habia llegado á tener aquel horrible suplicio?

Lo ignoraba; se habia sentido renacer, tornar á la conciencia de sí propio, tal cual despierta un borracho de su sueño, sin recuerdo, sin reminiscencia siquiera de los hechos.

Acaso habia acudido en su auxilio, habia llegado á prestarle una ayuda salvadora esa sagazidad hereditaria, innata en él y que era como el refugio supremo de su espíritu, como un agente estraño y misterioso qne gobernara sus actos, como un segundo instinto de conservacion que poseyese solo en defensa de su ser moral.

Sí, esa última esperanza le quedaba, una palabra, una interrupcion lanzada á tiempo, un oportuno momento de silencio, un gesto afectado de impaciencia, una sonrisa de fingido menosprecio, una repentina inspiracion, un rasgo en fin de su esencial astucia, ageno al juego de su inteligencia, involuntario, impensado, hasta inconsciente en él, habia operado tal vez el milagro de salvarlo, le habia sido dado asi escapar por la tangente, salir airoso del difícil paso, eludiendo la cuestion, rozando apenas la dificultad sin tropezar con ella,

como guiada por la aguja costea el escollo la mole ciega de una embarcacion,

Pero... y si, abandonado á los recursos de su solo alcance intelectual, hubiérase mostrado tal cual era, fuerza para él hubiese sido dejarse arrancar la máscara, librar á los otros su secreto? pensaba luego con la azorada angustia de quien se vé rodar al fondo de un abismo.

Le parecia ya estar oyéndolos á sus espaldas, antes de separarse y emprender cada cual por su camino, alegres y juguetones al pedirse el fuego:

Habian visto, se habian fijado como habia estado de bien el tacherito? . . . para la edad que tenia el nene. . . . Dios lo perdonara! iba mostrando cada vez más la hilacha el mozo, era decididamente un poco bastante bruto. . . . para qué estudiaría ese pobre! le estaban robando la plata los maestros, fuera mejor para él que se largase á sembrar papas. . . .

Y cuánta y cuánta razon tenian!

Bruto sí, mil veces bruto; más que bruto, insensato, loco, de ir á estrellarse estérilmente contra la insalvable valla de lo imposible! . . . .

Ganas le daba de pronto de echar á rodar

con todo, de salir de una vez de aquel infierno, de tirar los libros, agarrar el campo por suyo y meterse á cuidar ovejas! . . .

No era lo mas sensato y lo mas cuerdo, si no servia para otra cosa?

Pero, y sus planes heróicos, sus proyectos, sus propósitos, la promesa solemne que se habia hecho?

No importaba acaso para ante los demás, para ante él mismo, el mayor de los vejámenes, la mas grande de las vergüenzas, declararse vencido de antemano?

Y tan solo ante la idea de renuncia semejante, de un desistimiento tal de su parte, herido de muerte su orgullo y su amor propio, en una brusca reaccion, sublevábase entónces indignado, se insultaba, se injuriaba, acumulaba palabras afrentosas sobre su propio nombre, se llamaba débil, ruin, cobarde, y sacando nuevo aliento, retemplando su valor y su entereza al calor de la pasion enardecida, todo ese mundo de bajos sentimientos fatalmente encarnados en su pecho, el rencor, la envidia, el ódio, la venganza, acababan por despertarse mas vivaces, por primar de nuevo en él con la invencible esclusion de lo absoluto.

XIII

A fines de año, una vez, entre un crecido número de sus condiscípulos, acababa Genaro de bajar la ancha escalera que del salon de grados llevaba á la planta baja.

Iba y venia intranquilo, vagaba de un sitio á otro, acercábase á los grupos, escuchaba hablar á los demás, con esa espresion estraña en el semblante de quien hace por oir y no acierta con lo que oye, ensimismado, absorto, abismado por completo en una preocupacion única: su exámen.

Era que jugaba el todo por el todo él en la partida, que era cuestion para él de vida ó muerte, se decia. Un resultado adverso, un fracaso posible, en la prueba á que iba á verse sometido,

importaba, no solo la pérdida de largos años de estúdio, de una suma inmensa de constancia y de labor, sinó, lo que era á sus ojos mucho más, el sacrificio de su venganza, su plan frustrado, sus esperanzas desvanecidas para siempre; jamás en presencia de un rechazo, de una reprobacion desdorosa que sobre él fuese á recaer, llegaria á sentirse con valor bastante para perseverar en la árdua lucha, para obstinarse con nuevo ardor en sus designios.

Y presa de esa emocion invencible que despierta en el ánimo la vecindad del peligro, debatíase en las angustias de la espera, aguardaba su turno ansioso y palpitante; debia tocarle ese mismo dia á él, calculaba que seria luego de haber vuelto de almorzar los catedráticos, en las primeras horas de la tarde, segun el órden de lista.

Una idea además lo perseguia, fija, clavada en su cerebro; aumentando sus zozobras, un triste presentimiento lo aquejaba con la implacable tenazidad de una obsesion.

Dominado por la aversion profunda, irresistible, que llegara á inspirarle una de las materias en-

cerradas en el programa del año, habia rehuido su estudio.

Era en física, el coeficiente de dilatacion de los gases. Al abordar por vez primera el punto, habíale sido imposible comprender, se habia afanado, se habia ofuscado, habia sido un laberinto su cabeza. En uno de esos ímpetus que le eran familiares, habia estrujado entonces el libro, lo habia cerrado con rabia y, jurándose no volver á abrirlo mas en esa página, habia hecho siempre como gala de cumplir su juramento.

Pero, cuánto y cuánto lo deploraba, le pesaba ahora, trece del mes y viérnes, pensaba, trece el número de la cuestion en el programa, trece su propio nombre en la lista! . . .

Bah! sucedíale luego esclamar en un brusco retorno sobre sí, preocupacion, quimeras . . era estúpido, insensato dar oidos á semejantes absurdos, engendros de la ignorancia, vanas, necias aberraciones de la imaginacion asustadiza del vulgo.

No le faltaba sinó ponerse á creer en brujerias, él tambien, en *gettaturas* y usar cuernos de coral como su padre despues de comprar reloj . . .

Sí, evidentemente, sí... pero, por qué sin embargo esa estraña coincidencia de tres *trece* reunidos?

Y una cavilacion lo trabajaba, ocupaba su cabeza; emanaba del fondo de su ser una secreta y misteriosa influencia á la que le era imposible sustraerse, un supersticioso temor, latente en él, al culto de lo prodijioso, de lo sobrehumano, irresistiblemente lo arrastraba con todo el ahinco del ciego fanatismo de su casta.

El momento supremo se acercaba, iba la hora á llegar, á ser su nombre pronunciado; solo, en medio del silencio, saldria, se desprenderia de entre los otros, avanzaria, se aproximaria á la mesa.

Él mismo, semejante al reo que hace entrega de su persona, con mano trémula y vacilante iria á sacar de la urna una bolilla, la primera, la última, cualquiera . . . la bolilla augurosa, el número fatídico, cabalístico: trece . . . era fatal! . . .

Si se fuese, llegó á ocurrírsele de pronto, si faltase al llamado de la mesa . . . Por qué nó? púsose á decirse en el vehemente empuje de su tentacion, hostigado por el aguijon del miedo; qué mal le resultaria, á qué mayor daño se esponia, qué le po-

dia suceder en suma con proceder así?.. Perder el año... y bien, qué le importaba, si sabia que de todas maneras, lo tenia perdido dando exámen!...

Sí, lo sabia, algo, un no sé qué, superior á él, se lo decía, estaba convencido, cierto de ello, con el bochorno en más de verse reprobar.

Sobre todo, podia buscar un pretesto, nada le impedia finjirse enfermo y volver, presentarse al dia siguiente, un sábado en vez de un viérnes, un catorce en vez de un trece... estudiaria entretanto, tenia todo ese dia, toda una noche por delante; sí, sí, ni que hablar, no habia que hacer, era mil veces mejor, se repetia obstinado en persuadirse, apareando la accion al pensamiento, escurriéndose ya á lo largo de los claustros para ganar la calle.

Pero, bruscamente, en un arranque de soberbia se detuvo; qué dirian, qué pensarian los otros, qué comentarios irian á hacer?

Como si los viera, iban á estar cayéndole, haciendo farsa de él, interpretando de mil modos, á cual peor, su estraña desaparicion, su inesplicable ausencia. Nadie, de fijo, creeria en su embuste,

ni uno solo de sus condiscípulos daria crédito al cuento tártaro de su enfermedad, sabrian que se habia ido de miedo, seria la burla al dia siguiente, el escarnio. el hazme reir de toda la clase, .

Nó, era indigno, indecoroso lo que intentaba, se quedaria, fuera de ello lo que fuere, aguantaria, se habia de saber obligar él á quedarse y á aguantar, esclamaba «mándria, collon, gringo, tachero!» se llamaba en el rabioso desden que de sí propio la conciencia de su flaqueza le inspirara.

Resueltamente salió por fin á la calle, giró en torno de la manzana, entró á la libreria del Colegio, compró un ejemplar de testo, y, con el libro oculto bajo la solapa del paletot, volvió sobre sus pasos, penetró de nuevo á la Universidad.

Nadie debia haber, ni un alma en los altos; dos horas faltaban, una por lo ménos, para que continuaran los exámenes; tenia tiempo, trataria dė ponerse al corriente de la cuestion, de aprender algo, aunque no fuese mas que de memoria. Creia recordar que traia descrito el libro un aparato de Gay Lussac, lo estudiaria, veria de que se

le quedase grabado en la cabeza, lo pintaria si acaso en la pizarra, podria salir de apuros así.

Y, amortiguando el ruido de sus pisadas, agazapado, haciéndose chiquito, de á dos, de á tres empezó á trepar los escalones.

Hallábase en efecto desierto el largo claustro arriba. . . solo allá, hácia el fin, entre el polvo de oro de los rayos del sol penetrando oblicuamente, una silueta humana alcanzábase á discernir.

Pasaba, se deslizaba como un fantasma, se perdia en la encrucijada, volvia á pasar, al ritmo acompasado de su andar, un andar de procesion, volvia á perderse. Llevaba, ya inclinada la cabeza, ya los brazos recojidos, ya caidos, suelta en lo vago la mirada, mientras, del marmoteo incesante de sus labios, un susurro se escapaba, flotaba en el aire muerto como un confuso y sordo runrun de bicho que volara.

Otro, otro que tal, otro bruto como él, otro infeliz, otro pobre porfiando trás del mendrugo, díjose, reconociendo á uno de sus condiscípulos Genaro.

Pero en el afan de no perder él mismo un solo

instante, atareado, hojeando el libro ya, al enfrentar el salon de grados, observó con estrañeza que habia quedado abierta la puerta.

Por qué la habrian dejado así? un descuido sin duda del portero ó del bedel.

Y curioso y sobrecojido á la vez de involuntario pavor, en una irresistible atraccion de condenado á la vista del lúgubre aparato de su suplicio, medrosamente puso el pié sobre el umbral y se asomó.

Le pareció mayor la inmensa sala en el silencio, más dilatada su bóveda, más alejado su fondo, del que, semejante á un falso Dios, á algun ídolo enemigo, con el funesto emblema de su R enorme en el zócalo, el busto en bronce de Rivadavia resaltaba.

Hácia el centro, en seguida, junto á la pared de enfrente, la tribuna, la clásica tribuna apareció á su vista, ventruda, chata, tosca, desdorada, apolillada, respirando un aire á rancio, á ciencia añeja de sacristia, como un púlpito.

Luego, aislada y solitaria en medio de un ancho espacio, como un escollo en el mar, la silla del examinando, el banco de los acusados, el banquillo acaso, se decia, clavando en ella los

ojos lleno de sobresalto Genaro, su propio banquillo de reo, destinado á una muerte mas cruel y mas infamante mil veces que la otra.

A media altura, por fin, sobre el muro de cabezera, una coleccion de pinturas quebrajeadas y polvorosas atrajo sus miradas: la efigie de los rectores de antaño, proyectando cada cual desde su marco, el apagado rayo de una mirada oblícua, turbia, muerta, siempre igual, incansable en la angulosa impasibilidad de sus rostros de frailes viejos.

Y el estrado, los tradicionales, los vetustos sillones de baqueta y la mesa, abajo, imponente en su solemne aparato, tendida de damasco blanco y rojo, arrastrando el ancho fleco de su carpeta por la alfombra, mientras de entre el tintero, enorme, y mas allá la campanilla, cuyo timbre de llamada era como una descarga eléctrica en el pecho, la urna, la urna fatal se destacaba del conjunto, negra, fatídica, siniestra en su elocuencia muda de mito.

Estaba allí, indefensa, abandonada, á pocos pasos de él al alcanze de su mano, estaba abierta, tenia dentro las bolillas, las treinta y seis bo-

lillas del programa, como ofreciéndolas, como instigándolo á uno, como provocándolo.

La sugestion, la idea del mal llegó á poseerlo; bruscamente con una prontitud de luz de rayo, robarse una se le ocurrió.

Podia elejir, llevarse la que quisiera, la que se le antojara, buscar en el monton el número del programa qne mas á fondo hubiera estudiado, en el que mas fuerte se sintiera; guardársela en el bolsillo, tenerla escondida entre los dedos al ir á meter la mano, hacerse el que revolvia y sacarla y mostrarla luego, como si solo entonces la acabara de tomar.

Era el éxito eso, el resultado del exámen asegurado, el voto de sobresaliente conquistado y quien sabia si hasta una mencion honrosa de la mesa, por qué nó? . . . tal vez! . . .

Era la victoria, sobre todo, el triunfo sobre los otros, su anhelo supremo, su aspiracion colmada, sn sueño, su acariciado sueño de venganza realizado.

Pero era una mancha negra sobre la conciencia, eso tambien, la falta, el delito, el crímen. . . De ese modo se empezaba, por miserias, por

echar mano de un cobre, de un cigarro, se acababa por robar una fortuna! . . .

Quién, una vez dado el primer paso, era capaz de decir dónde iba á detenerse, hasta que fondo de abyeccion podia arrastrar la pendiente resbaladiza de la culpa?

Pero no exajeraba acaso. . . alarmado, atemorizado sin razon, no desfiguraba el alcanze, la trascendencia del acto que intentaba, el carácter que este revestía. . . era realmente un delito, un robo. . . á quién dañaba, á quién perjudicaba, á quién despojaba de lo suyo? . . .

No podia ser mirado, reputado mas bien como una mera travesura, una supercheria, una cábula de estudiante, sin seriedad, sin importancia, hasta inocente si se queria, imaginada solo con el fin de verse libre de un mal trago, de sacarse el lazo del cuello, una simple diablura de muchacho en fin?....

Y, qué diablos! aun admitiendo lo contrario, bien pensado, eran historias esas. No estaba sujeta á reglas fijas la moral; el bien y el mal eran relativos, contingentes como todo lo que era humano; dependian de mil diversas causas, de mil diversas circunstancias; el tiempo, el lugar, el

medio, la educacion, las creencias. Lo que en un punto de la tierra se admitia, se rechazaba en otro, lo que antes habia sido aceptado como bueno, venia á ser declarado malo despues y ni aun el asesinato, ni aun el incesto mismo, el monstruoso y repugnante incesto, habia dejado de tener su hora de triunfo, consagrado, santificado á la luz del sol, á la faz de Dios y de los hombres.

Todo el hueco palabreo de su escolástica, todo el indigesto bagaje de su filosofia, adquirido dos años antes en clase, era sacado á luz, puesto á contribucion por él en abono de su causa.

Tenia sus ideas, sus principios, sus doctrinas de las que no cejaba un ápice, él; era utilitario radical y declarado en materia de moral; un acto, una accion cualquiera podia ser buena ó mala, segun el provecho ó el daño que de ella se sacara.

Tal habia sido siempre su regla, su norma, su criterio, asi entendia las cosas él; marchaba con su siglo, vivia en tiempos en que el éxito primaba sobre todo, en que todo lo legalizaba el resultado. Lo demás era zonzera, pamplinas, paparruchas..... el bien por el bien mismo, el deber

por el deber . . , dónde se veia eso? que se lo clavaran en la frente! esclamaba haciendo alarde de un cinismo mitad verdadero y mitad falso, entre ficticio y real, afectado, forjado como una arma de defensa, como la justificacion buscada del móvil de su conducta y tendencial á la vez, íntimo en él, inherente al fondo mismo de su ser.

La cuestion, lo único esencial y positivo, lo único práctico en la vida, era saber guardar las formas, manejarse uno de manera á quedar siempre á cubierto, garantido, á no dar á conocer el juego ni esponerse . . .

Esponerse? . . . eso, eso mas bien merecia tenerse en cuenta, eso podia ser sério . . . que fuera á encontrarse atado él, á enredarse en las cuartas, á asustarse á lo mejor, que le pisparan la bolilla entre los dedos, ó se le fuese á caer de la mano, ó de algun modo, con el susto, llegase á quedar colgado . . .

Hum . . . no dejaba de tener sus bemoles el negocio . . .

Indudablemente, lo mas cauto, lo mas prudente era no meterse en honduras, el mejor de los dados es no jugarlos . . . tanto mas que por

mucho que se obstinase en cerrar los ojos á la luz de la verdad, no podia dejar de convenir en que era feo, en que era mal hecho en suma aquello. . . nó, no habia vuelta que darle, se lo estaba diciendo á gritos la conciencia.

Y, sin embargo . . . lástima, lástima grande renunciar á la bolada! . . . habria sido clavar una pica en Flandes, caso de salirle bien . . .

Como en un último pudor de vírgen que se dá, la vacilacion, la duda, el recelo de lo desconocido, la aprension al incierto mas allá de la primera vez, un momento lo contuvieron. Pero la urna, la urna maldita, semejante á un mensagero del infierno, lo atraia, lo fascinaba, derramaba sobre él todo el demoniaco hechizo de la tentacion.

Vanamente se exhortaba, luchaba, se resistia; le era imposible desviar de ella la vista, seguíala, envolvíala apesar suyo en un ojeo avariento de judio.

Perplejo, irresoluto aún, hizo un paso, sin querer, como empujado. Se figuró que el otro, el que andaba caminando por el claustro lo miraba; bestia, imbécil, no partirlo un rayo, no reventar, no caerse muerto... bien podia haberse ido á re-

pasar al seno de la grandísima perra que le habia tirado las patas ! ...

Pero no, volvia la espalda, en ese instante ... Entonces, como arrebatado del suelo por el azote de algun furioso huracan, con todo el arrojo de los valientes, con todo el amilanamiento de los cobardes, incapaz de discernir, sin mínima conciencia de sus actos, como si contemplase á otro en su vez, se vió Genaro de pié junto á la urna. Habia metido la mano, habia tenido la sensacion de una mordedura de plomo líquido en las carnes; erizado de terror, la habia sacado; las bolillas chasqueaban, se entrechocaban, saltaban en tropel, como hirviendo ... en la urna ? .., si, trasformada en una caldera enorme de brujas, y vozes, varias vozes, tres ó cuatro, lo habian chistado, lo habian llamado, brevemente, secamente, *pst, ep, eh!*, de una ventana, de la puerta, de arriba, de allá atrás.

Como en un fulminante acceso de locura, presa de un pánico cerval permaneció un momento inmóvil, pasmado, estupefacto.

Luego, en un endurecimiento de todo él, logró arrancarse de allí, pudo andar, llegó á correr y co-

mo quien huye del fuego que va quemándole la ropa, afuera, en el claustro ya, echó de ver lleno de asombro que llevaba apretada en la mano una bolilla . . . la habia robado . . . ó más bien no, ella, ella sola habia debido metérsele entre los dedos ! . . .

Era tiempo; el Rector, los catedráticos, los otros estudiantes, subian, asomaban por la escalera.

Los vió, los oyó Genaro? Tenia los ojos turbios de sangre, los latidos de su corazon le hacian pedazos el tímpano.

Guarecido, acurrucado en un hueco de pared, su instinto solo, su maravilloso instinto de zorro lo habia salvado.

XIV

Seguro del terreno que pisaba, dueño absoluto de sí mismo, la palabra brotaba de sus lábios, fácil, fluida, franca, en el recogido silencio de la sala; con el brillo y la pureza del cristal sonaba el timbre de su voz que la emocion ligeramente estremecia.

Allá, tal vez, en el fondo, para un ojo observador, un vacío, un punto negro habria podido acusarse, una ausencia de acabada claridad, de precision en el juego de las ideas, algo como esas masas de sombra, vagas, indecisas, que suelen flotar á la distancia, empañando la diáfana pureza del espacio en dias de sol.

Habríase dicho una ficcion, por momentos, una

falsa imitacion más bien, de saber y de talento, el oropel de una apoteosis de teatro, trabajada, artificial, la luz del gas simulando el sol.

Fué un triunfo sin embargo, un momento espléndido de triunfo. La mas alta, la mas honrosa de las clasificaciones; una especial mencion de los miembros de la mesa, felicitando á Genaro por su soberbio exámen; el aplauso general, los parabienes de sus compañeros, aún de aquellos cuyo altanero desden más dolorosamente habia sentido siempre pesar sobre él y que, con la sonrisa en los labios, acercábansele ahora, estrechábanle solícitos la mano.

É iba á ser publicado todo eso, pensaba lleno de orgulloso júbilo Genaro, veríase en letras de imprenta él, su nombre, su oscuro, su desconocido nombre, el nombre del "hijo del gringo tachero» apareceria en las columnas de la prensa, circularia de mano en mano, rodeado como de una aurora brillante de fama y de prestijio.

Oh! que le importaban los quebrantos del pasado, las horas mortales de lucha y descaecimiento, el torrente de hiel que habia apurado, las ofensas, los vejámenes sufridos, las vergüenzas

devoradas en silencio, la larga, la interminable cadena de sus padecimientos!...

Eso y otro tanto y más y más, mil veces habria tenido el coraje de sobrellevar resignado, por un minuto, por un segundo solo en que llegase á sentirse harto, como ahora, de la dicha soberana de vengarse!...

XV

Existia en la calle de Reconquista, entre Tucuman y Parque, un llamado «Café de los Tres Billares», cuya numerosa clientela en gran parte era compuesta de hijos de familia, empleados públicos, dependientes de comercio y estudiantes de la Universidad y de la Facultad de Medicina.

Su dueño, un bearnés gordo, ronco, griton, gran bebedor de ajenjo, pelado á la *mal content* é insigne disputador de achaques en historia guerrera y de política, tenia, leguleyo á medias él mismo, una predileccion marcada por los últimos.

Iba, en su profundo amor á la ciencia represen-

tada para él por el gremio estudiantil, hasta hacer crédito á sus miembros de la hora de mesa y del *chinois* en épocas adversas de pobreza.

Tras de la maciza puerta de calle, otra de vidriera conducia á un vasto local donde tres billares, grasientos bajo la llama nublosa de los quinqués, en medio de una eterna nube de humo, escalonábanse abonando el letrero de la muestra.

Veíase entrando á la izquierda, un mostrador forrado de zinc, luego un estante provisto del surtido para el despacho diario: botellas de licores, frascos de frutas en conserva, tarros de cigarrillos, cajones de cigarros hamburgueses, mientras junto á varias mesas de fierro mas allá, guardando las distancias como pelotones en marcha, unas cuantas docenas de sillas se alineaban, y, sobre el papel pintado de la pared, colgaba una coleccion de estampas iluminadas representando batallas ganadas por Napoleon.

Pero algo de segunda mano habia además oculto á las miradas indiscretas y profanas de la plebe, un ramo reservado del negocio, una dependencia secreta de la casa, especie de bastidor de introtelon al que un oscuro pasadizo

lateral, independientemente desde la calle facilitaba el acceso.

Era, sobre la cocina donde hervian los tachos de café, en los fondos, un cuarto grande, de alfombra de chuze, cortinas blancas de algodon, cielo razo de lienzo empapelado, muebles del país y un olor insoportable á cucaracha. Se subia á él, por una escalera de pino apolillado, á la intemperie.

En ocasiones, mediante un lucro razonable, solia su dueño ponerlo á disposicion de los amigos; no sin ciertas reticencias, cuchicheando en los rincones y bajo palabra formal de silencio y discrecion: cuestion de no comprometer de puro bueno y complaciente el crédito de la casa.

Pero lo abria, lo ventilaba, hacia sacudir el polvo en carnaval, al iniciarse los bailes; las ganancias en esa época se presentaban gordas y, adios entonces moral y miramientos; noche á noche, de las dos de la mañana en adelante era un *train á tout casser*.

Allí tambien, concluido el año, solian citarse entre estudiantes; los amigos del mismo curso, á festejar con una cena en que habia pavo, tajadas

de jamon y hasta *champagne* por veinte y cinco pesos «á escote» la «sacada de clavo del exámen.»

Y ocho ó diez de los de la clase de Genaro y él entre ellos, acababan de instalarse alrededor de la mesa, alegres, charlatanes, mientras esperaban que empezase el mozo á traer la cena, hablando cada cual, sin ton ni son y á todo azar, de lo primero que caia á mano; el espíritu liviano, retozon, como en azueto, despues de los mortales meses de estudio y sujecion, ganoso el cuerpo, recobrado, aguzado el apetito, como en una revancha de la bestia puesta á dieta.

Habia cesado la obsesion, la constante, la eterna pesadilla; habia pasado la nube negra del exámen, era como otro mundo que empezara, todo lo veian color de rosa ahora, ó no mas bien, nada veian, porque nada miraban, ni nada les importaba en la bienaventurada indolencia de sus años. El problema eterno de la vida, el porvenir, las batallas del futuro, sus dudas, sus azares, sus zozobras... bah! mucho se les daba á ellos de porvenir, de futuro... los

tres meses de vacaciones del presente les bastaba, les sobraba á la dicha de existir.

Uno, á los postres, levantóse y brindó, hizo un discurso en que la ciencia, el amor, la libertad, la democracia, las gotas de rocio, la patria, el canto de los ruiseñores, los pétalos de las flores y otras cosas, mezclado todo, revuelto, confundido, era, como resaca al mar, implacablemente acarreado aguas abajo en el atropellado torrente de la palabra.

Varios de los otros, estimulados por el ejemplo y sobrexitados por el vino, apresuráronse á imitarlo, pidiendo todos por fin que hablara el héroe de la jornada, el del voto de distinguido con mencion; á ver, que dijera algo, que se mostrase él tambien...

Hablar Genaro, improvisar.., y qué habria dicho!...

Oh! mientras de pié sus compañeros, brillante la mirada, encendida la mejilla, la copa en alto, dejaban sin violencia correr la fecunda fuente de su labia, él abstraido, ensimismado, allá, solo en sus adentros, trabajosamente se ensayaba, buscaba, procuraba dar forma al pensamiento,

poner á prueba una vez más la medida de sus fuerzas, y, una vez mas, infeliz! era asaltado por la triste y dolorosa persuasion de su impotencia.

Nada... ni una frase, ni dos palabras siquiera, sensatas, pertinentes, atinadas, habríase creido capaz de hacer brotar de sus labios... nada... sentia su cabeza seca como los vasos de *Champagne* dispersos sobre el mantel.

Y, con esa insistencia grosera y desmedida que comunica el vino, urjido, apremiado á gritos por sus compañeros, sin saber qué escusa dar, ni qué decir, ni qué hacer, como rompiéndosele á pedazos en medio de la algazara, el corazon le latia, le silbaban los oidos como en un tiro á quema ropa, confusas, revueltas, enmarañadas sus ideas, semejantes, en el brusco agolpamiento de su sangre, á las piezas de una máquina que acabara de estallar.

Lejos de ceder los otros, sin embargo, seguia la grita, porfiada, atronadora. Lo habian rodeado, lo agarraban, lo tironeaban los mas borraehos; «que hable, que hable . . . si señor, tiene qne hablar!»

Borrachos? . . . sí, lo estaban por desgracia

suya, se les habia ido en mala hora el vino á la cabeza . . .

Pero, . . . pero porque entonces no se daba él mismo por tal, ¡ideó de pronto, y hacia por verse libre de ese modo, no era lo mas natural, lo mas factible que le hubiese acontecido lo que á los demás, no quedaba así todo esplicado, su empecinado silencio, su actitud? . . .

Imbécil, no habérsele ocurrido antes eso . . . que mejor pretesto queria!

Y con toda la destreza, con la artimaña de un cómico, simuló hallarse ébrio él tambien; embotó la vista, separó una de otra las piernas, ladeó el cuerpo, como descuajado en la silla cabezeaba, babeaba, tartamudeaba, pedia mas vino.

«Está mamau el gringuito» riéndose á carcajadas prorrumpieron en coro los demas, «miserablemente mamau . . . angelito . . . que la acuesten á la criatura! . . . »

Bien pronto, en un descuido, desviada de él la atencion, pudo salir Genaro sin ser visto, bajó en puntas de piés la escalera y, perdiéndose entre las sombras espesas del zaguan, ganó la calle:

«Se ha hecho perdiz, se ha hecho humo el na-

politano . . . ah! canalla, sin vergüenza! . . . ha de estar por ahí escondido, durmiendo la mona ó echando el alma en algun rincon! . . . »

Salieron los otros á su vez, buscaron, registraron con un ahinco, con un encarnizamiento de perros ratoneros revolvieron de arriba abajo la casa, preguntaron á los mozos, al patron; ninguno de ellos lo habia visto, nadie supo dar razon del desaparecido.

Al bajo, á los bancos del paseo se ha de haber largau cuando menos á tomar el fresco el muy mándria! . . . dominando el confuso tole-tole saltó de pronto como inspirada una voz.

Seguro pues, era claro, era evidente . . . no haber caido antes en cuenta, zonzos! . . .

Y resolvieron sin más ni más dirijirse todos al bajo.

Pero en la esquina, á mil leguas ya del objeto que los llevaba, porque sí y como si un viento los empujara, siguieron calle derecha al Sud.

Caminaban como en tropel, pisándose los talones, hablando á un tiempo en alta voz, pidiendo el fuego á los transeuntes, sin echar de ver que llevaban ellos mismos encendidos sus cigarros.

No faltó frente al átrio de la Merced, quien declarara que no pasaba de allí; se obstinara como caballo empacado, se sentase sobre los escalones del pretil y comenzase á entonar á voz en cuello el himno patrio.

Al mas alegre en la plaza Victoria, una melancólica tristeza de súbito lo invadió, un doloroso recuerdo despertóse en su memoria: misia Pancha, su madrina, una que le regalaba masacote de chiquito, que lo habia asistido del sarampion y que era íntima de la madre, se encontraba enferma en cama, de mucha gravedad.

Y era un miserable él, un gran culpable, un gran canalla en haberse puesto en ese estado, en andar asi, «tomau», cuando quien sabia, no estuviese ya en las últimas la pobrecita señora, agonizando ó tal vez muerta! . . .

Y, poseido de cruel remordimiento, no tardó en soltar el llanto á sollozos, quiso desde allí, desde allí mismo y sin pérdida de un instante, ir á saber, á indagar, á tomar informes en la casa, á ofrecerse á la familia ó, en último caso, si era que tarde acudia por su desgracia, á tener el consuelo, dijo, de velar á la finada.

Este primero, luego aquel, y otros despues, de á uno, de á dos, se dispersaban, emprendia por su lado cada cual. Llegaron á comedirse los que por efecto del aire fresco de la noche empezaban á sentir sus cabezas despejadas; mansamente resignados, prestaban su ayuda a los demás, hasta la puerta de sus domicilios respectivos los llevaban, se abstenian de poner ellos mismos el pié sobre el umbral, temerosos de que una parte «les ligara» de rechazo en alguna furiosa filípica paterna.

Y poco á poco asi, vino á quedar disuelta al fin la comitiva.

XVI

Qué habia sido de Genaro entre tanto, cómo acababa su noche, por qué su clandestina salida, su brusca desaparicion de entre los otros, por librarse de ellos acaso, de sus bromas majaderas y cargosas de borrachos?

No; creyéndolo dominado por los efectos de la embriaguez habian desistido ya de su empeño de hacerlo hablar, acababan de dejarlo en paz, sin mas preocuparse para nada de su persona, de olvidarlo por completo, como olvidan los muchachos el jugueteque ya no los divierte.

Y entonces?

Oh! mal habria podido disimulárselo! era que el espectáculo de aquella franca alegria, de aque-

lla espansion sincera y sin doblezes entre amigos, en medio de un compañerismo exento de mezquindades y miserias, le hacia daño á él que respiraba el odio y la venganza, en cuyo corazon sentia solo que la envidia, una baja rivalidad, una ruin emulacion tenia cabida.

Era que la vista de sus condiscípulos gozosos, satisfechos y felizes de la felicidad propia y de la agena, prodigando, en el impulso generoso de sus almas, el elogio y el aplauso á los demás, mientras hacian ellos mismos gala y como lujo de su ingenio, habia concluido por tornársele, á la larga, odiosa, inaguantable.

Por eso habia salido, se habia escapado, se habia escurrido entre las sombras, como un ladron habia fugado de allí; porque era hiel la saliva que tragaba, porque se ahogaba, se sofocaba, porque el aire le faltaba en aquella atmósfera elevada y pura, como falta á los reptiles donde se ciernen las águilas.

Si, por eso, por eso, nada mas que por eso, esclamaba, se lo decia, se lo repetia en un alarde de pordiosero que se complace en exhibir las llagas de sn cuerpo.

Pero, desde el fondo entonces de su conciencia

sublevada, un grito se levantaba de recriminacion y de protesta, como estraño, como de otro, una voz que lo acusaba, que le enrostraba sus flaquezas, la ausencia en él de todo impulso generoso, de todo móvil desinteresado y digno, su falta de altura y de nobleza, sus procederes rastreros, sns torpes y groseros sentimientos, la perversion profunda, la abyeccion en fin de su corazon y de su espíritu, esa abyeccion moral en que se veia, en que se sentia caer, mayor y mas completa cada vez, á medida que del esbozo del niño, la figura del hombre se desprendia.

Y habria querido él no ser así sin embargo, habia intentado cambiar, modificarse, dia á dia no se cansaba de hacer los mas sinceros, los mas sérios, las mas solemnes propósitos de enmienda y de reforma; sí, á la par que de vergüenza, en el hondo sentimiento de desprecio que á sí mismo se inspirara, con las ansias por vivir de quien siente que se ahoga, no habia cesado de agitarse, de debatirse desesperado en esa lucha; si, á todo el ardor de su voluntad, á todo el contingente de su esfuerzo, mil veces habia apelado... inspirarse, retemplarse, redimirse en el ejemplo de lo

bneno, de lo puro, de lo noble, que en torno suyo veía, resistir, sobreponerse á esa ingénita tendencia que lo impulsaba al mal...

Vana tarea!... obraba en él con la inmutable fijeza de las eternas leyes, era fatal, inevitable, como la caida de un cuerpo, como el trascurso del tiempo, estaba en su sangre eso, constitucional, inveterado, le venia de casta como el color de la piel, le habia sido trasmitido por herencia, de padre á hijo, como de padres á hijos se trasmite el virus venenoso de la sífilis...

Miserable..... miserable..... miserable!..... Agarrábase desesperado, llorando, la cabeza, crispaba los dedos entre el pelo, se lo arrancaba á mechones, maldecia, blasfemaba, chocaba con la frente en la pared, rabiosamente, salvajemente y, cegado por el llanto y aturdido por los golpes, vacilaba, tropezaba, á la luz apagadiza de los faroles de aceite, se bambaleaba en las aceras de los lejanos arrabales de su casa, como cayéndose de borracho tambien él!

XVII

La accion incesante y paulatina del tiempo, la verdad, la realidad palpada de dia en dia, de hora en hora, lentamente habian ejercitado su ineludible influencia sobre el ánimo de Genaro familiarizado más y más, avezado, hecho por fin á la idea de eso que á sus ojos habia alcanzado á tener la brutal elocuencia de los hechos: su falta de aptitudes y de medios, la ausencia en él de toda fuerza intelectual.

Y un desaliento, una indiferencia profunda, completa, llegó á invadirlo, un sentimiento de fria conformidad que, más que la resignacion del vencido, era la indolencia del cínico.

Tiró los libros, dejó, cortó su carrera en de-

recho. Para qué, si no podia, que le era dado esperar en el mejor de los casos, en el supuesto de que á trueque de seguir llevando una vida de bestia de carga y merced solo á la indulgencia de sus maestros, le fuese en fin otorgado su diploma? Defender pleitos de pobres, ganar apenas para no morirse de hambre, esquilmar al prójimo, esplotar á algun dejado de la mano de Dios que tuviese la desgracia de caer en poder suyo, vejetar miserablemente en calidad de adscrito á algun otro estudio, á la sombra de la reputacion y del talento agenos, relegado al último plan, haciendo de tinterillo, de amanuense por cuatro reales que le pagasen!.....

O, cuando más, que en eso solian ir á parar los de su estofa, conseguir á fuerza de pedidos y de empeños algun nombramiento de Juez y resolverse á vivir entre la polilla de los espedientes y á quemarse las pestañas diez ó doce horas por dia, para que nadie en suma se lo agradeciera ni se acordase de él.

No, maldito lo que la cosa le halagaba, y últimamente, maldito lo que le importaba tampoco.....

estaba cansado, fastidiado, dado á los diablos ya!.....

Buen zonzo seria, buen imbécil, con semejante perspectíva por delante, de estar devanándose los sesos, perdiendo los mejores años de su vida, cuando se hallaba en edad de gozar, de divertirse y no le faltaba, por lo pronto, con qué poder hacerlo.

La vieja tenia sus pesos, su renta, su casa; para qué servia la plata, sinó para gastarla! Mañana se moria uno..... Pero no le habia de suceder á él, eso no, que se le fuese la mano, no habia de ser como muchos de sus conocidos que agarraban y la tiraban, sin mirar para atrás, sin ton ni son.... hasta por ahí no más y gracias!.....

Sin embargo, comer puchero y asado, beber vino carlon del almacen y vivir en los andurriales, en medio de la chusma, entre el guarangaje del barrio del alto..... Le habria gustado una casa, aunque hubiese sido chica, en la calle de la Florida como entre Cuyo y Temple por ejemplo, á esas alturas, en el barrio de tono, donde no se veían sinó familias decentes, estar allí él tambien, vivir entre esa gente, poder mostrarse, salir, pararse en

la puerta de calle los Domingos, á la hora en que pasaban las pollas al Retiro.

Soñaba con tener tertulia en Colon, con ir en coche á Palermo, hacerse vestir por Bonás ó Fabre, ser socio de los dos Clubs, el Plata y el Progreso, de este último sobre todo, cuyo acceso era mirado por él como el honor más encumbrado, como la meta de las humanas grandezas, y frente al cual, al retirarse á su casa de Colon, solia pasar en noches de baile, contemplando desde abajo la casa bañada en luz, como contemplaba las uvas el zorro de la fábula.

Oh! si pudiera, si de algun modo llegara á conseguir, si alguno de sus condiscípulos quisiera encargarse de presentarlo, de apadrinarlo, de empeñarse en su favor. . .

Pero cómo, siendo quien era, iba á atreverse él, con el padre que habia tenido, con la madre, una italiana de lo último, una vieja lavandera!

No era juguete, era serio, era peludo el negocio ese. Habia de socios, segun decian, una punta de camastrones, unitarios orgullosos y retrógrados que manejaban los títeres y no entendian de chicas, que le espulgaban la vida á uno y le sacudian

sin más ni más, por quítame allá esas pajas, cada bolilla negra que cantaba el credo.

Su padre . . . menos mal ese, se habia muerto y de los muertos nadie se acordaba; pero su madre viva y á su lado, estando con él, era una broma, un clavo, adonde iria él que no lo vieran, que no supieran, que no le hiciese caer la cara de vergüenza con la facha que tenia, con sus caravanas de oro y su peinado de rodetes!

Una idea fija, pertinaz, un único pensamiento desde entonces lo ocupó, llenó su mente; verse libre, deshacerse de ella; la enfermedad de la pobre vieja fué el pretesto:

«Está siempre padeciendo ahí mama usted, con esa tos maldita que no le da descanso. Por qué no se resuelve y hace un viaje, á Italia? El aire del mar le habia de sentar, vé á su familia, se queda allá unos meses con ella y despues vuelve; yo la espero.»

Se rehusó, protestó en un principio la infeliz:

«A Italia yo . . . dejarte á tí mi hijito, irme tan lejos enferma y sola . . . estás loco, muchacho . . . y si me muero y si no te vuelvo á ver? . . . »

Si se hubiese mostrado dispuesto á acompañar-

la él . . . todavia, fuera otra cosa así . . . no decia que no, lo pensaria y consiguiendo dejar alquilada la casita y arreglando previamente sus cosas, su platita . . .

Pero no podia Genaro, no habia ni que pensar en eso, se lo impedian sus estudios, sus tareas era cuestion para él nada menos que de su por venir, de su carrera.

Al fin llorosa y triste, profundamente afectada, pero incapaz de oponer una séria resistencia, al ascendiente, al absoluto dominio que, en su cariño infinito de madre, inconscientemente habia dejado que ejerciese sobre su ánimo Genaro, concluyó por ceder y resignarse.

Bien sabia, bien lo comprendia que era de balde todo, que su mal no tenia cura. Pero cómo decirle que no al pobrecito! . . . Lo hacia por ella, por su bien, porque veia que no le daba alivio la enfermedad.

Cuánto y cuánto debia quererla su Genaro, cuando así se conformaba con separarse de ella.

XVIII

Corto tiempo despues, habilitado de edad y en posesion de un poder ámplio de la madre, quedóse solo Genaro, vióse independiente á los veinte años, dueño absoluto de sus actos, desligado, se decia, de todo vínculo en la tierra, libre en fin esclamaba, de realizar á sn antojo el programa de vida que se habia trazado.

Pero, con gran descontento suyo, una primera y seria dificultad no debia tardar desde luego en producirse. La casa de la calle de Chile habia sido alquilada en mil pesos; daban mil quinientos los títulos de fondos públicos; del total, habia que descontar cien francos por mes para la madre; el resto era para él.

Al ausentarse aquella, habíale hecho entrega de una suma de dinero, sus ahorros, veinte mil pesos que habia economizado mes á mes en los gastos de la casa.

Podia, lo que Dios no permitiera! llegar á enfermarse su hijo, precisar médico y botica, verse en alguna otra urgencia, y era bueno siempre que le dejara de reserva esa platita. Con qué necesidad andar pidiendo á los otros de favor?

«Pero y Vd. mamá?

—Oh! no te aflijas por mí; teniendo el pasaje pago yo, para qué más?

Con esa cantidad—una fortuna, nunca habia visto tanto dinero junto él—sin mínima preocupacion de lo futuro, de lo que podria ser de él mas tarde, dióse Genaro á vivir costosamente.

Empezó por alquilar dos vastas piezas, sala y dormitorio, en el piso principal del Ancla Dorada, sobre el frente. Almorzaba, comia y cenaba diariamente en el Café de Paris, iba á los teatros, de un lado á otro, recorria la ciudad en carruajes de alquiler, los tenia de cuenta suya estacionados largas horas á la puerta, ordenóse

varios trajes en lo de Bonás, compró ropa blanca, guantes, sombreros de Bazille y noche á noche, por los contornos de la Plaza del Parque, veíasele rodar en horas avanzadas, penetrar á las casas de puerta de reja de las calles de Libertad, Temple y Corrientes.

No habia trascurrido sin embargo un mes, cuando, á ese paso, observó con estrañeza, sorprendido, que su caudal inagotable se agotaba, que empezaba á ver el fin de sus veinte billetes de á mil pesos; quedaba apenas un resto en el fondo de su bolsa.

Y cómo ahora, con solo dos mil pesos papel de renta al mes, hacer frente á la série de erogaciones que habia pensado efectuar, proceder á su instalacion definitiva, tener carruage suyo, pagar sus gastos, llenar las exigencias del género de vida á que aspiraba?

Imposible; costaba mas el alquiler de la casa, de una casa en el centro como la que él queria.

Habia contado sin la huéspeda. . . dos mil pesos. . . lejos iba á poder ir con semejante miseria! . . . Creia tener mucho más. . .

Y no habia vuelta que darle entretanto, no

habia que hacer, mal que le pesara fuerza era conformarse, renunciar á sus proyectos, á sus pretensiones ridículas de lujo y de grandeza... mire qué figura tambien la suya, querer darse aires con eso... gran puñado eran tres moscas! esclamaba para sí confuso y avergonzado, en una sorda humillacion, como si hubiese sido una mancha, algo infamante su relativa pobreza.

Se aplicaba, hacia sus cálculos, sus cómputos, de nuevo los volvia á hacer, los rehacia, contaba, ponia de lado, trataba de distribuir, de dar destino conveniente á su dinero; los gastos materiales y primeros de la vida, la casa, la mesa, la ropa por una parte, por otra lo accesorio, el teatro y el café, el carruaje, el cigarro—le gustaba fumar bueno á él—las mujeres, siempre se le irian en eso unos cuatro ó cinco papeles de cien pesos por lo menos . . .

Pero nada, ni cerca, no daba, por mucho que tratara de estirar la cuerda, no alcanzaba, no le quedaba decididamente otro remedio que confesarse gusano, hacer de tripas corazon y reducir en grande sus gastos.

Ante todo, lo esencial para él eran las formas,

la apariencia; andar paquete, pasearse de habano por la calle de la Florida y que no le faltaran nunca cincuenta pesos en el bolsillo con que poder comprar entrada y asiento para Colon.

Lo demás, aunque tuviese que apretarse la barriga y comer en los bodegones y dormir en catre de lona, eso, cómo habia de ser ! . . . ese era negocio suyo, allá se las compondria él . . .

No habia para qué andar mostrando la hilacha, sobre todo, dando indicios, haciéndolo saber, publicándolo á son de pitos y tambores.

Habló al dueño del hotel, ajustóse con él y cambió de habitacion. Aun cuando era pequeño el cuarto, oscuro, húmedo, apestando á letrina y en el piso de los sirvientes, que lo viesen salir siquiera de la casa, algo era algo, poder decir uno que vivia en el Ancla Dorada.

Fué en seguida y se abonó, tomó pension en la Fonda Catalana; cuatrocientos pesos en salita aparte; comía temprano, antes que se llenara de gente todo aquello.

Y suprimiendo luego los desembolsos inútiles, supérfluos, eso de tener porque sí coche á la puerta, de pasar la mitad de su tiempo metido en

las casas públicas, de andar tirando el dinero en guantes, perfumes, bastones, docenas de corbatas, consiguió al fin llegar á balancear mal que mal su presupuesto.

XIX

Iba á la ópera en Colon una mujer jóven, una niña casi.

Era morena y muy linda; á la vez que llena de formas, delgada y fina; como una luz de esmalte negro, brillaba, se desprendia en hoscos reflejos de la órbita ojerosa de sus ojos y, mientras revelando un intenso poder de sentimiento, su nariz afilada, ancha de fosas, se dilataba, nerviosamente por instantes se contraia bajo la impresion melódica del sonido ó la atraccion del juego escénico, en su boca de labios gruesos y rojos, todo el calor, todo el ardiente fuego de la sangre criolla se acusaba.

Ocupaba un palco de primera fila con los suyos,

el padre, la madre. Genaro en frente, desde su tertulia de punta de banco, noche á noche fijaba en ella los anteojos.

Habia indagado, habia tomado informes, se llamaba Máxima, era la hija de un hombre rico, dueño de muchas leguas de campo, y de muchos miles de vacas, poseedor de una de esas fortunas de viejo cuño, donacion de algun virey ó algun abuelo, confiscada por Rosas, y decuplada de valor despues de la caida del tirano.

Sabia Genaro quien era, de nombre, un nombre de todos conocido, mil veces lo habia oido pronunciar.

Qué propósito entretanto lo animaba, qué fin lo guiaba, por qué miraba á la hija, así, tenaz, obstinadamente; en un esquisito instinto de artista lo atraia, cautivaba sus ojos la sola contemplacion de la belleza en la mujer, ó hablaba en él acaso el sentimiento, y entonces, qué sentimiento, era un capricho el suyo, un simple pasatiempo, puramente un juguete de muchacho irreflexivo, ó era sério, era afecto verdadero, era amor lo que sentía, una pasion que en su ser se despertara?

El artista, él capaz de delicados refinamientos, hombre de pasion él... bah!...

Le gustaba, era muy rica la polla, á besos se la comeria, quién le diera andar bien con ella, tener su bravo camote del pais con una así, de copete, de campanillas... aunque más no hubiese sido, por lo pronto, que de ojito, que se fijara en él, que le hiciese caso... despues... quién sabia despues, tantas vueltas daba el mundo!... hasta muy bien podia formalizarse, ponerse serio el asunto con el tiempo... por qué no...? Cuando estaba por ser la primera vez tampoco! Todo dependia de la muchacha, de que llegase á quererlo... Y qué bolada para él lograr al fin ingertarse en la familia!

Por que eso debia buscar, bien pensado ese era el tiro, dar con una mujer que tuviese el riñon forrado y atraparla, ver de casarse con ella.

Estudiar, trabajar, jorobarse de Enero á Enero, y todo para qué? para conseguir patente de embrollon?...

Qué estudio, ni qué carrera, ni qué nada! era ese el mejor de los estudios, la mas productiva de las carreras, no habia nada más eficaz ni más

práctico, negocio más lucrativo para sacar uno el vientre de mal año y hacerse rico de la noche á la mañana, sin trabajo y sin quebraderos de cabeza

Se habia desengañado, la plata era todo en este mundo y á eso iba él. . . .

Pero lo malo estaba en que no adelantaba un diablo, ni pizca que se daba por aludida la muchacha, maldito si ni se habia apercibido que existia semejante bicho en el mundo! . . . y sin embargo, bien á la vista lo tenia, bien al frente; imposible parecia que no hubiese ya coceado, que no hubiese caido en cuenta. . . seria zonza? . . .

La verdad, por otro lado, era que en nadie se fijaba, que no tenia ojos sinó para lo que pasaba en la escena: «A ver hijita.... qué te cuesta..... mírame..... vaya pues!.... balbuceaba, repetia entre dientes, clavado el anteojo en ella, ladeado el cuerpo, incómodo, encojido, hecho pelota en su asiento.

Oh! pero no se habia de declarar vencido él por tan poco, no era hombre él de dar su brazo á torcer asi no más, á dos tirones; pobre porfiado sacaba mendrugo, se le habia metido entre

ceja y ceja la cosa y tanto y tanto habia de hacer, que habia de salirse con la suya, que tenia que caer, que hocicar á la larga la muy bellaca.

Una noche, en efecto, en momentos de volverse ella sobre su asiento á fin de escuchar de cerca algo que la madre le decia, creyó Genaro notar que se habia encontrado de pronto con su anteojo. Hasta le pareció como que se hubiese inmutado, desviando, apartando la mirada bruscamente.

Seria cierto, seria verdad, ó era un engaño el suyo? llegó en la duda á preguntarse, no sin sentir él mismo que lijera emocion lo dominaba.

Veria, no tendria mucho que aguardar para saber á qué atenerse; ya que no otro sentimiento, la sola curiosidad debia llevarla á dirijir de nuevo los ojos hácia él. . . . ó dejaria de ser mujer.

Esperó largo rato pero en vano; atenta, inmóvil, la escena como de costumbre parecia absorberla.

Se la habia pisado..... no habia más...,. error de óptica sin duda..,.. paciencia y barajar!.....

Aunque no, no era ilusion, no se equivocaba esa vez, lo miraba, lo habia mirado, estaba seguro,

segurísimo; al pasear como distraida la vista en torno de la sala, un instante, un instante imperceptible la habia detenido en él.

Y si la sombra de una duda hubiese persistido aun en la mente de Genaro, poco habria tardado en disiparse.

Si, claramente lo daba á conocer, todo en ella lo revelaba, el color encendido de su piel, la nerviosa inquietud de su persona, el movimiento involuntario de sus ojos; sí, comprendia ahora, sabia, y, en su ignorancia de niña, en su inocencia de vírgen, iba acaso á imaginarse que habia en el mundo un hombre que la queria.

Pasaba, tres, cuatro vezes al dia, recorria Genaro la cuadra de la calle San Martin donde Máxima vivia.

Al dirijirse á tomar su carruaje esta, una vez, acompañada de la madre, en el umbral mismo de la puerta de calle, acertaron ambos á encontrarse.

Eso bastó, pudo él verla en adelante, solia alcanzar á distinguirla envuelta en la penumbra de la sala, como oculta tras de las persianas corridas; de vez en cuando primero, luego con mas frecuencia, luego, siempre, dia á dia, á la misma hora lo esperaba. Retardaba su marcha él al llegar, volvia la cara; aproximaba ella su cabeza á los cristales

se inclinaba y detenidamente entonces, tenazmente, uno y otro se miraban.

En Colon, ya desde su silla, como la primera noche, ya desde las galerias del teatro, pasaba él horas contemplándola, mientras como en un don de doble vista, al través de los espesos muros del edificio, presentia ella su presencia, adivinaba su silueta, allá, perdida entre las sombras, tras la ventanilla de un palco, ó la rendija de alguna puerta entreabierta.

Momentos antes de dar fin al espectáculo, abandonaba su asiento, él, poníase de prisa el sobretodo, corria á situarse en el vestíbulo, junto á la puerta de salida por donde ella debia pasar y, escurriéndose, haciendo eses entre la concurrencia agolpada, la seguiá luego hasta el carruaje, hasta su casa, por la vereda de enfrente, deteniendo el paso, cuando, en noches serenas y templadas, se retiraba por acaso la familia á pié.

A las horas de paseo por la calle de la Florida, en el átrio de la Catedral, á la salida de misa de una, en el Retiro despues, en todas partes, siempre, infaliblemente, donde estaba ella como su sombra estaba él.

Solo en Palermo no se le veia; jamás iba.

Y cómo habria ido, en coche de plaza, en un cascajo roñoso, tirado por dos sotretas mosqueadores con algun bachicha de sombrero de panza de burro ó algun mulato compadre en el pescante?

Ni á palos . . . bonito, lindo papel, un papel fuerte iria á hacer á los ojos de la otra que se largaba de todo lujo, en calesa descubierta con cochero de librea y una yunta de buenos pingos! . . .

A caballo? tampoco, estaba mandado guardar, era de guarangos eso.

En carruaje alquilado en corralon? menos aun, peor que peor, quiero y no puedo, era mostrar la hilacha, esotro, era miseria y vanidad . . .

Preferia quedarse en su casa.

Sí, pero no dejarse ver tambien, brillar uno eternamente por su ausencia. . . . . qué iria á dedecir ella, caeria en cuenta de seguro, si era que no habia dado ya en el clavo, se figuraria que era un pobrete él y que no tenia con qué! . . . la purísima verdad por otra parte . . .

Para mejor, que se le fuese á cruzar alguno de esos de gallo alzado, que se la estuviesen miran-

do, queriendo arrastrarle el ala, enamorarla, y él, como un pavo, sin saber ni jota, mientras tal vez andaba en grande ella con otros. . .

No dejaba de ser embromada. . . muy embromada la cosa. . . qué remedio, sin embargo?

Oh! un recurso le quedaba, lo sabia él, no habia dejado de ocurrírsele, habia un medio; podia echar mano de una parte de los títulos de renta que la madre le habia entregado, ahí, por valor de unos veinte mil pesos por ejemplo, y venderlos, negociarlos; estaba del otro lado con eso, le alcanzaba para comprar americana con caballo y hasta le sobraba como para un año de pension en la caballeriza.

Si, de él esclusivamente dependia, no le habia dejado la vieja, las más latas, las más ámplias facultades, no tenia la libre administracion de los bienes? . . .

Si no lo habia hecho ya, era. . . ni él mismo sabia por qué á punto fijo; miramientos, delicadezas, escrúpulos de conciencia.

Escrúpulos bien tontos por cierto, delicadezas mal entendidas, por que, en suma, la mitad de eso era suyo, lo habia heredado de su padre, solo la

otra mitad pertenecia como gananciales á la madre.

Algo habia pesado, algo habia, influido así mismo, no dejaba íntimamente de comprenderlo, su manera de ser, su natural, su propia índole; se conocia él, tenia ese mérito siquiera, le costaba deshacerse del dinero, era mezquino y ruin en el fondo, avaro como su padre. Otra prenda que agregar á las prendas que lo adornaban, otro bonito regalo que le habia hecho el viejo, otro presente más que agradecerle. . . maldito. . . nunca, jamás podia acordarse de él sin ódio, hasta sin asco! . . .

Pero se habia de dominar, se habia de vencer; no habia nacido en la Calabria, habia nacido en Buenos Aires, queria ser criollo, generoso y desprendido, como los otros hijos de la tierra; era una miseria, una indecencia, una pijoteria sin nombre que, pudiendo, dejara de comprarse lo que le estaba haciendo falta.

Y más tarde en todo caso, para tapar el agujero, para llenar el déficit y reponer su capital, trabaria al go, veria de emprender algun negocio, enajenaria la casa, verbi-gracia, y tendria estancia,

pasaria una parte del año en el campo, economizaria en los meses de verano el exceso de los gastos de invierno.

Eso, bien entendido, si era que antes no lograba lo que andaba persiguiendo, como quien decia ponerse las botas, sacarse la grande, pescar un buen casamiento, con esta ó con aquella, con su polla ú otra cualquiera, tres pitos se le daban con tal de que fuese rica.

XXI

Una vez realizado su deseo, vendidos los fondos y comprada la americana, no fué esta ya, no fué coche, fué el Club.

Contábase, naturalmente el padre entre los miembros del Progreso, y asistia Máxima á los bailes. Qué figura hacia entretanto él, Genaro, á los ojos de su novia? Lo bueno, lo mejor de Buenos Aires se encontraba reunido allí. El mero hecho de ser sócio, de tener acceso á ese centro, era como un diploma de valer social, de distincion.

Bastaba que llegara á verse escluido un nombre de la lista, para que, por eso solo, como una sombra lo envolviera, recayese sobre él una sospecha, una vaga presuncion, inspirase una

incierta desconfianza y se viese uno espuesto á ser tildado, ya que no de mulato ó de ladron, de guarango, por lo menos, de individuo de medio pelo, de tipo, de gentuza.

Luego; el baile, eso de que agarraran á las mugeres, las abrazaran, las apretaran, como si fuese asunto de ponerse á chacotear con ellas, no le entraba á él; maldita la gracia que le hacia, pensar que se la estaban manoseando á la polla, nada mas qne porque era á son de música la cosa.

Si, lo fastidiaba, le daba rabia, no precisamente por ella, porque tuviese celos de la muchacha—de loco iba á caer en esas! ni que hubiese estado queriendo de veras para tomarlo tan á pecho - sinó mas bien por él, cuestion de él mismo, de amor propio, de no darse por fumado y de no sentar á los ojos de los otros plaza de zonzo. . . mucho mas, cuando empezaba á traslucirse, á hacerse público entre sus relaciones, que andaba en picos pardos él con la sujeta.

Ser del Club. . . hacia tiempo tambien que se le habia clavado eso en la frente, que no soñaba con otra cosa.

Tener derecho á meterse como Pedro por su casa, ir á comer, á cenar cuando se le antojara, á echar su mesa, poder codearse de amigo y de compinche, en jarana con toda esa gente, andar entre ella; era como levantarse varas, como para que ni rastros quedaran, ni vestigios del pasado, de su orígen, de quién era ni de dónde habia salido.

Y, qué pichincha en los bailes, muy de leon él entre un sin fin de muchachas, del brazo con la suya, dando qué decir, haciéndose el interesante, de temporada con ella en los rincones, en la mesa!

Si no adelantaba camino asi, con esa facilidad de verla, de estar, de hablar con ella horas enteras, á sus anchas; si no conseguia que maduraran las cosas de ese modo, bien podia largarse á freir buñuelos, era mas que infeliz, que desgraciado!

Si, evidentemente, sin duda alguna debia hacerlo, á todas luces le convenia. . Pero, y. . .? querer no era poder, que lo admitiesen, en eso estaba el negocio, la gran cuestion, en no esponerse á un rechazo, á que le fuesen á arrimar

con la puerta en las narices y á sufrir él un bochorno inútilmente. . . no las tenia todas consigo. . .

Mucho sin embargo debia consistir en la persona, en quien lo presentase, en que fuese alguno de posicion, de importancia, alguien capaz de influir, de pesar sobre el ánimo de la Comision, y que hablara, que tomara la cosa con calor y se interesase por él llegado el caso.

Quién entre sus conocidos, entre sus amigos? contaba con tan pocos! amigo, amigo verdadero podia decir, que con ninguno; y todo por culpa suya, á causa de su modo de ser, de su carácter, de ese maldito don de malquistarse con los otros, de acarrearse la antipatia y la malquerencia de cuanto bicho viviente lo rodeaba.

Pensó primero en su abogado.

No, no era el hombre; no sabia desde luego, no le constaba hasta qué punto pudiera tener vara alta en el Club; le desconfiaba, le parecia muy criollo, muy rancio enteramente, vicioso de mate amargo y de negros; imposible que fuese de los que llevaban la batuta. . . gracias que lo aguantasen. . .

Y además, debia andar con él medio torcido el hombre; hacia un siglo que no lo veía, desde que habia dejado los estudios y le habia tirado con el empleo.

Alguno de sus antiguos condiscípulos mas bien. . . Si, uno, se le ocurrió, Cárlos, un buen tipo, un buen mnchacho, y de lo primero, de lo principal de Buenos Aires; se habian llevado muy bien siempre los dos, varias veces habia sido de la comision, segun tenia idea de haberle oido, y no salia, pasaba su vida en el Club.

Creía que no se le negaria, que se habia de prestar tal vez á servirlo. Iria á verlo en todo caso, trataria de calarlo, de saber en qué disposicion se encontraba, de tantear primero el terreno por las dudas. . .

Bueno era no sacar los piés del plato. . .

XXII

—«Es muy dificil no ché, ser admitido de sócio en el Progreso?

—Segun; por qué me lo preguntas?

Por nada, asi no más, te hablo de eso como de otra cosa cualquiera.

—Depende del candidato, y tambien del modo como puede hallarse compuesta la comision.

Los viejos, los sócios fundadores son generalmente más duros, más llenos de escrúpulos y de historias. Retrógados, rehacios por principio y por sistema, entienden que el Club de hoy, sea el mismo de antes; no les entra que ván corridos veinte años desde entonces, que hicieron época ellos yá, que las mugeres de su tiempo son hoy

mugeres casadas, mancarronas con media docena de hijos la que ménos y que el Club asi es un velorio.

Los jóvenes, los muchachos, no pasan de seguir siendo mnchachos para ellos, mostacilla. . . apenas si se resignan á mirar—y no por cierto de muy buen ojo—que uno que otro tenga entrada; y ha de pertenecer al número de los elegidos ese, fuera de lo cual no hay salvacion, al circulito de familias salvajes-unitarias del sitio del 53, ha de ser mas conocido que la ruda y limpio como patena.

Oíalo Genaro en silencio; alterado, palpitante el pecho, arrebatado el rostro por el fuego de su sangre; un malestar, un amargo desencanto lo invadia; veía remotas, perdidas ya sus esperanzas; le parecia insensata ahora, temeraria su aspiracion. Que lo aceptasen á él, él imponerse, él querer hacerse gente ... Cómo, un instante siquiera, habia podido caber semejante absurdo en su cabeza ! . . . debia haber estado ido ó loco ! . .

—«Ahora», prosiguió sin embargo el otro, «cuando somos nosotros los que dirijimos el pandero, la cosa varía de aspecto.

Como no nos causa mucha gracia que digamos pasar el tiempo leyendo diarios y jugando al mús, al chaquete y al billar con una punta de veges-torios, como, ante todo, lo que queremos es armarla, poder pegarle, noche á noche si á mano viene, jarana, diversion, batuque, lo primero que se nos ocurre, en cuanto empuñamos las riendas del gobierno, es abrir de par en par las dos hojas de la puerta y que vaya entrando gente, la muchachada, el elemento nuevo y de accion, los de hacha y tiza! . . .

Pero y Vd. amigo qué hace, porqué no se anima y se presenta Vd. tambien?

—Dios me libre! soltó Genaro con voz precipitada, bajo la impresion aún de las primeras palabras de su compañero, brotando de lo mas íntimo de su alma aquella brusca esclamacion.

«Y por qué hombre, temes acaso que no te acepten?

—Eso nó; por qué no me han de aceptar? no soy ningun sarnoso yo.

—Y entonces?

–No es eso continuó Genaro buscando una salida, tratando de encontrar una escusa, algun

pretesto, «el gasto es lo que embroma, los cinco mil pesos, segun creo, que tiene uno que largar.

—El gasto... el gasto... de cuando acá tan pobrecito... todo un dandy, un mozo con coche y con tertulia en Colon!...

—No, no tan calvo, no creas; tengo atenciones yo, deberes sérios que llenar; la vieja gasta mucho en Europa, yo mismo aquí suelo salirme de la vaina.

—Bah, bah!.... no embrome compañero... Sobre todo, si necesita, hable, aquí estoy yo, aquí me tiene á sus órdenes.

—Muchas gracias mi doctor.

—No hay de qué darlas.» Un momento de silencio se siguió!

Era un exagerado, un flojo de cuenta, de haberse conmovido, de haberse asustado así.

Hablaba Cárlos de su posible ingreso como de la cosa mas natural del mundo, se le habia brindado, se habia puesto á sn servicio, habia querido hasta prestarle dinero para el pago de su cuota...

No era tan absurda entonces, tan descabellada su pretension, no era tan fiero el leon como lo pintaban... llegó á decirse Genaro reaccionando

en sus adentros, vuelto ya de la emocion violenta que acababa de dominarlo.

Y, alentado por las facilidades que se le ofrecian, en presencia de la aparente seguridad de que se mostrara su amigo poseido, poco á poco él mismo atreviéndose, dejándose llevar de la invencible tentacion, concluyó por franquearse abiertamente con aquel.

«—Para qué andar con vueltas y con tapujos» . . . esclamó de pronto, «si quieres que te diga la verdad hermanito, á tí que eres mi amigo, no es la voluntad, no son las ganas las que me faltan, sino que hay algo en el fondo de lo que tú te imaginabas.

Sí, por qué ocultarlo? no dejo de tener mis desconfianzas, mis recelos . . . que vaya por casualidad, á no caerle en gracia á alguno y á salir al fin con el rabo entre las piernas, corrido, desairado . . .

Eso, nada mas que eso es lo que me detiene; ya vés que no peco por falta de modestia.

—Hum . . . «limitóse á hacer el otro como si bruscamente acabara de asaltarlo, como en una involuntaria y súbita fluctuacion, como dando á

comprender apesar suyo que nó se hallaba distante de compartir los temores de Genaro, pesaroso acaso por haber inspirado á este una confianza que, despues de un segundo de reflexion, él mismo no abrigaba.

Bien podia no carecer de razon el pobre diablo; por que en fin, si bien á juzgar por el género de vida que llevaba, por el lujo relativo que gastaba, parecia no hallarse desprovisto de recursos, de fortuna, si bien el contacto, el roze universitario con los muchachos de su época le daba cierto barniz, le permitia vivir entre ellos, juntarse con cierta gente, personalmente él, quién era?

No, nada estraño que, metiéndose á camisa de once varas, le averiguaran la vida y resultase el pobre mal parado , . .

Y cómo sacarse él mismo el clavo de encima ahora? . . . era claro, habia ido Genaro á verlo con la intencion de valerse de él, de pedirle que se encargara de presentarlo . . .

Maldito! . . . para qué habria hablado, para qué lo habria hecho consentir al individuo? . . . La manera luego, la facilidad de decirle que nó . . . Se habia portado como un cadete, se la habia pi-

sado como un tilingo. Mal negocio, desagradable, fastidioso . . . muy fastidioso . . . Mas que por él por el otro desgraciado.

—«Pero, qué te parece hermano á tí, qué piensas tú de la cosa, crees que corra algun peligro? Dímelo con toda franqueza, como amigo.

—No hombre . . . qué voy á creer yo, por donde me voy á figurar . . . son historias, tonteras tuyas . . . bueno fuera! . . . No me parece que habria motivo . . . , »

Y, no obstante haber llamado su atencion el cambio operado en Cárlos, su actitud, su reserva, su repentina frialdad, el tono ambiguo y dudoso de sus palabras:

«— Quiere decir entonces», acabó por esclamar Genaro, resuelto á jugar el todo por el todo, á no ceder, una vez comprometido su amor propio, «que no tendrias inconveniente en ayudarme, en prestarme tu concurso, en ser tú quien se encargara del asunto.

—Yo ? . . . este . . . bueno, convenido.»

———

XXIII

Ocho dias, ocho mortales dias debian pasar durante los cuales se hallaria su nombre en la picota, escrito con todas letras sobre un pliego de papel, en un lugar visible, espuesto á las miradas de todos . . . Era obligatorio, era de reglamento eso, habíale dicho Cárlos.

Bien haya ! . . . y tanta antipatía, tanta mala voluntad que le tenian ! . . .

Si por el solo placer, por el solo prurito de causarle daño, alguien, alguno de sus conocidos, de sus antiguos compañeros de aula, fuese á hacer su triste historia, á revelar su vida y milagros en el seno de la comision, su familia, su padre, su madre, su infancia, el conventillo de la calle de

San Juan, todo ese pasado de miseria y de vergüenza, el cuento en fin del chino del mercado, repetido de boca en boca, público, proverbial entre los estudiantes de la Universidad, todo seria sacado á colacion, todo, con pelos y señales, saldria á luz ... lo hundirian con eso ... lo mataban !

Y en la zozobra, en las ansias de la espera, el tiempo se eternizaba, las horas se volvian siglos para él.

Sombrío, taciturno, veíasele vagar, errar á la aventura, dia y noche perseguido por la incesante obsesion; que le cerraran las puertas, que lo espulsasen, que ignominiosamente, por indigno lo rechazasen.

Le parecia oir el ruido, percibir el sonido seco, el golpe mate de las bolillas al caer, ver que abrian la urna, que salian negras aquellas, y la urna, las bolillas, la comision erigida en tribunal, todo ese formulismo del secreto, todo ese aparato del voto, involuntariamente despertaba en él una reminiscencia: su exámen, la otra urna, el otro tribunal, el robo que cometiera y que habia quedado impune. Si la iria á pagar con réditos de esa hecha

. . . Si habria justicia . . . Si seria cierto que habia Dios? . . .

Buscaba en vano trégua á su afliccion, en vano hacia por no pensar, no recordar, por distraerse, por aturdirse siquiera y bebia, pedia Jerez, Oporto, Champagne en sus comidas.

Ni el vapor capitoso de los vinos, ni la camarederia bulliciosa de sus amigos, ni el vaiven, la confusion, el movimiento de las calles, la pública animacion en los paseos, en los cafés, en los teatros, bastaban á arrancarlo de su hondo ensimismamiento; ni aun sus amores mismos, ni aun Máxima, con la que impensadamente, como al acaso, se encontraba, cuyos pasos seguia de una manera mezquina, por el hábito solo, por la costumbre de seguirlos y en quien detenia como un autómata los ojos, á quien miraba sin ver, inconsciente, sin saber, absorto todo entero en la idea fija.

Llegó á espirar el plazo sin embargo, llegaron á vencerse los ocho dias. En las primeras horas de la noche debia ocuparse de él la comision; le daria inmediata cuenta Cárlos del resultado, se verian ambos á las diez en el Café de Paris.

Antes de la hora y fatigado ya de esperar, habia agotado Genaro su provision de cigarros, habia pedido *cognac*, *chartreuse*, *anisette*, no importaba, lo que se le hubiese antojado al mozo darle, una cosa de esas, cualquiera con el café. . . y diarios que habia dejado sin leer, doblados sobre la mesa.

Las diez, diez y cuarto, diez y media; abríanse las puertas, de nuevo se cerraban, rechinaban sus goznes, golpeábanse sus hojas, volvia Genaro la mirada inquieta; nada. . . eran caras estrañas, habituados del café, gente que entraba y que salia. . . no aparecia el otro, no se le veia asomar.

Equivocaba la hora ó el lugar de la cita, entendia que habian hablado del Café de Catalanes. . . habia faltado acaso número? . . si, eso mas bien; no habia podido reunirse la Comision por ausencia de alguno de sus miembros. . . De todos modos, debia habérselo avisado Cárlos.

O era que lo había echado en olvido, preoupado tan solo de sus asuntos? . . imposible, abiendo todo lo que le iba á él en la parti-

da. . . habria sido imperdonable de su parte, como para quebrar con él, como para echarlo en hora mala y no volver á hablarle en la vida! . .

Por fin, despues de esperar en vano hasta las once, notó Genaro que uno de los mozos se acercaba trayendo un papel, como una carta en la mano.

«Esto, señor, me ha entregado hace un instante el portero; dice que lo han dejado para usted.»

Encendido de súbito, rojo de emocion, un tinte lívido, terroso de cadáver, bañó luego el semblante de Genaro. Temblaba el papel entre sus dedos; acababa de leer la direccion, era de Cárlos la letra. . .

Por qué en vez de ir, le escribia?

Y violentamente, nerviosamente, sin darse é mismo tiempo á mas, rasgó el sobre de la carta:

«Mi querido Genaro;» pudo ver como al través de un humo espeso, varias veces obligado á restregarse los ojos, « nos ha ido mal, no

« obstante mi mejor voluntad y mi empeño en
« obsequio tuyo.

« Pero, qué quieres, la gente esta es así, vana
« y hueca, hinchada como pavos reales.

« Todo lo que he podido obtener es que se
« dé por retirado ó, mejor, por no recibido tú
« asunto.

« Ten calma, filosofia . . qué te importa; por
« último, vales tú tánto ó mas que ellos! . .

« Siempre tu amigo,

Cárlos. »

Sin haber querido, alentado por un resto de esperanza que, apesar de todo, no lo abandonaba, sin haberse atrevido á penetrar en lo íntimo de sí mismo, á poner el dedo sobre la dolorosa llaga, tenia Genaro, habia tenido siempre una conciencia vaga en el fondo, un oscuro presentimiento, como una oculta intuicion del desenlace anunciado.

No fué pues el golpe asestado á traicion de la sorpresa, ni el grito honrado que subleva la injusticia, ni el negro abatimiento, ni la honda postracion del infortunio; fué el despecho de la envidia,

la rabia de ln impotencia, un bajo estallido de odios, lo que brotó de su lábio.

Quién los veía, quien los oía á ellos, á todos. . . de dónde procedian, de dónde habian salido, quiénes habian sido, su casta, sus abuelos! . . gauchos brutos, baguales, criados con la pata en el suelo, bastardos de india con olor á potro y de gallego con olor á mugre, aventureros, advenedizos, perdularios, sin Dios ni ley, oficio ni beneficio, de esos que mandaba la España por barcadas, que arrojaba por montones á la cloaca de sus colonias; mercachifles sus padres, tenderos mantenidos á chorizo asado en el brasero de la trastienda y á mate amargo cebado atrás del mostrador; tenderos, mercachifles ellos mismos! . .

Y blasonaban de grandes después y pretendían darse humos, la echaban de hidalgos, de nobleza, se ponian cola en el nombre, se firmaban *de*, hablaban de sus familias, querían ser categoría, aristocracia y lo miraban por encima del hombro y le tiraban con el barro de su desprecio al rostro! . .

Aristocracia. . . qué trazas, qué figuras esas

para aristocracia, aquí donde todos se conocian! . .

El? . . si, cierto, era hijo de dos miserables gringos él, pero habian sido casados sus padres, era hijo legítimo él, habia sido honrada su madre, no era hijo de puta por lo menos, no tenia ninguna mancha de esas encima, mientras que no podian decir todos otro tanto y que levantándoles á muchos de los más engreídos la camisa. . ,

Y nombres propios, nombres y apellidos, ecos recojidos por él en su niñez, cuentos de cocinera comadreando en los mercados, enredos de la chusma de servicio, en las casas donde habia tenido entrada la madre en otros tiempos, chismes de criados repetidos por aquella, de noche, en sus conversaciones con el viejo y que él oía; lo que sabia más tarde, lo que se susurraba en las aulas, lo que de sus casas, de sus familias, de sus madres, de sus hermanas murmuraban, unos de otros, entre sí los estudiantes, toda la baja y ruin maledicencia, la moneda corriente de la chismografia callejera, fué como en arcadas saliendo de su boca, como chorros de veneno fué vomitada por él.

Y querían ser aristocracia, y lo habian echado á la calle. . . repetia. . . Bendito Dios. . . no arder la casa con todos ellos adentro! . .

XXIV

Oh! pero el que lo heredaba no lo hurtaba; eran cabezudos todos los de su cria y sin pizca de vergüenza, para mejor, con tal de sacar tajada.

Habia perdido una chica, cómo habia de ser. . . tiempo al tiempo. . . no desesperaba de la revancha; le habian cerrado la puerta, podia muy bien suceder que se les metiese por la ventana! . . .

Lo único que, pasado el primer momento de rabia, seguia haciéndole escozor, lo que únicamente le estaba dando que pensar, era que fuese á correrse la voz, á divulgarse y á llegar á oidos de la muchacha su pelada de frente. . .

Muy capaz, con las ínfulas que debia tener, de mirarlo como á perro. . . . Malo entonces,

entonces sí, trabajo y tiempo perdido. . . cuestion de volver á las andadas con alguna otra, y desconceptuado, desprestigiado por añadidura, desmonetizado en plaza como metal de mala ley.

Sin duda, decíale Cárlos en su carta, que habia conseguido retirar en obsequio á él la solicitud, que era como si no lo hubiesen votado. Farsante ese tambien. . . . ni medio que debia haberse empeñado, le habia sacado el cuerpo, lo habia dejado colgado no más. . . mucho le iba á hacer creer, mucha fé le iba á tener. . . eran cortados todos por la misma tijera! . . .

Pero aun en el supuesto de que hubiese dicho la verdad, hasta dónde era de fiar eso, de atribuirle importancia, hasta qué punto merecia ser mirado por él como una garantia?

Historias probablemente, partes, faramalla del otro por dorarle la píldora. . .

No, no habia que hacerse ilusiones, de una cosa podia vivir penetrado, convencido, era de que se hallaba solo, solo contra todos en el mundo. . .

La vieja? . . . no entraba para nada en cuenta su madre, estaba bien donde estaba, allá, en su

tierra, metida con sus parientes. . . Como no volviese. . . un estorbo menos!

Sí, universalmente mal visto y mal querido, nunca, de nadie le seria dado esperar apoyo ni concurso y librado á su propio esfuerzo, á su sola accion, debia no pararse en pelos él, hasta entrar por el aro del diablo, si á mano venia; todos los medios eran buenos, todos sin escepcion, dispuesto, resuelto como se encontraba.

¿Qué situacion era entretanto la suya?

Lastimosamente, desde luego, perdia el tiempo. Eso de pasárselo de ojito con la otra, podia haber estado muy bueno y muy divertido y muy bonito como exordio, para empezar, pero á nada conducia, nada significaba á la larga, era en suma cosa de criaturas, de tilingos.

Y pobre, tirando lo poco que tenia, en camino de quedarse antes de mucho en media calle y rechazado ahora del Club, con esa vergüenza, con esa afrenta más sobre el alma, le convenía dejarse andar, perdida la esperanza, ademas, la ocasion de acercarse á Máxima, de hablar con ella en los bailes?

Cuanto antes debia ver, debia tratar de metérseles á los viejos en la casa.

Cómo? no lo sabia. Que álguien lo presentara? á nadie conocía que tuviera relacion con la familia. Buscar quién la tuviese? no, estaba curado, escamado ya; no quería esponerse á otro desaire, á sufrir un nuevo chasco.

Luego, ir así, hacerse llevar oficialmente, por que si, acusaba ciertos aires, cierta dósis de vanidad, de pretension, que bien podia perjudicarlo, colocarlo en mal punto de vista, en mal concepto á los ojos de la familia.

Entraria á indagar, naturalmente, á informarse, á temar, cavilar el viejo. Quién era el tipo, el *quidam* ese, qué queria, qué andaria buscando en su casa, no seria de fijo ni á él ni á su mujer sinó á su hija, á la muchacha probablemente.

Y claro, no faltaria, como no faltaba nunca, un oficioso, un comedido que le fuese con el chisme y lo pusiese en autos.

No, no era esa la manera; las vueltas, los rodeos, la línea curva solian ser el camino mas corto y mas derecho. Encontrar un motivo, una razon, alguna escusa, entrar como sin querer,

como obligado y, haciéndose el mansito, el humilde, el mosca muerta, á fuerza de arte, de maña y zorreria, concluir por ganarle el lado de las casas, por cortarle el ombligo á toda esa gente.

Una comision, alguna fiesta, algun concierto á beneficio de los pobres... cualquiera suscricion, recoleccion de fondos... algo, algo así, para que le ofreciesen la casa...

XXV

Veraneaba la familia de Máxima en una quinta de los contornos de Belgrano.

Al caer la tarde de uno de esos dias sofocantes de Diciembre, bajo el corredor, al este, hallábase reunida la jóven con sus padres; respiraban en una tregua del calor barrido por la brisa fresca de la virazon.

Una nube espesa de polvo, al pié de la barranca, trás del cerco de cañas del camino, como si hubiese parado allí el carruaje que la levantaba, empezó poco á poco á disiparse.

Y, momentos despues, en efecto, un hombre aparecia, penetraba con paso inciérto y cauteloso, como pisando en vedado, tendia el cuello, pa-

seaba la mirada, se detenia, de nuevo volvia á avanzar, subia, se aproximaba, siguiendo las eses de una senda, sugiriendo vagamente en su ademan, en su andar, la idea del andar escurridizo de las culebras.

Notando de pronto la presencia de los habitantes de la casa, ocultos hasta entonces á su vista por las plantas del jardin:

«Perdon señor», dijo á la distancia en tono suave, con acento tímido y pegajoso, dirijiéndose al padre de Máxima, «acaba de sucederme una pequeña contrariedad, un pequeño accidente en mi carruaje, un tornillo que he perdido, que ha caido de la vara... es poca cosa, casi nada, lo bastante sin embargo para que no me sea posible continuar.

Algo, un pedazo cualquiera de cordel, con que asegurar la vara me bastaria y he tenido el atrevimiento, me he tomado la libertad de entrar..

—Ha hecho Vd. muy bien, señor, inmediatamente voy á mandar, dígnese sentarse entretanto, sírvase aguardar un instante.

Y llamando á una de las personas de servicio, al cochero de la casa, ordenó que este bajara y

sin pérdida de tiempo, se ocupase del arreglo del carruaje.

«—Un millon de gracias, señor, pero . . . temo de veras molestar, ser indiscreto y pido á Vds. desde luego mil perdones.

-Absolutamente, señor . . . Un cambio de palabras, de frases banales se siguió; el tema obligado de los que hablan entre sí por vez primera y nada quieren ó nada tienen que decirse.

Máxima sola guardó silencio, encendida la mejilla, la vista esquiva, como en un nervioso desasosiego de toda ella.

Diez minutos despues, sin embargo, anunciaban hallarse listo el carruaje. Su dueño entonces, sin esperar á más, poniéndose de pié y sacando del bolsillo su tarjeta:

«—Reitérole, señor, mi mas sincero agradecimiento,» dijo «tiene Vd. en mí á un humilde servidor.

—Esta es su casa caballero; estamos aquí á las órdenes de Vd.»

Y atentamente, desde el borde de la barranca, despidió el viejo á su huésped.

«Genaro Piazza» leia de vuelta, al dirijirse de

nuevo junto á su mujer y su hija, «no conozco, no sé quien pueda ser . . . pero parece muy bien el jóven, muy fino y muy decente» . . .

«Magnífico, espléndido, impagable», esclamaba el otro para sí saltando en su asiento de alegria, mientras, suelta la rienda del caballo, alejábase envuelto entre el torbellino de polvo del camino.

XXVI

Aprovecharse ahora, á no dejar que se entibiara, volver cuanto antes, sobre el rastro, dos ó tres dias despues.

Sí, pero volver . . . aquí estoy porque he venido . . . muy suelto de cuerpo, de visita, como de la casa, de la relacion, como criados juntos . . . Y qué significaba, quién lo metia, á asunto de qué?

Hum! . . . medio así, medio turbio, medio feo, no muy católico estaba eso . . . era como para que desconfiara el padre y abriese el ojo.

Valiente casualidad, rompérsele el coche tan luego en la misma puerta y qué rotura! Vaya unas ganas, un entusiasmo, valido de que por política,

por cumplimiento nada más, salian ofreciéndole la casa, soplarse á renglon seguido! . . .

Era decididamente mas dificil entrar por la puerta abierta, volver la segunda vez que haber estado la primera.

Pero veria, pasaria, nada le costaba, era de todos la calle, tal vez lo esperara Máxima en el jardin, en la barranca, tenia tiempo de pensarlo sobre todo y de decidirse ó nó.

XXVII

Moderó su marcha á la distancia; avanzaba al ranco el carruaje, perplejo, irresoluto su dueño.

Sujetaria, entraria? podia hacerlo, le habian dado ese derecho, iba sin duda alguna á recibirlo la familia, no peligraba de seguro que lo echasen á la calle con cajas detempladas . . . pero . . . de qué les hablaria él, sobre qué conversaria, como esplicar su presencia allí, sin causa, sin pretesto ahora?

Aproximábase entre tanto, iba llegando ya, iba á cruzar frente al porton de entrada. Habríase dicho desierta la quinta, inhabitada; á nadie se distinguia, un gran silencio reinaba. Sí, qué ca-

nejo, á Roma por todas partes, de los osados era el mundo! . . .

Y, como si una mano estraña empuñara las riendas del carruaje, siguió este andando sin embargo, continuó Genaro, al trote de su caballo, con direccion á Belgrano.

Tocaba, frente á la estacion, una banda de música en momentos en que él llegaba. Bajo la doble fila coposa de las calles de paraisos, numerosa afluencia de personas se notaba, familias que residian durante los meses de verano en el pueblito, otras que salian de la ciudad en sus carruajes, gente que iba á caballo ó en el tren.

Acá y allá, sobre los bancos de paseo, diseminadas las madres; reunidas las hijas entre sí, yendo y viniendo, estacionando por grupos de amigas en sociedad de jóvenes, de «mozos.» Se acariciaban ellas, se tomaban de la cintura, unas sobre otras, mimosamente se recostaban, balanceaban el cuerpo, apretábanse la mano, jugueteaban con flores en los labios. Ellos risueños, animados, decidores, afectando á ratos inclinarse, cambiar con gesto picaresco al oido de sus vecinas alguna palabra breve, alguna frase furtiva.

Y fumaban, hasta tabaco negro fumaban entre tanto, y era destemplado y chillon todo aquello, el tono de las voces y de los colores, confundido con el tono de la banda chillon y destemplado.

Estaria Máxima allí? Bajó Genaro, buscó, uno á uno observó los grupos, recorrió en todo sentido las calles del paseo; cuando luego de trascurrido largo rato y de haber ya perdido la esperanza de dar con ella, entre lo espeso de la concurrencia, creyó á lo lejos atinar á distinguirla.

Sí, con la madre; venia hácia á él, vestida de *foulard* de la India á cuadro escocés, dominando apenas el azul marino entre las tintas apagadas y sombrias de la estofa; ceñido, de relieve el talle; la pollera estrecha, caida simplemente, sin adorno; perdida la pesada masa de su pelo negro, bajo el ala de un sombrero de paja oro antiguo y terciopelo. Dejaba ver el pié coquetamente, entrever, presentir mas bien, al caminar, el nacimiento de la pierna en la seda violeta de sus medias.

Pasaron. Sonriéndose, con gesto amable, habia retribuido el saludo de Genaro la señora. Vol-

vieron á pasar; Máxima y él se miraron . . . como sabian mirarse.

Y timorato, aprensivo sin embargo, cobarde, con una cobardia austera de avaro, no quiso dejarse estar.

Por qué precipitarse, á qué apresurar la marcha de los sucesos? No, despacio, poco á poeo era mejor; con tiento, con prudencia, con cautela . . . no veia la necesidad de andar llevándose todo por delante . . .

Ahora, especialmente, que sabia, que seguro estaba de encontrarlas los Juéves y los Domingos á esa hora. Aunque no quisiese la madre, tendria que ir, llevada, arrastrada por la hija . . . Y no habia de faltar ocasion despues, una oportunidad cualquiera, alguna coyuntura favorable, que le permitiese acercarse sin violencia, como una cosa natural, como llevado de la mano, como que cayera de su peso hacerlo así.

XXVIII

Tal cual habíaselo imaginado y lo anhelaba, un dia de fiesta, en que, por escepcion, llegó á ser mas numerosa la asistencia, oyó Genaro que murmuraba la madre de Máxima al cruzar junto á él:

«Me sentaria, dónde, si están todos llenos los asientos?»

—Aquí señorita . . . permítame señora . . . » dióse prisa á esclamar aquel poniéndose de pié bruscamente,

—«No, señor, de ningun modo . . . y Vd?

—Oh! yo . . . no se ocupe Vd. de mí.

—Es mucha amabilidad, mucha galanteria la

suya y le agradezco y acepto señor, porque me siento de veras algo fatigada.»

Acababa de hablar la vieja sin echar de ver que se hallaba cerca de él, ó con su intencion lo habia hecho, cansada de andar rodando, se habia valido de ese medio para que le cediese el asiento?

Casualidad ó no, qué le importaba . . . estaba rota la escarcha, habia pasado el Rubicon, podia apretar ahora las clavijas! . . .

Y á pretesto una vez mas de la invocada fatiga de la señora, en momentos de retirarse esta con su hija, ofrecióse Genaro á conducirla hasta el carruaje:

«—Hemos venido á pié, estamos tan cerca . . .

—Con mas razon entonces, dígnese Vd. apoyarse en mí, señora, tomar mi brazo.»

XXIX

Admitido á frecuentar la casa, aceptado por la familia, una intimidad, una confianza, cada vez mayor, insensiblemente se establecia.

No que fuera esta provocada por Genaro, que tratase él de imponerse, que su conducta, su actitud, hubiesen nunca acusado de su parte el mas lijero desman, la mas pequeña licencia. Léjos de eso, medido siempre y circunspecto, reservado, retraido en presencia de los padres, pecando mas bien por un esceso de timidez y de modestia, hacia como por estudio gala de conservarse humilde á la distancia.

Era una monada el jóven, solia decir hablando de él la señora, tan atento, tan amable y

tan formal al mismo tiempo. . . no habia cuidado de que se escediese, de que se propasase en lo mas mínimo ese, no era como otros atrevidos, sabia darse su lugar.

Si, cierto, convenia el padre, parecia bueno el muchacho, discreto, sério, decente, muy hombrecito. . . y no era tonto tampoco.

Sin duda, otros miembros y allegados de la familia, parientes, amigos, que estaban mas ó menos al corriente de lo que á la vida de Genaro se referia, encontraban estraña, inesplicable, la facilidad con que habia sido este acogido, y los avisos, las advertencias, las reflexiones y consejos naturalmente no escaseaban.

Qué, no sabian? Se decia que era hijo de un tal y de una cual, se hablaba muy mal de él, habia tenido la audacia, el atrevimiento de hacerse presentar de socio al Progreso y le habian echado por supuesto bola negra; sus mismos compañeros lo miraban en menos, los mismos de su edad, era un tipete en fin, en ninguna parte, en ninguna casa decente visitaba, solo éllos lo recibian.

Calumnias, esclamaba, tomando la defensa de

Genaro indignada la señora, mentiras, habladurias, la envidia no mas que le tenian! . .

Pero era vaga, indeterminado lo que se decia, observaba á su vez tranquilamente el marido, ningun cargo directo veia él formulado contra el jóven, ningun acto desdoroso, ninguna mala accion de que se pretendiese hacerlo responsable.

Que era de orígen humilde, y bien, qué querian significar con eso? Tanto mayor mérito de parte suya si, no obstante la condicion de sus padres, habia sabido abrirse paso y elevarse á otro nivel.

Qué lo habian rechazado del Club? Muy mal hecho desde el momento que nada podian reprocharle, que nada demostraba que no fuese personalmente digno y honorable. . .

No, no lo satisfacia, todo eso no bastaba, para que se creyese, en conciencia, autorizado á despedirlo de su casa, para darle á él tal derecho. Habia indudablemente de por medio mucha mala voluntad, mucho de injusto, de infundado. No sabia por qué se ensañaban así contra el pobre mozo.

Sobre todo, no lo queria para marido de su hija él. . . que lo dejaran quieto! . . .

Y ocupado de sus negocios, saliendo con frecuencia, yendo á la ciudad, concurriendo de dia á la Bolsa, de noche á la Sociedad Rural entre cuyos miembros figuraba, con frecuencia tambien acontecia que llegasen á encontrarse solos en la quinta la señora y Máxima.

La madre misma, en el concepto favorable, en la alta idea que de Genaro abrigaba, en la confianza ilimitada y ciega que habia sabido este inspirarle, solicitada por las mil atenciones de su casa, no vacilaba en ausentarse de la sala ó del jardin, en tolerar sin sombra de recelo que, solos ambos, permaneciese largas horas junto á su hija.

Oh! y no habia perdido su tiempo él; lejos hallábase ahora de la época de sus platónicos festejos, de sus vanos y pueriles amoríos, un dia y otro dia concretado, reducido á contemplarla y á seguir su huella á la distancia! . . .

Era mas que la dulce confesion, que la mágica palabra de silla á silla cambiada, mas que la frase al oido murmurada en la tibia caricia del aliento, buscando otro pié el pié, oprimida la mano entre

otra mano; era mas que el beso hurtado, de sorpresa arrebatado; era el beso prodigado, querido, exigido en la fiebre avarienta del deseo, en el voraz incendio de la sangre.

Y mas aun, todo habria sido, sin las postreras aprensiones, sin las alarmas supremas de la vírgen:

«Sí, tesoro, si chinita, déjame, mira como me pones, como sufro, no seas mala, no seas cruel! . . . »

—No, eso no, no quiero . . . nunca, eso jamas! . . . »

XXX

Pero habia de ser, tenia que suceder un dia ú otro no más, por mucho que no quisiese sucederia, no se habia de ir muy léjos.

Bien conocia los bueyes con que araba, bien sabia á qué atenerse, el papel que desempeñaba, como era recibido él por la familia, que no hacian mas que tolerarlo los viejos, que lo admitian como de lástima, que lo miraban como á bicho inofensivo, como á una especie de cuzco de la casa, que lo tenian en cuenta de zonzo!

Pero asi intentara arrancarse la careta y mostrar las uñas . . . zás! . . . lo agarraba el padre de una oreja y lo echaba á punta-piés, como sonaba . . .

No, no habia mas, no habia otro medio, era necesario que cayese la muchacha, que llegase Máxima á ser suya . . . Y él les habia de preguntar, ya verian entonces lo que era bueno! . . . Qué mas remedio les quedaba de miedo de un campanazo, de un escándalo mayúsculo que amuyar y soltar prenda?

Ni qué mas iban á pretender ni qué mas querian últimamente . . . hasta un favor les hacia con casarse, por muy bien servido podian darse de que, una vez embromada la individua, quisiese él cargar con ella! . . .

La ocasion . . . eso, eso, sobre todo le faltaba. Por muy confiada, por muy alma de Dios que fuese la señora, en la casa era imposible, muy dificil, muy espuesto. Una puerta abierta, un espejo, un descuido, algun sirviente, todo, á cada paso, podia venderlos, descubrirlos y, claro! se lo pasaba Máxima azorada, en un continuo dar vuelta, en un contínuo mirar y levantarse, ir á espiar.

Salir? . . . no habia de querer . . . ni habia de poder, nunca salia sin la madre, y sin embargo, qué pichincha para él pescarla sola por ahí, en alguna parte . . . en un baile de máscaras por ejem-

plo, con ocasion del Carnaval que se acercaba, en uno de los bailes de Colon, ya que al Club no podia ir! . . .

Recordaba haberle oido que la habian invitado á salir en comparsa unas amigas, pero que ella se habia negado, por él, porque se imaginaba que no le habia de gustar.

Le diria que no fuera tonta y que aceptase, le someteria su plan: estando todas en el Club, se les ocurria de pronto ir á Colon, á ver, á curiosear; un antojo, un capricho, una viaraza de muchachas, consentida, en esos dias de locura y de licencia en que todo era permitido.

No se trataba de una cosa del otro mundo en suma; que lo intentara, que hablara con las otras, podrian verse ellos así, pasar juntos los dos una parte de la noche.

Lo demás, las intenciones que llevaba él, eso, allá para despues, esas eran cuentas suyas. . .

XXXI

Alcanzaba el oido á percibir de lejos como la sorda crepitacion de un horno; abiertas las ventanas, todas, de par en par, como en montones por ellas caia, derramábase la luz sobre la plaza; ganduleaban los curiosos ocupando las veredas frente á las puertas de reja de la entrada; la chusma de pilluelos, traficantes de contraseñas, pululaba en media calle y, al ir á penetrar, repleto todo de gente hasta el vestíbulo, un tufo se sentia caliente y fétido, salia del teatro en bocanadas como el aliento hediondo de una fiera.

Aumentaba el rumor, crecia el tumulto, subia de diapason, llegaba á ser algazara, una alga-

zara infernal adentro; no en la sala, no en el vasto desplayado del proscenio y la platea, donde moros y cristianos confundidos, turcos, condes y pastoras en amoroso consorcio, silenciosa y gravemente y zurdamente se zarandeaban, hamacaban el cuerpo al compás de las mazurcas y habaneras. Apenas el falsete atiplado de algun mocito compadre llegaba á arrojar una nota agria en el conjunto, ó perturbaba el órden por acaso el momentáneo tropel de alguna riña.

Era arriba el tole-tole, eran en el *foyer*, en los salones, el barullo, el alboroto, los chillidos, el bullicioso entrevero, el cotorreo enervante, exasperante, de dos mil mujeres criollas disfrazadas, desatadas al amparo del disfraz. . .

Un grupo de dominós en número de ocho á diez, blancos, pugnaba por abrirse paso, lograba á duras penas penetrar hasta el salon de la esquina.

Juntos todos, paseaban como estrañados la mirada. Si un hombre acertaba de paso á hablarles, bruscamente con un movimiento de muñecos de resorte, volvian la espalda, se

estrechaban mas aun, sin contestar, soltando algunos la risa bajo el antifaz, una risa nerviosa y sofocada.

Dos sin embargo, como indecisos y entre ellos consultándose, luego de hablar, de cuchichear al oido un corto instante, desprendiéronse de los otros, aproximáronse á Genaro.

Los observaba éste, de lejos, fijamente, apoyado á una de las columnas del salon.

« –Dame tu brazo», díjole uno.

«—Con mucho gusto.

—Gracias querida y hasta luego entónces.

«Ya vés, he cumplido,» prosiguió el dominó —Máxima—tomando el brazo de su novio, ambos alejándose, «y no ha sido sin trabajo, te lo juro. No queria por nada mamá, decia que era un loquero el nuestro, que no tenia piés ni cabeza venir nosotras á Colon; pero tanto hemos rogado, insistido y suplicado, que he conseguido por último que nos acompañe y ahí está, la pobre, con otra señora más sentada en el *foyer*, esperándonos.»

Vamos á dar una vuelta no más mi viejo, eh? no voy á poder quedarme, no voy á poder estar

mucho contigo; nos han traido con esa condicion y hemos convenido en reunirnos dentro de un momento con las otras.

—Es esa la manera de probarme tu cariño, llegas apenas y ya te quieres ir?

—Ingrato, dí que he hecho poco por tí! . .

—Lo que digo es que la tengo á Vd. señora y que no la suelto así no más, á dos tirones.

— Es que no puedo, mi hijito, que ván á andar buscándome mis compañeras, que vá á estar con cuidado mi madre si me tardo. . .

— Con ir á verla á tu mamá. . .

—No, no, para qué? puede caer en cuenta, desconfiar, figurarse que todo mi empeño no ha sido sinó por encontrarme contigo; no, que no sepa, mejor que nó.

—Pero el tiempo, mi vida, de pasar media hora á tu lado, juntos los dos, de que veas algo por lo menos de este infierno. . .

No se puede ni caminar, ni respirar acá; hace un calor insoportable y están llenos de gente los balcones; vén, salgamos.

—Dónde?

—Donde yó quiera llevarla y cállese la boca y obedezca.

Bajaron la escalera de la plaza, caminaron hasta la esquina, de nuevo entraron por el Café, cruzaron el vestíbulo, siguieron á la izquierda, se detuvieron frente á una puerta; habia sacado una llave Genaro.

«—Qué haces?

—Ya lo vés, abrir y entrar.

Vamos á estar aquí como unos príncipes, solitos los dos trás de la reja.

—Y no verán, no se alcanzará á distinguir?

—Cómo quieres que se vea, sin luz adentro!»

Uno junto á otro sentáronse en la penumbra, en la oscuridad del fondo del palco; Genaro atrás, hácia adelante Máxima.

«—Sacate la careta.»—Le pasaba, le deslizaba, al hablarle, el brazo por la cintura. «Un siglo me parece que hace, mi china, que no te miro. . . y que no te beso.»

La atraia, la estrechaba él entretanto; élla queria, se dejaba. Un instante, de cerca, los dos se contemplaron y sus bocas de pronto se juntaron, sus ojos se entrecerraron, largamente,

deliciosamente, cómo quien bebe, seco de sed.

«—Bueno, basta nó? estese con juicio ahora, como niñito bien criado y déjeme ver la funcion. Qué figuras santo Dios, qué cacherio de mugeres estas. . . y hasta sucias ché! . . »

Ella continuó charlando, criticando, ocupándose del público, del baile; él teniéndola abrazada; le decia que la queria, le daba besos él, de vez en cuando, en el pescuezo, debajo de la oreja; se estremecia ella toda, se encojia; uno á uno, empezó con suavidad á desprenderle los botones de la bata él; íbasela de nuevo abotonando ella:

«—Vaya. . . quieto. . . estese quieto, quietito le digo. . .» en una dulce languidez, perezosamente, como dormitando repetia.

Turbaba, embargaba el aire los sentidos; mareaba un olor acre á sudor y á *patchoulí;* podia provocar el asco ó el deseo, como repugnan ó incitan á comer ciertos manjares. Pasaban entrelazadas como hechas trenzas las parejas. Un hombre y una muger, cerca, allí, se manoseaban. La orquesta terminaba el wals de Fausto.

Bruscamente se sintió, se vió arrojar, echar de

espaldas Máxima á lo ancho del sofá, empujada por Genaro, y él sobre élla:

«—Qué? . . . no! . . . » balbuceó azorada.

«—Cállate, que si te oyen, que si nos ven, se arma un escándalo!»

Crujieron los elásticos, hubo un rumor sordo y confuso, un ruido ahogado de lucha, luego un silencio.

« -Es un infame Vd, es un miserable! . . » esclamó Máxima de pié en medio del palco, reparando el desórden de su traje, alzando del suelo su careta. Tenia el aliento afanoso, conmovida la voz, las manos le temblaban.

«—Llévemearriba, donde está mi madre.

—Máxima. . .

—Llévеme.

—Pero hija. . .

—Llévеme repito ó me voy sola.»

Quiso darle su brazo él; retrocedió un paso cruzando los suyos ella.

«—Siga, camine.»

Y como él, remiso, no se apresurara:

«—Qué, no me oye?, camine, salga le digo!»

Ancho, hueco de orgullo, un orgullo brutal de macho satisfecho, iba riéndose en sus propias barbas Genaro; pensaba: se le ha de pasar. .

XXXII

Floja, era una floja, una cobarde! esclamaba Genaro enrostrando á Máxima sus recelos, sus temores; qué le daba por vivir así temblando, muerta de miedo! Si nadie nunca habia llegado á saber, si nada habia sucedido hasta entonces, por qué habia de suceder?

Bien lo veia ella que la señora se pasaba los años adentro, que valida de la confianza que le habian dado á él en la casa, hasta solia no salir ni á recibirlo, y que ahora especialmente, en la ciudad, era mil veces mejor, mas seguro que en la quinta, mas dificil que, metidos allá, en los fondos, fuesen á espiar los sirvientes.

Dueño del campo; pudiendo hacerse fuerte con

los viejos, se decia Genaro, siendo querida suya la muchacha, lo que era á él . . . qué le importaba, á ver como no los pillaba el mismo padre, mejor, cuanto antes!

Justamente se iba quedando sin un cristo, iba corriendo burro todo cuanto tenia, con la vida de vago que llevaba; dos mensualidades habia dejado ya de enviarle á la madre, y muy bien que le vendrian, como á un santo un par de velas, los pesos de su suegro,

Hasta ganas le daban de ponerlo él mismo en el secreto, de escribirle él un anónimo para que reventase la bomba de una vez.

Sin duda, faltaba el rabo por desollar, habia un peligro: corria el riesgo de que en un primer impulso, en un ímpetu de rábia fuese á romperle el alma el otro, aunque . . . ni quién sabia tampoco, porque qué iba á sacar, qué iba á salir ganando, en fin de cuentas?

Tal vez no dejara de comprenderlo, lo pensase, lo meditase, lo mirase por ese lado y se viniese á las buenas.

Sobre todo, bien valia eso el bocado, la taja-

da que le iba á tocar á él . . . eso y mucho más!

Pero, ciega la madre y descuidado, ausente casi de contínuo el padre, idéntica entre tanto la situacion se prolongaba, libremente Máxima y Genaro se veian, en la casa, en la sala, solos, ocultos á los ojos de todos el secreto de sus amores.

Habia llegado á notarla preocupada él, sin embargo, triste, callada, abatida por momentos, como cavilosa, como dominada por un íntimo y penoso sentimiento.

Habia tratado de indagar de ella la causa: no tenia nada, qué iba á tener? estaba como siempre, cosas de él, se imaginaba no más.

La encontró pálida una vez y ojerosa, mas pálida y ojerosa que de costumbre, hinchados, abotagados los ojos, los párpados encarnados, acababa evidentemente de llorar:

«No me sostendrás que nó, no podrás negármelo ahora . . . pero qué hay, díme lo que te pasa . . . qué, no tienes acaso confianza en mí y en quién mejor puedes tenerla?

Sabes que tratándose de tí, como si se tratara

de mí mismo, que lo que directa ó indirectamente á tí te afecta, me afecta á mí, que tus penas, tus pesares son los mios, que te quiero, que te adoro en fin con toda mi alma y que, ligados tú y yo, por el vínculo que nos une, estamos llamados, destinados ambos á correr la misma suerte.

Vaya, mi hijita, prosiguió Genaro, ocupando un asiento junto á Máxima, tomando á esta de la mano, acariciándosela:

«Qué es lo que le sucede, dígaselo á su viejo... te lo ruego, te lo suplico ... por el cariño que me tienes . . . no puedes figurarte lo que me aflige verte así!»

Lo dejaba hablar ella, inmóvil en silencio, la vista baja como si nada oyese, como si nadie allí á su lado estuviese:

«—Es menester, es fuerza que concluya esto sin embargo,» con un vivo movimiento de impaciencia, esclamó Genaro y de pronto, levantándose, púsose á recorrer á largos pasos la sala, «es ridículo, absurdo que te obstines de ese modo; sobre todo, necesito yo, quiero saber y no pido, exijo que hables... qué es lo que tienes, contesta.

—Lo que tengo? . . . es que no tengo lo que tienen las mujeres,» terminó por decir bruscamente Máxima, como haciendo un enorme esfuerzo, cubriéndose con el pañuelo el rostro, ahogada la voz entre sollozos.

«—Lo que no tienen las mugeres? . .

«—Desde. . hace. . . tres meses.

—Acabáramos! . . eso es, eso no más?»

Y sin poder contener un gesto de íntima alegria: «me lo figuraba,» murmuró, como hablando consigo mismo Genaro:

«—Cómo?

—Claro, pues,» prosiguió tranquilamente, con aplomo, «tenia que suceder, estaba viéndolo venir yó. . .

—Tu? . . me habias asegurado qne no sin embargo, me habias dicho que tuviera confianza en tí, que sabias, que harias tú. . qué sé yó! . . que viviese tranquila y sin cuidado, que era imposible en fin. . .

—Es que lo deseaba, que con todo el ardor de mi alma lo anhelaba. . . Te parece poca dicha, poca felicidad la mia, ser padre de un hijo tuyo,

imajinarme que vas á ser madre y madre de mi hijo tú!

—Mentias entonces, á sabiendas me engañabas?

—Oh! con la más santa de las intenciones mi hijita, solo por tí, en obsequio tuyo, por no alarmarte, por no asustarte.»

Habia alzado los ojos sobre él, lo miraba con asombro, con un asombro profundo, como si un velo acabara de descorrerse ante su vista, como si se le revelara otro hombre Genaro en ese instante:

«—Pero . . y yo?

—Crees acaso que no conozco mis deberes, que no he de saber cumplir lo que mi conciencia de hombre honrado me dicta, que soy un miserable yo, algun canalla? . .

Estoy pronto á responder como caballero de mis actos; te casarás conmigo, serás mi muger tú.»

Guardó de nuevo silencio ella, de nuevo el llanto bañó su rostro:

«—Sabes que hasta derecho tendria para enojarme, para resentirme contigo seriamente, que hasta una falta de cariño podria ver en tu conducta, en tu afliccion, en tus lágrimas, . . estoy de veras

por creer que no me quieres, por lo menos como te quiero yó á tí! . .

—Qué hacer, mi Dios, qué hacer?

—Qué hacer?»

Iba á decírselo él, tener ánimo, valor, resolucion, hablar, confesar todo á la madre que era una santa muger y que era madre, que acabaría por abrirle los brazos á ella y por encargarse de obtener el perdon de su marido.

No, no, Dios la librara, se le caía, solo de pensarlo, la cara de vergüenza, era mejor ver, esperar, quién sabia? podia ser otra cosa, una indisposicion pasagera, algo de enfermedad, podia quedar en la nada todo al fin. . .

———

XXXIII

Corrió un mes; se lo habia dicho: inútilmente, era vano obstinarse, esperar aun, seguir haciéndose ilusiones, habia preguntado, lo habia consultado con un médico amigo suyo, todo el cuadro de síntomas de la preñez se presentaba, era indudable, evidente que estaba ella embarazada.

La situacion se agravaba entre tanto, bien pronto le seria imposible disimularla á los ojos de la madre, del padre; para ante la familia, para ante el público mismo, cómo más tarde, de qué manera ocultarla si salia de cuidado antes del tiempo?

Un mes. . . dos meses. . . todavia, era más fácil eso, podian decir que habia nacido á los

siete el chiquilin, podian, yendo á residir temporalmente en la campaña, en una de las estancias del padre, retardar, ocultar la fecha verdadera del nacimiento.

Pero que se resolviese ella de una vez, cada dia, cada hora que pasaba, era un tiempo precioso que perdia. No por él, personalmente á él, qué se le daba. . . era hombre él! . . . por ella, por su hijo, en nombre de su reputacion comprometida, en el interés de la pobre, de la inocente criatura era que hablaba, que encarecidamente le suplicaba.

Consiguió al fin, obtuvo de Máxima lo que pretendía; instada por él, apremiada, obligada, además por la fuerza misma de la triste estremidad á que se viera reducida, arrancó Genaro de ella la promesa, de confesar todo á la madre horas despues.

Iba á ser una noche de zozobras para él, justo era que quisiera, que anhelase saber; convinieron en una seña, pasaria en la mañana siguiente, hallaríase recojida á medias una de las persianas de la sala, nada favorable le seria

dado esperar no siendo así, nada resuelto por lo menos habría aun.

No durmió, en efecto, agitado, calenturiento, revolviéndose en la cama sin cesar, le fué imposible conciliar el sueño un solo instante.

Pensaba, preocupábase de Máxima, sufria por ella, un sentimiento de cariño y de lástima á la vez llevábalo á condolerse de su estado, víctima suya la infeliz!, acaso llegó á decirse, reducida, violentada, en cinta de él, ante sus mismos padres arrastrada ahora á hacer la confesion tremenda de su vergüenza, y sola, sin defensa, sin proteccion ni amparo en el terrible y azaroso trance?

Miedo era lo que tenia, un pensamiento egoista y cobarde lo que ocupaba su mente, la idea de peligro que corria lo que bruscamente lo asaltara y llegara á dominarlo.

Miedo por él, por él mismo, por él solo, miedo de otro, miedo de arrostrar la cólera del padre desatada contra él en un arranque ciego de despecho.

Cómo hiciese ella, como viese de salvarlo y se acusase ella sola, dijese que era ella sola la única

culpable, que lo habia buscado, provocado. . . con tal de que tratara en fin de dejarlo de algun modo bien parado, cosa que no fuese el viejo á dar contra él! . . .

Eso, eso debía hacer; eso tenia derecho á esperar de ella, á exijir de su cariño, si era que en efecto lo quería.

Levantóse al aclarar, echó los pasadores á la puerta, cerrada ya con llave. El vaiven de la gente de servicio, el despertar de los otros locatarios, el contínuo transitar en la escalera, en los pasillos, todo ese ruido diario del hotel, á que se hallaba desde meses antes habituado, llenábalo sin embargo de involuntario terror; tendia el oido azorado y palpipante á cada paso; alguien subia, alguien se acercaba, irían á detenerse y á golpear?

Pensó en comprar un revólver y en echárselo al bolsillo, conforme saliese, allí á la vuelta, en la armeria de Bertonnet.

Penetró antes de bajar á una de las habitaciones del frente, acababa su dueño de ausentarse, un mozo la ponia en órden. De allá, arriba, oculto, escondido, estirado el cuello, perfilado el cuerpo

espió, registró la cuadra; podia estar esperándolo el otro en la vereda y cazarlo á la salida.

Informóse del portero si alguien habia ido en su busca y atropellado, de prisa, corriendo casi, salió y dobló en la boca-calle.

Compraría revólver? . . . plata tirada, pensó luego. . . para qué, si se conocia, si sabia que no iba á hacer uso de él, que era muy capaz de caerse de susto no bien de manos á boca se le apareciese el padre ! . .

Cruzó la calle de la Piedad, siguió en direccion á la Plaza da la Victoria, miró el reloj: las nueve.

Desde la vereda de la Catedral observó con detencion la larga fila de coches de alquiler, queria uno de *stores* en los cristales.

« Al Retiro, derecho por San Martin », dijo al cochero, y subió.

Bajas, corridas las persianas, todas. Qué habria habido, hasta dónde podia haber ido el bárbaro ese? . .

Le pareció como si recibiese al pasar una impresion de luto, como si respirase una atmósfera de muerte, como un sepulcro mudo, helado la

casa, y, de súbito conmovido, una palabra de compasion asomó solo entonces á su labio:

«Pobrecita!...» murmuró. Aunque, no, estúpido, zonzo! estaba abierta la puerta, las dos hojas, de par en par; nada de lo que se imaginaba podia haber, nada grave, grave en ese sentido por lo menos...

Se habria Máxima arrepentido, habríase sentido arredrada, intimidada en el último momento y no habria hablado... qué era lo que adentro sucedia, qué?...

Llegó el carruaje al Retiro; paró juntó á la reja de la Plaza:

«Espere», ordenó Genaro. Volveria mas tarde, pensó; dónde iria entre tanto; era hora de almorzar,—á la calle de Moreno? Nó; sabia el portero que comia en esa fonda él; podia andar buscándolo el individuo, preguntar y dar con él, encontrarlo allí...

Maldito el apetito que tenia tampoco!

Varias veces, durante el curso del dia, en carruaje cerrado recorrió la calle; nada; pasó de nuevo á la oracion, á las nueve, á las doce, nada, siempre nada.

Otra noche de agitaciones y de insomnios, otra como la anterior, otra en blanco, otra noche peor le esperaba...

Malhaya! á qué se meteria á zonzo, en honduras él... una y mil veces como un negro crimen sobre la conciencia le pesaba... feo, muy feo, tremendo estaba poniéndose el negocio... alguna barbaridad y barbaridad mayúscula, alguna de bala y de puñal, algun sangriento drama iba á salir resultando al fin.

Bastaba verle la pinta, no era tipo, no era hombre de dejarse manosear impunemente; sus antecedentes, su modo de ser, su vida entera lo estaban revelando, perseguido por Rosas, emigrado el año 40, antiguo oficial de Lavalle en sus campañas...

Imposible que se quedara con el entripado, que no estallara; que no hiciese esplosion el viejo... podia contarse entre los muertos él!...

Hasta las dos y media de la madrugada, dejóse estar en el café, en el local de los Tres Billares.

Conservábanle cariño algunos á la casa; recordando antiguos tiempos, solian celebrar allí sus reuniones, y habia ido tambien él, huyendo de

hallarse solo, en horror á su cuarto del hotel, llevado por una brusca necesidad de aturdimiento y de ruido.

Distraido, preocupado, como un imbécil, pensó, habia sacado su dinero del bolsillo y despedido el coche al llegar. No se atrevia, no se arriesgaba ahora á volver solo á su casa, y uno de los que allí se encontraban, un conocido suyo, que vivia en la calle de la Defensa y lo dejaba en la esquina, caliente, trenzado con otro en un partido á los palos, ni mencion hacia siquiera á retirarse... Paciencia, lo esperaria!...

Ambos al separarse, en la escasa media cuadra de camino que alejaba á Genaro del hotel, tres veces, evitando este el encuentro de otros tantos bultos, cruzó á la vereda opuesta. Tipos mal entrazados, sospechosos; uno de ellos emponchado, creyó ver, y que parecia haber querido seguirlo, acercarse á él por detrás, como buscarlo á traicion.

Por fortuna acertaba á pasar un vigilante!...

Con mano trémula y nerviosa pegó un tirón de la campanilla, empujaba entre tanto la hoja de

la puerta; entró como sin pisar, como una sombra que cruza.

Nadie habia estado, no habia llegado carta para él? Como caballo que busca de qué espantarse, subió Genaro la escalera y allá arriba, entre las cuatro paredes de su mismo cuarto, sobrecogido aun de terror, entrecortado el resuello y afanoso, miró, buscó, registró bajo el sofá, bajo la cama, trás de la puerta, en los rincones, palpó la ropa colgada de las perchas del armario.

Tarde ya, arrojóse de la cama en la mañana siguiente; el sueño lo habia vencido, habia dormido, habia soñado; lo habian muerto primero, resultó falso despues, querian casarlo, casarlo con otra, con una mujer vieja que era la madre de Máxima y que era su misma madre; y de miedo, de cobarde, lo iba á hacer, decia que sí.

Qué sabia él . . . un cúmulo de disparates, despropósitos sin cuento, un mundo de desatinos y siempre y en todas partes, clara, potente, como viva, como real, la figura del padre airado persiguiéndolo con el espectro de su venganza!...

Sentia pesada ahora y dolorida la cabeza, la

lengua seca, mal gusto, un dejo en la boca, un dejo amargo á tabaco, revuelto, sublevado en ansias el estómago, y nada sin embargo, casi nada habia comido:

«Eh? . . . con mil demonios al fin . . . » en un arranque exasperado de cobarde, vociferó renegando, no era vivir aquello, era sufrir, era matarlo á fuego lento, era sufrir mil muertes, que se acabara cuanto antes, que lo mandase asesinar, que lo hiciese apuñalear el muy salvaje de una vez! . . .

XXXIV

«Necesito hablar con Ud.; tenga á bien pasar por mi casa hoy á las cuatro.»

Estaba como tuto el individuo, se le conocia. Con todo. . . variaba de aspecto eso ya. . . buena diferencia. . . ahora sí. . . le habia vuelto el alma al cuerpo á él! No era, de seguro, con la intencion de enderezarlo al otro mnndo, que, á las cuatro de la tarde y en su misma casa, iría el viejo á darle cita. . pero ni para agarrarlo á besos tampoco. . . hum! . . qué querria, con qué embajada le saldria?

Iria él? sí, haciéndose una violencia bárbara, pero iría. . . Lástima qne no fuese asunto de algo en que pudiera un tercero intervenir, para lar-

garlo antes de carnada, como de personero suyo, para mandarlo en lugar de él, por las dudas. . . .

Recibiólo en su escritorio el padre; con ademan seco y glacial, indicó á Genaro una silla:

«—Ha sido Ud. un gran canalla, mozito, y yo. . yo un gran culpable. . .

Debo, mal que me pese sin embargo y por desgracia mia, resignarme á ver en Ud. al marido de mi hija. . .

—Señor. . . »

Deteniéndolo, cortando á Genaro la palabra con un simple gesto de la mano:

«Sírvase evitarme la molestia inútil de escucharlo,» prosiguió, «solo á efecto de hacerle conocer mis órdenes, es que se encuentra Ud. aquí, y entiendo que sean ellas al pié de la letra ejecutadas, sin observaciones de su parte y sin que absolutamente por la mia, tenga en cuenta ni me importe lo que Ud. piense, quiera ó diga.

Máxima, repito, se casará con Ud., dentro de un mes, sin ruido, sin misterio, simplemente; Ud. nos la ha pedido, ella quiere; deseando no contrariarla, su madre y yo hemos consentido; ante

mi familia y ante el público, será esa la esplicacion de lo que es dificil de esplicar: que le dispense yo el honor de aceptarlo como yerno.

Nada me resta que agregar, puede retirarse ó pasar si quiere á la sala.»

«Ah! Piazza, nunca lo hubiera dicho de Ud. . ., yo que lo creía tan caballero, tan decente, tan incapaz. . . en la confianza que le habíamos dado, abusarse asi, engañarnos de ese modo y Ud., Ud. tan luego! . . »

Sufrirlo primero al otro, cada una de cuyas palabras habia sido un bofeton, un latigazo en la cara, una escupida en la frente, tolerar de él en silencio que lo hubiese puesto overo, y como si no bastara todavia, como si aún no fuese suficiente tener que aguantar á la vieja ahora, verse obligado á estar oyendo con una paciencia de santo sus pavadas, los lloriqueos, las jeremiadas de la muy tilinga . . . Uf! . . .

Quedáronse solos por fin Máxima y él; no faltaba sinó que ésta tambien empezase á romperle el forro . . .

Ocupó un asiento junto á ella, sobre el sofá, quiso precipitarse, estrecharla contra su pecho,

calorosamente, efusivamente, en un abrazo casto, como agena en ese instante de él, remota de su mente toda idea de sensualismo. Solícito, amante y cariñoso, pidió saber, informarse, que le dijese, que le contase, cómo debia haber sufrido la pobre . . . y él . . ah ! él . . . no habia cesado de pensar en ella un solo instante, en su china, en su chinita querida. Habria querido tener alas, poder volar, deslizarse como una sombra al través de las paredes, aparecérsele, entrar de noche á su cuarto, estar allí al lado suyo, consolarla, enjugar sus lágrimas, reanimar su espíritu abatido, comunicarle nueva fuerza, infundirle nuevo aliento al calor de sus caricias . . .

Pero reducido á debatirse él mismo en la impotencia, á agitarse estérilmente en las congojas de la duda, en la angustia de la espera, nada le habia sido dado hacer en obsequio á ella. . . nada . , . Y su hijo, la criatura que Máxima llevaba en sus entrañas, su sangre de él . . . Ah! podia creérselo, sí, le decia la verdad, se lo juraba, no habia vivido en esos dias, jamás habia pasado, no llegaria nunca á pasar horas tan crueles, momentos tan acerbos de desesperacion y de dolor.

Contestaba brevemente, por monosílabos, asentia ella apenas, de vez en cuando, con un lijero signo de cabeza.

Habríasele creido penetrada, penetrada íntimamente, de que le mentia su amante, de la falsedad de las palabras de Genaro, del doblez, de la impostura de sus protestas; se la habria dicho al contemplarla, sombría, abatida y como insensible en su asiento, presa de uno de esos desengaños que dejan hondo surco en la existencia.

Iba á casarse con él, iban á casarla á ella; y bien, si, se casaria, no decia que no, no se rehusaba, no podia rehusarse, ni queria tampoco. Perdida, deshonrada, en camino de ser madre, la ley social, los hechos mismos, fatalmente, la arrojaban en brazos del padre de su hijo. Por este, por ella, por su familia, por todo en fin, comprendia, veia la necesidad de que llegase á ser Genaro su marido.

Pero, era el anhelo de la amante, ó era la conformidad de la mujer, el deber imperioso de la madre, la resignacion de la víctima?

Sentia un vacío, como un frio en lo íntimo de su alma, en lo profundo de su corazon; no, no lo queria, no, no tenia cariño, nada, ni un poco por él.

El remordimiento la obsedia, el pesar de la falta cometida la aquejaba. Oh! si el pasado se olvidara, si pudiera borrarse de la vida como por efecto de la sola voluntad podia cambiar e porvenir, si le fuese, como antes, dado ahora mira solo á un ente estraño en su querido, á un desconocido, á uno de tantos en Genaro ! . . .

Pero no, como reatada y presa, hallábase en presencia de lo fatal, de lo irremediable; habia sido culpable ella y nadie en el mundo podia hacer que no lo fuese . . . sí, habia sido culpable, dia á dia, hora por hora, más y más ! . . .

Y cómo, por qué habia delinquido, cómo y po qué, sin amor, habia tolerado, soportado ella que se enseñorease Genaro de su ser hasta consumar el acto torpe de la violencia, hasta llegar á la posesion brutal de su persona?

Cómo. . . lo sabia ella? . . irrreflexivamente, sin mínima conciencia de la ligereza con que obraba, incapaz de medir el alcanze del peligro á que se esponia.

La buscaba, la seguia, no le quitaba los ojos él, en la calle, en el teatro, en los paseos siempre, en todas partes lo veia, mostrábase enamo-

rado, perdido, loco por ella el pobre! ella misma se decia, lo pensaba, lo creia, á la vez que en el halago de su infantil amor propio, movida por un sentimiento de secreta simpatia, que era solo en el fondo un sentimiento de compasion.

Por qué? . . porque sí, por seguir, por imitar, en su vano y pueril aturdimiento, el ejemplo de las otras, de sus conocidas de la escuela, de amigas, de primas que tenia, mugeres á los doce años que jugaban á los novios como jugaban á las muñecas.

Si, bien lo comprendia ahora, como si una venda le hubiese sido arrancada, habíase revelado á sus ojos la verdad, habia podido leer en el fondo de ella misma.

Nacido del primer momento de arrebato, mezcla de asombro y de despecho y de repugnancia y de asco á la vez, en presencia del hombre convertido en bestia, un retraimiento instintivo, involuntario, habíala insensiblemente alejado de Genaro. Y no era solo indiferencia la suya, no era esa indiferencia que empieza donde el desencanto concluye, era algo mas,

era algo peor, era un encono persistente, un invencible rencor que, harto por desgracia suya lo tenia, en la conciencia que del valor moral de su querido, hora por hora desde la noche maldita de Colon habia llegado á formarse, amenazaba convertirse en odio y en desprecio.

Odio, odio y desprecio por el padre de su hijo: á eso veíase ella condenada, tal era el porvenir, la vida que la esperaba, tal la horrible magnitud de su desgracia! . .

XXXV

Pasarian en el campo la luna de miel, lejos, en una de las propiedades del padre de Máxima, fronteriza, al Sud.

Poco despues de celebrado el matrimonio, pretestando razones de salud, iria á reunírseles la señora. Queria encontrarse junto á su hija, que no estuviese esta sola, avanzada como se hallaba en su embarazo; acompañarla, atenderla, prodigarle, en el angustioso instante del parto, sus cuidados solícitos de madre.

Y llegó así el mes de Noviembre, habitando bajo el mismo techo los tres; viviendo no obstante como estraños entre sí.

Máxima siempre en casa, con la madre, ocu-

pada en alistar, en preparar de antemano la ropita necesaria al chiquilin, atareada en su labor, noche y dia dominada por la idea única de su hijo.

Su marido?

Poco, nada casi lo veia; al almorzar, al comer á vezes, si era que no pasaba ausente aun esas horas Genaro, que no habia, desde temprano, salido al campo á caballo ó en carruage.

Mejor, si, mil veces mejor, mil veces preferible vivir asi, uno del otro alejados. Era el sosiego, la calma, la paz por lo menos, ya que no la dicha á que ella, como las otras, habria tenido derecho de aspirar sobre la tierra.

Su hijito, en él, en eso desconocido aun y misterioso, querido, adorado, sin embargo, que llevaba, sentia palpitar en sus entrañas, concentrábase su ser, su anhelo, su aspiracion se cifraba; se daria á él en cuerpo y alma, toda entera se le consagraria, suyos, de la tierna criatura serian todo su afan y sus desvelos . . .

Y en el inquieto y caprichoso vuelo de la fantasia, como descontando con la mente el porvenir, veíalo nacido ya, contemplábalo crecer, hacerse

un hombre al lado suyo, al amparo de su custodia maternal, un hombre bueno, generoso, noble, lindo, mas lindo, mas bueno, mas noble y generoso que los otros; sí, todas las prendas, todas las dotes, todas las humanas perfecciones, llegarian á encontrarse en la cabeza de su hijo reunidas; y en el caudal de su amor de madre, inmenso, inagotable, hallaria ella como una justa compensacion del cielo á su infortunio de mujer, como un consuelo, como un bálsamo supremo que derramara sobre su dolorosa existencia la misericordia infinita del Señor.

Otro era entretanto el motivo, el constante objeto de las preocupaciones, de los pensamientos que traian absorta la mente del marido. Como dueño ya, mirábase Genaro en la estancia.

No debian morirse los viejos un dia ú otro, no era hija única su mujer? Eso, eso y lo demás, campos, haciendas, casas en la ciudad, la enorme, la pingüe fortuna de su suegro seria suya con el tiempo, podia decir que lo era desde luego.

Oh! pero á la hora que llegara á entrar en posesion. el dia que manejase él los títeres, otros

gallos cantarian, le habia de sacar el quilo al negocio, lo habia de hacer sudar!...

Era deplorable el estado de abandono en que todo se encontraba, una desidia, un derroche escandaloso, no habia órden allí, ni administracion, ni un demonio, á la de Dios que es grande andaba todo, porque parian las vacas era que producia, pero si daba uno, podia dar diez, solo con medio hacer entrar las cosas en vereda. . .

Distraidas las fuerzas vivas de su naturaleza por las hondas agitaciones del último período de su vida, como sofocados un instante en él por la violencia misma de los acontecimientos que trasformaron la faz de su existencia, sus instintos de nuevo ahora se revelaban, las innatas tendencias de su ser, vuelta á su espíritu la calma, mas netamente cada dia, á cada instante llegaban á acusarse.

No era una picardia, por ejemplo, un abuso que no merecia perdon de Dios, se decia, que estuviese la carne á disposicion de todo el mundo, colgada allí bajo el ombú, que cada chusmon de esos, agregados que habian elejido domicilio en la cocina porque sí y que vivian á

costillas del patron, fuera y agarrara y cortajeara y churrasqueara á su antojo, como si se tratara de bienes de difuntos?

Bajo llave debian tenerla, pasarles á los peones la racion, dos vezes por dia y gracias; nada de asado; puchero con coles y zapallo, con bastante, con mucho zapallo, que el zapallo no costaba.

Galleta, fariña, yerba á los puesteros?

Azotes, veneno les habia de dar él...! un par de capones cuando mucho, cuando mas y que compraran sal y los salaran, que sembraran... haraganes, zánganos... se lo pasaban todo el dia panza arriba, tirados á la bartola. Ahí tenian tierra, tierra debalde, que agachasen el lomo y la rompiesen, que sudasen si querian....

Una perrera era la estancia; qué sabia él ... diez, veinte, treinta de esos bichos habia... bocas inútiles, gastadero de carne, magnífico para sacudirles en el mate! ...

Otra cosa que se le habia metido entre ceja y ceja á él, la lanita de las descascarriadas que quedaba desparramada por el suelo, en el corral y que se desperdiciaba toda, por qué no habia de poder aprovecharse, qué les costaba juntarla y lavarla?

se trataba de libras, de arrobas al cabo de año.

Lo mismo las garras, cortaban por donde caia y dejaban en las patas un jeme de cuero, de cuero que se vendia al peso; parecia nada, pero buena plata era la que se iba á la larga, así, como quien no queria la cosa...

Y eso de agarrar y tirar las achuras en la carneada, el hígado, los bofes, el corazon, el mondongo. . . eso y quinientas otras cosas y todo últimamente, fiebre le daba, lo enfermaba estar presenciando impasible semejante despilfarro!...

No reventar el viejo de una vez y que tuviesen que habérselas con él. . . ya verian quién era Calleja! . .

XXXVI

Matando caballos llegó de noche un chasque desde el pueblito. Anunciaban por carta de Buenos Aires hallarse enfermo el padre de Máxima, grave.

Ni remota posibilidad, ni que pensar habia en regresar los tres á la ciudad. Esperaba salir aquella por momentos de cuidado; no le permimitia moverse su estado.

Emprender viaje sola la señora? Fué su primera inspiracion. Pero, cómo, por otra parte, separarse de su hija, resignarse á dejarla así, en el azaroso trance de su parto, de un primer parto especialmente, léjos de todo centro de recursos, abandonada á los cuidados del marido, de un

hombre ... qué entendian los hombres de estas cosas ... y luego, él, Genaro ... Ah! bien se hacia cargo ella de la situacion de su pobre hija, bien veia el cariño que profesaba aquel á su mujer, el interés que le demostraba, cómo vivian los dos, habia tenido por desgracia suya ocasion de estudiarlo, de observarlo, sabia de lo que era capaz su yerno ...

Hallábase, era cierto, prevenido el médico del pueblito; acudiria, habia prometido acudir al primer llamado, pero . . . y la distancia, las leguas de distancia que habia que recorrer . . . hallaríase en su casa, darian con él en el momento oportuno, tendria Máxima esa suerte?

Aun en el supuesto de que sucediese así; no bastaba, no, no era lo mismo; ni el médico, ni nadie, nada en el mundo, reemplazaba la presencia de la madre en tales casos . . . Por mucho que la fatal noticia la afectara, por mas que quisiese regresar ella volando á Buenos Aires, imposible, no, no se resolvia, cómo habia de ser . . . su hija, Máxima ante todo! . . .

Qué hacer entonces? Acabó su yerno por ofrecerse. Inmediatamente partiria, iria él á la ciudad.

Si bien le era sensible, doloroso en sumo grado separarse de Máxima, en momentos semejantes, no dejaba de comprender, por otra parte, la urgencia de la situacion, de esplicarse la afliccion de la señora de reconocer la necesidad de que un miembro cercano de la familia, un hijo como era él, se encontrase junto al lecho del enfermo.

Estaba pronto á marchar; lo haria tranquilo y sin temor, dejando á Máxima con la madre, sabiendo que no podia quedar mejor acompañada, mejor cuidada que por ella.

Veria al médico además, de paso por el pueblito, le hablaria, consultaria con él y, en todo caso, lo enviaria, le pediria que permaneciese noche y dia, viviendo en la estancia hasta despues del parto.

Todo remoto asomo de peligro desaparecia así y costara lo que costara . . . en cuestiones de salud, poco importaba, nada eran los sacrificios de dinero.

Fué su ofrecimiento aceptado por la señora, quedó concertado al fin que se pusiese en viaje Genaro; quiso él hacerlo ya, inmediatamente, sin pérdida de momento, el tiempo indispensable á

echar caballos y atar el coche; tal llegó á mostrarse de empeñoso, fué tanta su voluntad, el cariñoso interés de que, en obsequio á su suegro, manifestóse animado.

Era que tenia su plan él, su idea que lo llevaba, sus ocultas intenciones, lo que no decia, lo que bien se guardaba de decir.

Convenia, era prudente, desde luego, era mas urgente no dejarlo solo al viejo, en manos de los parientes. Quién sabia? . . . alguna picardía, alguna trastada, podian hacerle hacer, algun testamento ó codicilo ó algo así, favoreciendo á terceros, favoreciéndose ellos mismos, y en que él, Genaro, saliese al fin con una cuarta de narizes . . . lucido, divertido iba á resultar . . . nada era, una miseria, el quinto de que le daba el Código facultad de disponer al otro libremente! . . . Y tanto que lo queria su suegro . . . el quinto, refleccionaba, se repetia, si no hubiese sido sino el quinto, pensaba luego, pero quedaba el rabo por pelar, las embrollas, las ventas simuladas, las escrituras falsas, las quinientas cábulas, los quinientos mil enredos de que, obrando de mala fé, era posible siempre echar mano para saquearlo á

uno, para robarle lo que legítimamente era suyo.

Cuando pensaba en lo que le habia costado á él, el tezon, la constancia, la paciencia de que se habia armado, los bochornos que habia sufrido, los julepes que habia pasado, lo que habia vivido muerto de miedo, soñando con asesinos, viéndolos en cada esquina, contándose entre los difuntos yá! . . .

No faltaba sinó que fuera á dejarse soplar la dama ahora como un gran zonzo! . . .

La posibilidad, la sola idea lo calentaba, le hacia arder la sangre, bastaba á ponerlo fuera de sí...

Pues no que se iba á quedar en la estancia . . . mucho más, cuando, mandándose mudar, se veia libre de la jarana del parto, lo que no era chica ganga; del embeleco del muchacho, del barullo, de los llantos y los gritos, de todas esas historias de las mujeres . . . ya se figuraba él la música que debia ser!

XXXVII

Dos dias despues, sin detenerse un instante en el camino, llegó Genaro á Buenos Aires, y llegó tarde no obstante; acababa su suegro de morir.

Acusando en la espresion de su semblante uno de esos sentimientos de profunda pena, de mudo y ensimismado sufrimiento, penetró á la habitacion, detúvose frente á la cama, inmóvil largo rato, en recojido silencio, el pañuelo sobre los ojos, oculto el rostro en presencia de otros miembros de la familia que rodeaban el cadáver caliente aun.

Despidiéronse más tarde los que habian asistido al muerto; un hermano, una hija de este, una tia vieja, otro sobrino de otra hermana.

Volverian á velar el cuerpo en la noche; se brindaron, hallábanse dispuestos á prestar su ayuda, sus servicios, en todo lo que al entierro y demás aprestos de la fúnebre ceremonia se referia, quedando luego Genaro, por razon de la tácita autoridad que su carácter de hijo político, de marido de Máxima le atribuia, en posesion de la casa, dueño y solo por fin . . . era tiempo.

Llamó al hombre de confianza de su suegro, un pardo viejo, asistente de aquel en sus campañas, y ordenóle la entrega inmediata de las llaves, las que usaba, las que tenia costumbre de usar su patron. Dónde se encontraban? debia saberlo él.

Si, junto á la cama, dentro del cajon de la mesa de luz, como así mismo el reloj, como los botones de puño: dos gruesas piedras engarzadas en medallones de oro mate.

Estaba bien, no lo necesitaba ya, podia no mas retirarse.

Al bolsillo con todo por pronta providencia . . . no fuera el diablo, que se traspapelara en el barullo ! . . .

Púsose, sin mas demora, á recorrer Genaro

los otros muebles del aposento, el lavatorio, un estante para camisas . . . nò habia dinero junto con el reloj y las llaves en la mesa de noche, ocurriósele de pronto, y, sin embargo, imposible que no tuviera su suegro consigo en momentos de caer enfermo . . . á no ser que hubiese quedado olvidado, metido en algun bolsillo , ... fácil era . . . qué traje habia llevado puesto aquel ese dia?

Intrigado, prosiguió buscando, registrando la ropa del armario, las levitas, los pantalones, los chalecos; nada dejó por revolver, nada habia, nada encontró!

Claro . . . tantos habian estado entrando y saliendo . . . los parientes eran los peores ! . . .

Paciencia, lo habian madrugado los otros... unos cuatro ó cinco mil pesos, por la parte que menos, debian haberse soliviado. Era rumboso el viejo, como todos los criollos de su tiempo, le gustaba andar platudo, jamás se le caia el rollo del bolsillo.

Pero en el cuarto del zaguan, en la salita de recibo de su suegro, era donde debia estar lo gordo, la hueva.

Como no hubiesen andado los indios por ahí tambien! . . .

Llevó luz, se encerró, dirigióse á abrir la mesa de escritorio—un escritorio-ministro, macizo, de caoba. Temblaba al meter la llave; inseguro el pulso, sonaba, repiqueteaba aquella en el silencio de la pieza, chocando al penetrar contra la boca de la cerradura.

Un obstáculo imprevisto luego de poder abrir lo detuvo; no cedian los cajones superpuestos en el interior del mueble; inútilmente tironeaba, forcejeaba, y, curioso . . . no se veia que tuvieran llave . . . debia haber algun secreto, era indudable, pero cuál?

Tomó, á fin de alumbrar mejor, la vela del candelero y encorvado el cuello, agolpado el flujo de su sangre, á uno y otro lado, hácia arriba, hácia abajo, hasta el fondo, trabajosamente alargaba, introducia la mano. Habia de dar, lo tenia clavado entre las cejas, se habia encaprichado, habia de encontrar, y se empeñaba, se obstinaba, se enardecia, no sin repetidas veces, con una emocion mal sana de ladron, volver azorado la cabeza creyendo oir ruidos, ver cruzar sombras, escuchar que llamaban á la puerta y la empujaban.

Fatigado despues de largo rato de infructuosas

tentativas y al tratar de darse Genaro un momento de descanso, vió con sorpresa, incorporándose, que se abrian de pronto, en un ruido seco los cajones, todos.

El azar acudia en su ausilio, acababa de apoyar al acaso el codo sobre un resorte disimulado en la madera misma del mueble.

Habia papeles dentro, muchos, unos nuevos, amarillentos de viejos otros; recibos, escrituras, títulos de propiedad. Y habia algo mas en el cajon del medio, algo que á los atónitos ojos de Genaro, fué lo que á los ojos de un ciego la caricia inesperada de la luz, oro, dinero, rollos de libras esterlinas, paquetes de billetes, papeles de cinco mil pesos del Banco de la Provincia, una cantidad, un alto de «Velez» nuevitos, dobladitos, azulitos, de un color azul de cielo! . . .

En un brusco manoton de gato hambriento, alargó de instinto el brazo; crispados los dedos, como clavada la garra ya sobre el monton de billetes, repentinamente, luego, se contuvo.

Le pertenecia, era suyo, realmente suyo todo eso, habia derecho en él para atribuírselo así, de

propia autoridad, á puerta cerrada y nada más que por que sí?

Bah! . . . tenia pacto hecho con su conciencia . . . historia antigua . . . hacia fecha que entre los dos se entendian, que entre ella y él habia pasado en autoridad de cosa juzgada, lo de los puntos que calzaba en achaques de moral! . . .

El escrúpulos . . . los del padre Gargajo. . . , así le hubiesen asegurado el resultado, garantido la impunidad! . . .

Pero ahí estaba, era que no podia contar con esta, que no podia partir de tal base . . . y si llegaba á saberse, si algun indicio lo vendia, si luego alguna prueba salia á luz y lo dejaba colgado?

No se tiataba de cuatro reales, era morrudo el negocio, era un platal. . . difícil que por mny dejado, por mny abandonado que, como buen hijo del pais, hubiese sido su suegro en asuntos de dinero, tuviera una punta de miles guardados, como quien guarda pesos sueltos para los gastos de la casa.

Por qué no los habria llevado al Banco el muy zonzo, ganándose el interés?

Alguna entrada de esos dias sin duda, algun negocio, venta de haciendas ó de campo. . .

Tal vez no habia llegado á darle tiempo la enfermedad y nada mas fácil, siendo así, que haber despues hecho mencion el viejo, querido antes de morir dejar constancia, acaso en su testamento . . . su testamento . . .

Existiria el dichoso testamento, su eterna pesadilla, su bestia negra, pensaba, preguntábase Genaro, doblemente ante esa idea preocupado ahora y caviloso, existiria . . . de fecha antigua ó reciente, tendria á todo evento el suegro tomadas de antemano sus medidas, ó solo despues de enfermo y de sentirse grave se le habria ocurrido hacerlo?

Probablemente lo primero en ódio á él, su yerno, por mezquinarle, como quien decia, el biscocho, por quitarle, ya que no todo, parte de lo que la ley le daba, de los derechos que, como á marido de la hija, el Código le acordaba . . . Tal vez dejando á esta su legítima pelada y disponiendo del resto en favor de otros . . . algo así, alguna jugada por el estilo . . . mucho se lo temia, tiempo hacia que andaba con esa desconfianza, con ese temor y tenia

propia autoridad, á puerta cerrada y nada más que por que sí?

Bah! . . . tenia pacto hecho con su conciencia . . . historia antigua . . . hacia fecha que entre los dos se entendian, que entre ella y él habia pasado en autoridad de cosa juzgada, lo de los puntos que calzaba en achaques de moral! . . .

El escrúpulos . . . los del padre Gargajo. . . , así le hubiesen asegurado el resultado, garantido la impunidad! . . .

Pero ahí estaba, era que no podia contar con esta, que no podia partir de tal base . . . y si llegaba á saberse, si algun indicio lo vendia, si luego alguna prueba salia á luz y lo dejaba colgado?

No se tiataba de cuatro reales, era morrudo el negocio, era un platal. . . difícil que por mny dejado, por mny abandonado que, como buen hijo del pais, hubiese sido su suegro en asuntos de dinero, tuviera una punta de miles guardados, como quien guarda pesos sueltos para los gastos de la casa.

Por qué no los habria llevado al Banco el muy zonzo, ganándose el interés?

Alguna entrada de esos dias sin duda, algun negocio, venta de haciendas ó de campo. . .

Tal vez no habia llegado á darle tiempo la enfermedad y nada mas fácil, siendo así, que haber despues hecho mencion el viejo, querido antes de morir dejar constancia, acaso en su testamento . . . su testamento . . .

Existiria el dichoso testamento, su eterna pesadilla, su bestia negra, pensaba, preguntábase Genaro, doblemente ante esa idea preocupado ahora y caviloso, existiria . . . de fecha antigua ó reciente, tendria á todo evento el suegro tomadas de antemano sus medidas, ó solo despues de enfermo y de sentirse grave se le habria ocurrido hacerlo?

Probablemente lo primero en ódio á él, su yerno, por mezquinarle, como quien decia, el biscocho, por quitarle, ya que no todo, parte de lo que la ley le daba, de los derechos que, como á marido de la hija, el Código le acordaba . . . Tal vez dejando á esta su legítima pelada y disponiendo del resto en favor de otros . . . algo así, alguna jugada por el estilo . . . mucho se lo temia, tiempo hacia que andaba con esa desconfianza, con ese temor y tenia

como hambre de salir por fin de dudas y saber á qué atenerse.

Un pliego abultado y largo fijó la direccion de sus miradas, precisamente llegó á llamar en ese instante su atencion. Dióse prisa Genaro á apoderarse de él; dos únicas palabras habia escritas en el anverso del sobre: *mi testamento.* En el reverso un sello grande de lacre colorado lo cerraba.

No tenia derecho á quejarse, poco le habia costado encontrar, ni por arte de encantamiento, ni que el mismo diablo hubiese metido la mano! . . .

Y, en el sordo malestar que la pérdida de una latente y última esperanza le causaba,—la de que allá, por acaso, hubiese su suegro podido morir abintestato—volvia meditabundo el pliego entre sus dedos, atenta y minuciosamente lo observaba, acercábalo á la luz, lo elevaba á la altura de la llama, empeñado en leer, buscando sorprender, á favor de la trasparencia del papel, el secreto que encerraba.

Inútilmente, nada se traslucia, nada alcanzaba Genaro á distinguir; opaco aquel y duro y grueso

como pergamino, imposible de ese modo descubrir su contenido.

Pero debia evidentemente ser ológrafo el documento, por el aspecto del pliego, de puño y letra del autor, sin mas formalidad ni requisitos, sin testigos . . . Quedaba acaso un segundo medio.

O habia dejado dos ejemplares el padre de su mujer, otro en manos de tercero, ó no existia sinó uno solo, el que tenia él, Genaro, en su poder.

Si lo primero, bastaba buscar un sobre igual, dar con el sello, por ahí, en alguna parte, dentro de algun cajon, encima de algun tintero indudablemente lo hallaria, y ver por último de imitar la letra.

Si lo segundo, era mas sencillo aún; con romper lisa y llanamente el sobre, estaba del otro lado . . . y así hubiera pretendido el individuo despojarlo á él de un solo peso, de un cuartillo partido por la mitad . . . ni rastros, ni cenizas iban á quedar ! . . .

Confiado en sus deducciones, tranquilo ahora y sin recelo, respecto á las posibles consecuencias del acto que meditaba, con mano segura y brusca

rasgó el papel, púsose á devorar con avidez su contenido.

Era primero la enunciacion de los bienes, una larga lista de propiedades urbanas y rurales, varias casas en la ciudad, la quinta de Belgrano, otros terrenos más, tres estancias pobladas en Buenos Aires, campos en Santa Fé, valores, acciones, títulos de renta, etc.

Ni mencion siquiera, ni palabra se decia del hallazgo que acababa él de hacer, con íntima satisfaccion y mientras, sin desviar los ojos del papel, continuaba su lectura, observó de paso Genaro.

Seguia luego la parte dispositiva del acto. Declaraba el testador ser gananciales los bienes, pertenecer la mitad á su mujer.

Dejaba la otra mitad, disponia de todo lo suyo, en favor de Máxima, pero no sin una espresa condicion: solo al fallecimiento de la madre, entraria aquella en posesion del quinto, cuya administracion y usufructo debia corresponder esclusivamente á la señora.

Y era su voluntad, acababa por declarar, su voluntad terminante, dado caso de sobrevivir esta

á su hija, que distribuyese en vida ó legase al morir el referido quinto á los pobres.

Los pobres. . . Mucho se lo iban á agradecer los pobres. . . ni mucho le importaba de los pobres. . . con tal de poder fregarlo á él. . . viejo crápula, ruin, ladron! . .

Y, obedeciendo á un instantáneo y ciego movimiento de despecho, disponíase ya Genaro á destruir el testamento, á hacer añicos el papel, cuando, trazadas allá, en lo bajo de la página, dos solas líneas fijaron su atencion:

«Queda otro de idéntico tenor en la oficina del escribano Cabral».

Fué como si se le hubiese, de golpe, acalambrado la mano.

XXXVIII

Quince millones apesar de las porquerias de su suegro, de los tres que le habian mochado, quince millones como quien no decia nada. . . suyos. . . ni por la del Papa habria cambiado su suerte, y, curioso sin embargo. . . no acertaba él mismo á darse cuenta, sentia un vacío en el fondo, un hueco, poco á poco habia ido dominándolo el fastidio, se aburria atroz, espantosamente, andaba como bola sin manija, no sabia qué hacer á ratos de su bulto. . .

Vivir la vida íntima del hogar, consagrado á su hijo y á su mujer? Bonito entretenimiento . . . con Máxima que era un yelo, que parecia no tener mas oficio que ponerle cara de palo, y la

música del mocozuelo por su lado, berreando noche y dia, como un marrano, que ni dormir siquiera lo dejaba! . . .

Con la renta, con menos de la renta de su fortuna, se decia Genaro, habria podido nadar en la opulencia, vivir en un palacio, gastar en palco y en carruaje, dar comidas, reuniones, bailes en su casa convidando á medio Buenos Aires. Y habian de ir, se habian de juntar, de amontonar al ruido de los pesos, como se amontonaban las moscas al olor de la carne . . . asi hubiese tenido el cielo tan seguro . . . los mismos que lo habian mirado como á un animal sarnoso siendo pobre, cómo era que habian cambiado despues, porqué acababan de aceptarlo los muy mandrias, de aceptarlo sin discusion, de abrirle de par en par el Club como á muchacha bonita . . . los orgullosos, los de copete alzado, adulándolo y sacándole el sombrero, teniendo á honra ser recibidos por él, en su casa, en casa del tipete de marras, del tipo del gringo tachero! . . .

Sí, indudablemente, no dejaba de ser halagüeña la cosa, tentadora, de hacerle el negocio como cosquillas en el amor propio. Era el reverso de la

medalla, la compensacion á los vejámenes sufridos, como si se la pagaran con rédito los otros, era saborear como á tragos el delicioso placer de la venganza, su revancha, como el coronamiento de la obra, como una especie de apoteosis de su triunfo en fin.

Pero, y. . . yendo á cuentas, cuánto le habria costado la fiesta, cuántos miles, á ese paso, se le habrian salido del bolsillo al cabo del año. . . y todo en suma, á qué y para qué, por vanidad simplemente, en obsequio á un mezquino sentimiento de vanidad? Bah! . . los tíempos habian cambiado, no era el mismo hombre de antes, no le hacian mella ya esas cosas, lo que pudieran pensar ó decir de él, á golpes habia aprendido y tenia la epidermis dura, se habia vuelto muy filósofo y muy práctico. . . .

Por divertir acaso á los demás iria á echar la casa por la ventana? Cómo no. . . volando. . . que se costearan si querian la diversion con toda su alma. . . no estaba para mantener zánganos él!

Asunto de rodearse él mismo de lujo y comodidades? Bombo, miserias, ostentacion. Qué más tenía habitar en casa propia que en casa alquila-

da? . . . lo mismo se dormia en una cuja de fierro que en una cama de caoba y nada habia mejor, reflexion hecha, más sano ni más higiénico, que el ejercicio á pié y el bravo puchero del país.

Por eso se habia ido á vivir con su muger á una casita de dos ventanas que le habia sido adjudicada á esta en la herencia. Modestamente; muebles del país, baratitos, comprados en la calle de Artes y cocinera criolla de doscientos pesos.

Ocuparse, llenar su tiempo, á ratos solía decirse, aplicar en algo sus facultades, alguno de los ramos, de los mil ramos de la actividad, de la labor ó del saber humano, tener un objetivo, un norte que perseguir, ambiciones, la vida pública, la política, por ejemplo? . .

Sí, le habria quedado ese recurso á falta de algo mejor, dedicarse á la política, embanderarse en cualquier partido, podia, con sus pesos, hacerse de influencias en la campaña, venir de diputado por donde tenia la estancia que le habia tocado á Máxima en la herencia, ser Ministro y hasta llegar á Gobernador, que estraño? otros más brutos que él lo habian sido. . .

Pero no le daba por ahí, no entraba en su reino,

no era su fuerte la política, polainas, bromas de od a clase, quebraderos inútiles de cabeza. . . . con qué necesidad?

Por él, por él mismo, por que le naciese aspirar y le sonriese el poder, los públicos honores, las altas dignidades, las posesiones encumbradas, por que hubiese alguna vez ambicionado, acariciado la idea de hacer de su nombre un nombre ilustre, inmortal que, grabado en la historia de su pais, pasase á los siglos venideros? Algo mas positivo y eficaz que toda esa vana hojarasca de las humanas grandezas, habia sido siempre el solo anhelo de su vida, algo mejor y mas sustancioso que la gloria: los pesos, el dinero. . .

De patriota entonces, de puro patriota, como quien decia do puro zonzo, iria á andar metido en danzas, arriesgando á que el dia menos pensado le agujerearan el cuero de un balazo en los átrios, ó de una estocada en algun duelo?

Se reia él cuando los oia hablar de patria á los otros, de patria y de patriotismo, decir con orgullo, llenándoseles la boca, que eran ar-

gentinos. , . Qué más tenía ser argentino que cafre, haber nacido en Buenos Aires que en la China? . . La patria. . . la patria era uno, lo suyo, su casa, la mejor de las patrias, donde más gorda se pasaba la vida y más feliz! . . .

Negociar mas bien, llegó á ocurrírsele, emprender algo que pudiera producirle, entrar en especulaciones. . . estaban de moda las de tierras, á la órden del dia, no se oia sino de miles, de fortunas improvisadas comprando y vendiendo lotes, se citaba casos de individuos que habian sacado en horas el vientre de mal año, con solo un traspaso de boleto.

Eso sí, que le hablaran de eso, enhorabuena, era honra y provecho, merecia siquiera la pena. . .

Sin duda, no tenia gran necesidad él, siendo rico, desde que Máxima lo era, pero nunca habia de sobra, lo que abundaba no dañaba. Le probaria así á toda la parentela de su mujer que no estaba atenido á lo que recibiera esta de sus padres y que era muy capaz él como cualquiera... No, no le desagradaba, lejos de eso, la idea de unos cuantos milloncitos más en la faltriquera . . .

y hasta un deber podia ser reputado de su parte, un deber de padre, aumentar el patrimonio de su hijo, contribuir á dejar, con su trabajo, asegurado el porvenir de su familia.

Veria primero, haria la prueba, con tiento, con prudencia, á no precipitarse, á no irse de bruces, algo como una simple bolada de aficionado, un simple picholeo para empezar.

Calladito la boca, tenia metido en el Banco lo que le habia pispado al viejo en el escondite de su escritorio, la suma que habia encontrado y de la que no se decia jota en el testamento, ni se habia dicho despues.

Todo el mundo ignoraba, al parecer, que existiese tal dinero y no seria él, seguramente, quien desplegara los lábios para sacar á la suegra y á la mujer de la ignorancia en que se hallaban.

Justamente, venia bien; para ensayo, con retirar del depósito del Banco un par de miles de duros, le bastaba; ni necesidad tenia de hacer uso de su crédito, de pedir á nadie nada.

XXXIX

Habia sido como verle las patas á la sota, como jugar con dados cargados; seguro, fijo, infalible, se compraba en diez para vender en veinte, todo, lo que se presentaba, lo que caia, con todo se hacia negocio, para todo habia comprador, no ganaba plata á rodo el que no queria.

Con cincuenta miserables mil pesos habia empezado y tenia en tres meses un millon de utilidad.

Y se habia cebado, le habia seguido entrando no más, de firme, sin mirar para atrás; se habia metido hasta la masa, una porretada de lotes, cerca, lejos, al Norte, al Sur; hasta por el bañado de Flores y los tembladerales de la Boca, habia

tratado de asegurarse con tiempo, manzanas enteras se habia comprado que ni pensaba en largar, mientras no le pagasen lo que se le habia antojado pedir por ellas.

Claro, á la ocasion la pintaban calva, más que zonzo de no aprovecharse hubiese sido!

Una vaga y sorda inquietud sin embargo, una mal definida desconfianza, llegó á posesionarse, en dia cercano de la mente de Genaro. No era tan asi no más, tan fácil, tan sencillo dàr uno siempre con la horma de su zapato, encontrar aficionados, quien estuviese dispuesto á hacerle el gusto, á decir amen á sus antojos.—Medio parecían escasear los candidatos, acusarse en el público una especie de enfriamiento, como querer retraerse, acobardarse la gente, iba viéndolo él, desengañándose . . no, no era el frénesí, la locura, el furor de antes. . . ni cerca! . . .

Sin duda, aunque no yá con las ganancias bárbaras del principio, habria podido vender, deshacerse con ventaja de lo que habia adquirido y, el que viniese atrás que arrease, que corriesen atras el albur. . , la prudencia acaso, la sana prudencia se lo aconsejaba así. . .

Pero era que tenia sus vistas, sus cálculos, su plan combinado de antemano; que se habia fijado un límite, se habia propuesto llegar á cierta cifra, á una suma redonda, al rededor de diez millones para liquidar y retirarse, libres de polvo y paja.

Y le era duro, se le volvia cuesta arriba resolverse, renunciar de zopeton á lo que habia mirado como cosa hecha, como suyo, para el caso como si lo tuviese ya en el bolsilio.

Quién sabia tampoco, quién iba á poder asegurar que no eran simples alternativas, fluctuaciones pasajeras, subas y bajas del momento como sucedia en toda clase de negocios?

Nada justificaba, no habia razon para que habiendo valido hasta entonces, de la noche á la mañana, se viniera barranca abajo y dejase de valer la tierra. Por qué? Cien mil inmigrantes desembarcaban por año, el país se iba á las nubes, marchaba viento en popa. . .

Qué diablo. . . quién decia miedo. . . pecho ancho. . . estaría á las contingencias, se aguantaría uno ó dos meses más.

Recobrando, salvando apenas su dinero, no sin

dificultad, poco después, conseguiria Genaro realizar una pequeña, una mínima parte de las sumas por él comprometidas.

Bajo la impresion del pánico, en plena crísis luego, una crísis general, repentina, desastrosa, esperar, soñar tan solo en vender, habria sido soñar en imposibles. Nada, á nadie, por nada, ni aun á costa de pérdidas enormes, á trueque de inmensos sacrificios.

Fuerza le era atender, preocuparse entretanto del cúmulo de compromisos en los Bancos, en plaza, dinero tomado á prémio, mucho, todo el que le habia sido ofrecido, todo lo que habia podido obtener y que en la fiebre, en el delirio de especulacion y de lucro de que llegara á sentirse poseído, habíase dado prisa á convertir en tierra, como si lo hubiese contemplado, por ese hecho solo, convertido en un manantial inagotable de riqueza.

Qué temperamento adoptar, á qué arbitrio sujetarse, cómo cumplir, cómo salir de aprietos... hacer entrega, largarles todo á sus acreedores, meterles el clavo, hasta la última pulgada de la inmundicia esa de sus terrenos, como quien largaba una brasa. . . decirles: ahí tienen, carguen vds.

con el perro muerto y entiéndanse como puedan. . . ó, lo que venia á ser lo mismo, no pagar, declararse liquidado, en bancarrota, quebrar, hablando en plata? . . .

Si, era una idea, una idea como cualquiera otra, lo más práctico sin duda, lo más cómodo y eficaz para quedar de una vez á mano con todo el mundo. Pero, no tan calvo. . . era mostrarse muy enteramente sin vergüenza, muy de una vez ya. . . En bonito punto de vista se pondria, acreditado iria á estar! . .

No, hasta por ahí no mas, todo tenia su límite. . . por mucho que no le faltaran ni ganas ni agallas, y cuidado que no era un nene él, que era hombre de pelo en pecho para esas cosas,—no se animaba, no se avenia á pegar semejante campanazo.

Del mal el menos; si hubiese podido disponer á su antojo de lo de la mujer. . . pero ni eso, no señor, la ley lo obligaba á pedir á esta su acuerdo, su vénia, á su escelencia, él, el marido, el gefe de la familia, como si supieran, como si algo entendieran las mujeres de esas cosas. . .

Y eran los hombres los que fabricaban las leyes. . . imbéciles, cretinos! . .

Maldito el estómago que le hacia, la gracia que le causaba, pero no le quedaba más remedio que amujar y hablar con Máxima para que lo autorizase ésta á vender ó hipotecar.

Se mostraria muy fino con ella y muy amable, derretido, le pasaria la mano, veria de envolverla, de engatusarla. Bien sabia él como habia de manejarse. . .

Se guardaria, desde luego, de decirle la verdad, de confesarse fundido; le mentiría, la engañaría: estaba ganando un dineral, una fortuna; era precisamente con el fin de no dejar pasar una espléndida ocasion, una verdadera pichincha que se le presentaba que necesitaba el empleo inmediato de mayores capitales.

Y no por él lo hacia, no de fijo, á Dios ponia por testigo! era de él de quien menos se preocupaba, sino solo en obsequio al chiquilin, en bien de este, en su interés que se desvelaba trabajando, por que queria que fuese rico, inmensa-

mente rico, su hijo, el hijo de ella, de ambos . . . No, no era un móvil mezquino y egoista el que inspiraba sus actos, su amor de padre únicamente lo impulsaba, despertaba en él la ambicion.

XXXX

Una primera, una segunda vez, luego tres, cuatro veces halló á Máxima dispuesta, pronta á acceder á los deseos por él manifestados.

Sin observacion alguna ni reservas, sin indagar, sin saber á punto fijo, sin idea clara del alcanze de sus actos, buenamente escribia esta su nombre, prestaba á ciegas su firma.

Papel sellado, rúbricas, escribanos, testigos . . . Nada comprendia ella de todo eso, ni hacia por comprender, ni le interesaba tampoco.

Qué podia importarle un puñado de dinero á trueque de que la dejara en paz, de que la librase de su presencia Genaro? Sí, que para nada se ocupase, que nunca llegase á acordarse de élla él,

como si ni existiese en el mundo tal mujer, vivir tranquila, retirada y sola era lo único que pedia, lo que sí entendia que fuese asi, lo que sí exijia de su marido.

Con tal de tener á su hijo allí, á su lado, de que el cielo se lo conservase! . . .

En presencia sin embargo de crecientes exigencias por parte del primero, de nuevas demandas de dinero, reiteradas sin cesar, y habiéndole anunciado su marido un dia que algo le llevaria mas tarde á objeto de ser firmado por ella, quiso al fin, despertándose en su alma una sospecha, cavilosa y alarmada, tratar de darse cuenta, de ver, de cerciorarse por sus propios ojos.

Era la escritura de venta de la de la casa calle San Martin:

«Cómo, pretendes, vas á venderla?

—Sí mi hijita; ofrecen por ella un precio loco y he creido no deber vacilar.

—Pero vender eso tan luego, la casa paterna, nuestra, de mi familia, donde tantos años hemos vivido con papá y mamá! . . .

—Son zonzeras hija, preocupaciones; qué mas

tiene esa que otra cualquiera? , . . paredes viejas, ladrillos al fin.

La cuestion, lo que debe interesarnos, es el precio, saber si conviene, lo que se puede sacar, y se trata, te lo repito, de un espléndido negocio.

—Todo lo que tú quieras Genaro, no lo dudo, así será. Pero francamente te declaro que me contrariaria sobremanera, que mucho me disgustaria, ver en poder de estraños la casa donde he nacido yo y á la que tanto cariño tenia mi padre.

—Debo prevenirte que no es una venta definitiva, que he puesto una condicion, que hay una cláusula que establece lo que llaman pacto de retro-venta, un artículo del contrato que nos dá accion á quedarnos de nuevo con la finca, dentro de cierto tiempo y por el mismo precio.

Ya ves que nada se pierde y que estaríamos siempre en tiempo de recuperarla, si quisieras.

—A qué venderla entonces? No es tan bueno el precio, tan espléndido el negocio como dices, cuando te reservas tú mismo la facultad de deshacerlo . . .

—Eh? . . . este... es que nunca puede uno con-

tar sobre seguro, de una manera absoluta, tú comprendes y, por precaucion nada mas, por un esceso de prudencia, he juzgado conveniente dejar esa puerta abierta . . .

Pero en fin, si te fastidia, si tanto desagrado te causa, doblemos la foja y que no se hable más. Buscaré comprador para alguna de las otras propiedades.

—Lo que quiere decir que necesitas dinero aun, más dinero todavia . . .

Oye Genaro, escúchame. No estoy al cabo de tus cosas, ni menos te pido ni pretendo que me impongas de ellas. Repetidas veces ya, me has visto ceder sin resistencia á tus deseos, me he mostrado contigo sumisa y complaciente, he firmado lo que ha sido tu voluntad que firme, sin preguntarte siquiera por qué, ni para qué.

Pero hasta cuando por Dios! . . . todo tiene su límite y me parece que basta ya.

No estrañes que te hable así, ni te sorprenda mi actitud resuelta y decidida . . . A qué querer intervenir, á qué mezclarme en lo que es ageno á nosotras las mujeres, en asuntos de Vds. los hombres, dirás tú y acaso no carezcas de razon. Es

cierto, no paso de ser una pobre muchacha ignorante yo; pero una cosa sé, sin embargo, es que soy madre, que pesan, en tal carácter, deberes sagrados sobre mí y que eso me basta.

Lo que he recibido de mi padre, quiero dejárselo á mi hijo, es suyo, le pertenece, y, sin que importen mis palabras un reproche, permíteme que te recuerde que estamos tú y yo en la obligacion de conservar y trasmitirle intacto el patrimonio que le viene de su abuelo.

—Cualquiera que te oyese mi hija, creeria que trato de despilfarrar yo, de tirar á la calle lo que tenemos. . . que soy un miserable ó un loco, un inconciente por lo ménos. . .

—No, no digo tanto, no digo eso; pero lanzado en los negocios como te hallas, pueden salir errados tus cálculos, puedes llegar á equivocarte por desgracia, sufrir pérdidas, reveses y aun animado de las mas sanas intenciones, comprometer así con tu conducta la fortuna y el porvenir de tu hijo.

—La fortuna. . . la fortuna. . . » esclamó Genaro con un vehemente gesto de impaciencia, « como si fuese todo la fortuna, plata únicamen-

te lo que debe uno dejar á sus hijos. . . Y el nombre que heredan estos de sus padres, y si no se tratase solo de dinero, si hubiese una cuestion mas séria de por medio, una cuestion de honor y de decoro para mí, de llenar ineludibles compromisos bajo pena de faltar á mi palabra y de comprometer mi crédito, de aparecer como un tramposo ante el público, como un ladron? . .

—Tú! . .

—Es lo que no sabes y lo que conviene que sepas sin embargo, lo que te hago saber ya que me pones en el caso de decírtelo, ya que me obligas con tu necio y mezquino proceder para conmigo, tu marido al fin.

Sí, yo, debo, debo mucho. Largo seria esplicarte por qué. Negocios, operaciones en que he entrado, que tienen forzosamente que producirme, de un dia á otro, cien vezes lo que en ellas he invertido pero que no me conviene por lo mismo realizar, mientras no llegue el momento y un cambio no se opere; algo con que cuento de una manera indudable que no

puede dejar de producirse, que es seguro, fijo, infalible.

Ahora, resuelve tu misma, elije tú. La riqueza por un lado, ya que tanto hablas de riqueza y de fortuna; la ruina y la deshonra por el otro, si te obstinas y persistes en negarme la miserable suma de dinero que solicito de tí.»

Hubo un momento de silencio entre ambos. Iba y venia Genaro á lo largo de la pieza, una violenta agitacion al parecer lo dominaba.

Como si la duda hubiese surjido en su espíritu y la hiciese apesar suyo vacilar, obstinadamente Máxima lo observaba.

Mentia su marido, era farsa la de aquel hombre, comedia como otras vezes, ó llevaba impreso su acento el sello de la verdad, qué creer, qué pensar? llegaba ella á preguntarse, poseida, á la vez que de una tenaz y sorda desconfianza, de un estraño sentimiento de compasion:

«—Cuánto te hace falta en suma, cuánto dices que necesitas? bruscamente acabó por esclamar.

«—Con trescientos mil pesos me bastaria.

—Tómalos y quiera Dios que sean los últimos!»

Habia caido en el garlito, se la habia pisado, le habia pegado en el codo y hecho abrir la mano á la muy pava! . . Pava. . . pava. . . aunque no tanto, no tenia trazas de haberse quedado tan convencida que se dijera. . . Mas bien por verse libre de él, como de un dolor de muelas, se conocia que habia aflojado.

Ni cuándo era tan mentira, tan cuento tártaro lo de los montes y maravillas que le habia pintado? El mismo conservaba una esperanza, estaba en el fondo penetrado de que, tarde ó temprano, un vuelco se operaria, llegaria á producirse la reaccion consiguiente á toda crisis.

Pues no que, de no ser por eso y de no creerlo asi, se habria mostrado tan listo, se habria puesto tan en cuatro él por pagar! . . . Como no hubiese ido hasta echarle la capa al toro. . . Estaba muy bueno, muy bonito, sonaba muy bien lo de la honra, pero el provecho quedaba en casa. . .

En fin, lo que por el momento interesaba, eran los trescientos mil de la otra, veria de brujulearse, de maniobrar con ellos.

XXXXI

Pero una á una, como las cuentas de un rosario, nuevas obligaciones se sucedian, nuevos plazos se cumplian. Un vencimiento, entre otros, de treinta mil duros y pago íntegro, traia á Genaro preocupado.

Se le venia encima en esos dias. . . A qué santo encomendarse, apelar á Máxima haciéndole otra entrada?

Mansita la habia largado, como para salirle con esas ahora y tener una de á pié los dos, y volverse él con una mano atrás y otra adelante, que era lo mas probable, lo mas seguro, dada la actitud de su mujer, segun se habia mostrado de cocorita, el modito que habia tomado, el genie-

cito que habia revelado tener, el mismo genio del viejo su padre!...

Nada. friolera, una zonzera, treinta mil pesos fuertes....

Pero, estúpido pensó, llegó á ocurrírsele de pronto, á qué ponerse á hablar de fuertes, con qué necesidad? Bastaria decirle, hacerle creer á la otra que eran pesos papel, pesos moneda corriente. Medio embarullaria el signo $ él al llenar la letra, leería pesos élla; ó ni eso, ni leeria, ni se fijaria y más que mala, más que perra se portara, yendo á negarle su firma por semejante bicoca!....

Era indudablemente un buen golpe el suyo, se decia Genaro con íntima alegria, satisfecho del espediente por él imaginado, orgulloso de su idea, de la peregrina y feliz inspiracion que habia tenido.

Vióse con todo y, á despecho de la confianza que en el éxito abrigara, obligado á protestar, reducido á empeñar la garantía de su palabra, á jurar por su honor, por el afecto que profesaba á su madre, por la vida de su hijo que nunca, jamás, tornaria á solicitar, á implorar de su mu-

er favor alguno de dinero. Todos los medios, los arbitrios, los resortes que una suprema estremidad sugiere al hombre, fueron tocados por él, á todo recurrió, á la súplica, á la astucia y al engaño, á la amenza, á una amenaza de muerte, de suicidio. Si, estaba desesperado, loco, no se le ofrecia otra via de salvacion para salir de la situacion tremenda en que se hallaba, que acabar por levantarse la tapa de los sesos!...

XXXXII

Recibió Máxima, dias despues, la visita de un hermano de su padre. Deseaba verla, hablarle en reserva de algo sério que habia llegado á su noticia y que, en su carácter de tio y dado el cariño que le profesaba, creía de su deber no dejar pasar en silencio... por que, en fin, era mujer ella, una mujer jóven, una niña sin esperiencia y no siempre podia hallarse por lo mismo en situacion de apreciar bien, de pesar con madurez las consecuencias de sus actos en la vida.

Se trataba de su marido. Un amigo, miembro del Directorio del Banco, habíasele acercado y lo habia impuesto á él de los asuntos de Genaro. Debia éste en plaza fuertes cantidades de dinero;

era de pública voz que, habiéndose lanzado en las pasadas especulaciones de tierras, la crisis producida le ocasionaba pérdidas enormes, se hablaba de él, del mal estado de sus negocios, de su crítica y precaria posicion, como de una cosa notoria, sabida y averiguada; por todas partes se aseguraba en suma que era un hombre completamente arruinado.

Agregaba la persona en cuestion, que numerosas letras y pagarés, entre otros uno de data reciente y treinta mil fuertes de valor, circulaba con su nombre, el de Máxima, llevaba como garantia su firma al pié.

Se esplicaba, se comprendia que, obedeciendo á impulsos del corazon y animada por un noble sentimiento, acudiese en auxilio de su marido, le brindase los medios de ponerse á salvo, de conservar, ya que no ilesa su fortuna, su reputacion y su nombre por lo menos.

Pero, adónde iba ella, por otra parte, comprometiendo así lo suyo, entregando, ciegamente, á manos llenas, la herencia de su padre, lo que debia pertenecer un dia á sus hijos; hasta qué punto podia Genaro reputarse autorizado á reclamar

de ella tan costoso sacrificio, las propias necesidades de este, sus apremios, las exigencias de la situacion porque pasaba, qué término tendrian, qué límite reconocian?... Ni él mismo habria sabido acaso decirlo...

Debia pensar Máxima, reflexionar sériamente, hacerse cargo de que se trataba no solo de su presente bienestar, sinó que comprometia tambien con su conducta imprudente el porvenir y la suerte de su hijo. Que lo quisiese ella á su marido y mostrase todo su anhelo de ayudarlo, santo y bueno, abogaba en su pró, hablaba bien alto en su favor eso; pero convenia con todo no olvidar que, antes que esposa, era madre.

—«Treinta mil pesos fuertes! . . . le consta, está seguro usted tio de lo que dice?

—«Y cómo no quieres que lo esté? Sé por lo menos, recuerdo perfectamente que el hecho me ha sido referido por quien se encuentra en situacion de conocerlo y no tiene interés en faltar á la verdad.»

Habia abusado de su confianza, habia sorpren-

dido su buena fé, le habia mentido, la había engañado, la habia robado indignamente, era un infame su marido, era ella la mujer de un falsario y de un ladrón.

XXXXIII

Como vé el animal desbocado que corre á estrellarse contra un muro, va y se estrella, asi y no obstante sus solemnes juramentos, acudió Genaro á su mujer en demanda de nuevas sumas de dinero:

—«Pero díme, qué no tienes ni pizca, ni un poquito de vergüenza tú, ni una gota de sangre en las venas . . . y te atreves, despues de lo que has hecho, á venir á verme todavia y á pedirme! . . .

— Qué sucede, qué pasa hija, dí, á asunto de qué me sales á mí con eso?

—De qué? de todo, de tus embrollas, de tus enredos y ruines trapisondas, de tu última hazaña

sobre todo, de la conducta pérfida que conmigo has observado, de la iniquidad que has cometido arrancándome lo que, como un estafador vulgar, como un bribon me has arrancado!

—Qué, sabes, te han dicho? Y bien, si, es cierto, he faltado, me he conducido muy mal, lo confieso, te he engañado . . . pero tambien ponte en mi caso tú . . . qué querias que hiciera, qué habrias hecho tú misma en mi lugar?

—A mí me lo preguntas?

—Cargado, acribillado de deudas, perseguido á muerte por mis acreedores, con tres letras protestadas ese dia, amenazado de verme hundido en la opinion como insolvente, señalado acaso con el dedo como quebrado fraudulento; y sabiendo que nada de otro modo habria obtenido de ti, que nada me habrias dado tú, tú que habias sido mi angel tutelar, sin embargo, mi única providencia hasta entónces . .

«Ah! perdóname, soy antes un culpable, un pobre hombre desgraciado, mas que tu enojo y tu despecho, merezco tu compasion, perdóname . . .

—Se acabaron ya esos tiempos . . . he apren-

dido, me has enseñado por mi mal á conocerte y sé quién eres. No esperes llegar á persuadirme con embustes y nuevos artificios, ni que me deje yo ablandar ahora como ántes, por esos aires de hipócrita que afectas, farsante, cínico!

Estaba que trinaba su mujer . . . era claro, era evidente, nada iba á conseguir, ni medio de ella iba á sacar tocándole esa cuerda.

—«Máxima!» esclamó Genaro entónces cambiando de tono bruscamente, brillando el fuego de la ira en su mirada, acusándose en los pliegues de su labio, «no me insultes, no me ofendas sin derecho ni razon . . . quiero ser, me ves resuelto á mostrarme contigo bueno y tolerante, á no salir de la calma y la templanza que me he impuesto; acabo de soportar de tí palabras duras que persona alguna en el mundo otra que tú, osara impunemente dirigirme . . .

Pero cuida de lo que haces, reflexiona, mira de no poner á prueba mi paciencia, que podria tal vez costarte caro!

— Con esas me vienes, con amenazas ahora?— Pierdes, te lo prevengo, lastimosamente tu tiempo,—repuso ella provocante, «inventa algo me-

jor» y clavando en su marido la mirada, una mirada de encarnada y profunda hostilidad, «qué mas, díme, qué desgracia mayor puede llegar á sucederme á mí que la ignominia de tener un marido como tú?

— El remordimiento de haber sido la causa de mi muerte! . . á la vez que echaba mano á la cintura y con trágico ademán empuñaba un pequeño revólver de bolsillo, como fuera de sí, voziferó Genaro.

«—Matarte tú ?. . . no eres capaz. . . los cobardes no se matan! »

Con la espresion de quien se siente vacilar y no acierta en la duda á resolverse, permaneció inmóvil él, de pié, un instante.

Qué diria, qué haria, qué le quedaba que hacer ó que decir, por dónde era mejor que reventase ? . . . y sin articular palabra al fin, atropelladamente salió.

Habia alcanzado á pisar el umbral de la puerta de calle; detúvose de pronto. Llevaba puesto su sombrero? Sí, lo tenia. Dirigió hacia adentro la vista y esperó, trató de oir.

Nada, un completo silencio en la casa; ningun

ruido se percibia, ninguna voz, nadie lo llamaba.

Lo dejaria salir así su mujer, seria capaz, habiéndole dicho él que iba á suicidarse nada menos, tan á fondo lo tendria calado que le habia conocido el juego y ni duda siquiera conservaba de que fuese una grotesca farsa la suya. . . ó tanto lo aborrecia, era tal y tan profunda su aversion, que llegaba acaso hasta alegrarse, hasta felicitarse en el fondo de que cargara el diablo con él?

Maquinalmente cruzó Genaro la calle, por la vereda opuesta avanzó con lentitud en direccion al Norte.

Y miraba, volvia á cada paso la cabeza esperando alcanzar á distinguir, á la incierta luz del gas, la silueta de Máxima en la puerta, ver que asomaba la sirvienta, salia corriendo en su busca, lo chistaba, lo alcanzaba y lo llamaba azorada en nombre de la señora.

Fiasco, habia dado fiasco, un fiasco completo. . . ni mas ni menos que como á perro lo miraba. . . y era un hombre sin embargo el que acababa de anunciar su resolucion de matarse y á su propia mujer era á quien se lo

habia dicho, y de su propia casa, del seno mismo de su hogar, que esa prueba de helado desafecto le llegaba. . .

Solo, solo, lo habia estado, lo estaria toda su vida, siempre, era fatal. . . . Indiferencia, cuando no alejamiento, repulsion, era lo que habia encontrado él, lo que habia cosechado á lo largo de su camino. . .

«Solo, solo», repetíase Genaro tristemente, dominado apesar suyo por una estraña y afligente impresion de desamparo, como sintiendo que zozobrara su ser en las tinieblas de un vacio incomensurable.

No; era injusto, la vieja, la pobre vieja, ella si, ella únicamente. . .

Y años enteros hacia que ni palabra le escribia á la madre, y, muchas vezes, ni el trabajo de leer sus cartas se tomaba. . . Siempre la misma historia, tambien, la misma música, el sempiterno estribillo. . . que no queria morirse sin verlo, que fuese á Europa él, que ella enferma, paralítica, tullida como estaba de piés y manos, ni pensar podia en moverse.

Eh! su madre, prorrumpió Genaro, con deses-

perado gesto de rabia y desaliento, dejándose caer sobre uno de los bancos de la Plaza del Parque, los codos en las rodillas, la frente entre las manos; su madre y su hijo y él y su muger y todos y todo. . . empezaba á tener hasta por encima del alma ya, á estar harto!

Qué halago, qué aliciente la existencia le ofrecia, qué vínculos á la tierra lo ligaban?

El deber? . . y el deber, qué era, qué lo constituia, quién lo fijaba, qué autoridad lo demarcaba. . . por qué no habia de consistir eso, lo que llamaban deber, en agarrar cada cual por donde mas le cuadrara y mejor le conviniese?

La ambicion lo haria vivir, el anhelo de ser ó de hacer algo? Todo su afan, su solo sueño habia sido el dinero, lo habia tenido y para perderlo y perderse él era para lo que le habia servido. . .

Acaso la voz del corazon, la fuerza, la vehemencia del sentimiento, amor, cariño por los suyos, por alguien en el mundo? No sabía lo que era querer él, á nadie queria, jamás habia querido. . . ni á su hijo, ni á su madre. . .

hallábase á punto de creer que ni á él mismo!

Y si tal habia nacido, si asi lo habián fabricado y echado al mnndo sus padres, era él el responsable, tenia él la culpa por ventura? no, como no la tenian las víboras de que fuese venenoso su colmillo.

Pero, qué mision en la vida era la suya, cuál su rol, qué hacia, para qué demonios servia entónces?

Oh! para nada, pero nada bueno, ni útil, ni digno, ni justo de seguro.

Podia cuanto antes llevárselo la trampa, un mandria, un trompeta menos . . .

Y de él tan solo, de él únicamente dependia; bien sencilla era la cosa.

Allí, por ejemplo, en aquel instante mismo, solo, de noche, en una plaza . . . Sentia el bulto, el peso del revólver sobre su muslo; dentro del bolsillo del pantalon . . . cuestion de un minuto, de un segundo, de meter la mano, llevarse el arma á la sien y apretar luego el gatillo bruscamente, como quien pega cerrando los ojos un tiron.

Si, pero no lo haria, estaba á mil leguas de

hacerlo, se necesitaba ser un hombre para eso y él no lo era, habia dicho una gran verdad su mujer, era un cobarde, un collon él.

No, no lo haria, de pensarlo nada mas, de llegar á figurárselo siquiera, sentia que le temblaban miserablemente las carnes . . .

Matarse él, matarse por bellaco y por canalla, sentenciarse él mismo á morir y escapar de ese modo á su vergüenza? . . . Nunca, jamás . . . ni de ese triste rasgo de nobleza, ni de esa última, ni de esa única prueba de valor y de entereza era capaz.

Pobre, miserable, cubierto el cuerpo de andrajos y de lacras, comiendo cáscaras, pudriéndose en un calabozo de la cárcel sin esperanza de salir de él, habia de querer vivir todavia, viviria, seguiria prendido con dientes y uñas á la vida, como los perros á las osamentas ! . . .

No enloquecerse el soldado, el centinela ese que se paseaba de guardia frente al porton del Parque . . . no antojársele agarrarlo á tiros, voltearlo á él de un balazo por detrás, sin que sintiese ! . . . . .

Semejante á algun animal enorme y monstruoso

algo á la vez como de serpiente y de ballena, escupiendo entre las sombras altos chorros de vapor, un tren cruzaba, silbaba, se arqueaba, crujia en la brusca curva de la plaza, al penetrar en la estacion.

Qué hora era ya? Sacó Genaro su reloj: las doce y media de la noche.

Y tendria alma de presentarse, de volver muy suelto de cuerpo á su casa . . . en puntas de pié iria á meterse, corrido, abochornado, con el rabo entre las piernas, como un pichicho? . . .

Lo que se reiria Máxima de él, el gesto que haria, un soberano gesto de desprecio, si no de repugnancia, un gesto de asco al oirlo entrar . . . Ahí estaba el farsante ese, el muerto, el suicidado, sano y bueno . . .degradado . . . inservible ! . . .

No; era mucho, demasiado eso ya, como para que se le cayera la cara, la jeta de verguenza! . . .

Qué se habia figurado la muy cangalla, que iba á poder ponerlo como un trapo, como un suelo, así, sin más ni más? Ya veria si se habia de jugar con él, si era hombre él de dejarse manosear impunemente por una mocosa como ella!

Y sin darse cuenta exacta del propósito que

lo guiaba, incierto de lo que haria, ignorando aun á qué iba y para qué á punto fijo, sabiendo solo que la idea de dañar, de causar mal, la necesidad, una necesidad imperiosa y repentina de vengarse lo impulsaba, emprendiendo á pasos precipitados el camino de su casa, acababa Genaro de abandonar su asiento.

Qué se habia creido su mujer ? . . . la habia de parar de punta, varas la habia de levantar, las hechas y por hacer le habia de pagar . . . ya veria, ya iba á saber lo que era bueno . . . qué se habia figurado, qué se habia creido, rabiosamente murmuraba, repetia entre dientes al andar.

Llegó dando de empujones á las puertas, cerrándolas á golpes, con estrépito, como cantan los cobardes para infundirse valor. Entró á la sala, pasó por la antesala, penetró hasta el aposento de su mujer despierta aun:

— «Me firmas el pagaré, me entregas el dinero, si ó nó ? »

—Nó.

—No ?

—Una y mil veces nó ! . . . soy la dueña yo, me parece . . .

—La dueña dices? de tu plata, pero no de tu culo . . . de ese soy dueño yo! . . . »

Y arrojándose sobre ella y arrancándola del lecho y, por el suelo, á tirones, haciéndola rodar, dejó estampados los cinco dedos de su mano en las carnes de su mujer:

«Miserable . . . » gritó Máxima corriendo desaforada, yendo á ocultar su vergüenza, «miserable,» oyósela que esclamaba desde la habitacion contigua, «miserable, miserable!» repetia más allá, brotaba palpitante esa única palabra de su lábio, como sangre que fluyera de la herida mortal de su pudor.

El, entretanto:

«Andá no más, hija de mi alma . . . no son azotes . . . » gruñó, «te he de matar, un dia de estos, si te descuidás! »

FIN

